

Las **21**

Oraciones
Más Efectivas
de la Biblia



Dave Earley

Las **21**
Oraciones
Más Eficaces
de la Biblia

Dave Earley

inspiración para la vida
 **CASA PROMESA**
Una división de Barbour Publishing, Inc.

©2010 por Barbour Publishing, Inc.
Impreso ISBN 978-1-60260-873-3

Ediciones eBook:

Edición Adobe Digital (.epub) 978-1-60742-476-5

Edición Kindle y MobiPocket (.prc) 978-1-60742-477-2

Título en inglés: *The 21 Most Effective Prayers of the Bible*

©2005 por David Earley

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida con propósitos comerciales, sin permiso escrito de la editorial.

Las iglesias y otras entidades con intereses no comerciales pueden reproducir parte de este libro sin autorización escrita expresa de Barbour Publishing, siempre que el texto no exceda las 500 palabras y que no sea material citado de otra editorial. Cuando se reproduzca el texto de este libro, debe incluirse las siguientes líneas de crédito: “De *Las 21 oraciones más eficaces de la Biblia*, publicado por Barbour Publishing, Inc. Usado con permiso.”

Las citas bíblicas, a menos que se indique lo contrario, son tomadas de la SANTA BIBLIA, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL®, NVI®.

Copyright © 1999 por International Bible Society®. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Desarrollo editorial: *Semantics*, P.O. Box 290186, Nashville, TN 37229,
semantics01@comcast.net

Publicado por Barbour Publishing, Inc., P. O. Box 719, Uhrichsville,
Ohio 44683

www.barbourbooks.com

Nuestra misión es publicar y distribuir productos inspiradores que ofrezcan valor excepcional y motivación bíblica al público.



Impreso en Estados Unidos de América

DEDICATORIA

Este libro está dedicado a la tierna memoria de Bob S. Earley. En los últimos años de su vida las oraciones de papá aumentaron en frecuencia, fervor e impacto. Le encantaba orar las oraciones de la Biblia, y especialmente: “Dios, bendíceme para poder bendecir a otros”. Y Dios lo hizo.

RECONOCIMIENTOS

Ningún hombre es una isla, y ningún buen libro es el esfuerzo de uno solo. Muchas gracias al equipo de gente que ha hecho que este proyecto sea una realidad:

- Cathy, por amarme, creer en mí y permitirme servir a Dios de esta forma
- Mis hijos, Daniel, Andrew y Luke, por orar por mí
- Carol, mi hermana favorita y la mejor relaciones públicas que jamás pude imaginar
- Susan, por toda su ayuda con los detalles de la iglesia
- Los Hombres Poderosos por sus oraciones
- Paul Muckley, un tipo increíble y buen amigo que hizo más de lo necesario para que este proyecto fuera eficaz
- Ellen Caughey, por su experiencia editorial, Kelly Williams por gestionar el proceso editorial interno, y Glady Dunlap por ocuparse de la composición tipográfica
- Rich Nathan, Rhonda Tucker, Roy Mansfeld y Andy Bullard por permitirme relatar sus historias
- Bob y Rusty Russell, Bruce Wilkinson, Henry Blackaby y David Jeremiah por ayudarme a aprender más sobre la oración

CONTENIDO

Introducción

1. Que hoy me vaya bien: La oración de Eliezer
Génesis 24:12
2. Bendíceme: La oración de Jacob
Génesis 32:26
3. Ven con nosotros: La oración de Moisés
Éxodo 33:15
4. Dame una señal: La oración de Gedeón
Jueces 6:17
5. Acuérdate de mí: La oración de Ana
1 Samuel 1:11
6. He pecado: La oración de David
2 Samuel 12:13
7. Ensancha mi territorio: La oración de Jabez
1 Crónicas 4:10
8. Dame sabiduría: La oración de Salomón
2 Crónicas 1:10
9. Respóndeme: La oración de Elías
1 Reyes 18:37
10. Líbranos: La oración de Ezequías
2 Reyes 19:19

- [11. Ayúdanos: La oración de Asá
2 Crónicas 14:11](#)
- [12. Dame favor: La oración de Nehemías
Nehemías 1:11](#)
- [13. Fortalece mis manos: La oración de Nehemías
Nehemías 6:9](#)
- [14. Envíame a mí: La respuesta de Isaías al llamado de
Dios
Isaías 6:8](#)
- [15. Sálvanos: La oración de los discípulos Mateo 8:25](#)
- [16. Ten compasión de nosotros: La oración de los ciegos
Mateo 9:27](#)
- [17. Señor, enséñanos a orar: La oración de los discípulos
Lucas 11:1](#)
- [18. Señor, ayúdame: La oración de una madre desesperada
Mateo 15:25](#)
- [19. Aumenta nuestra fe: La oración de los discípulos
Lucas 17:5](#)
- [20. Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador: La
oración del recaudador de impuestos
Lucas 18:13](#)
- [21. Padre, perdónalos: La oración de Jesús Lucas 23:34](#)
- [22. Pensamientos finales](#)

INTRODUCCIÓN

¿Acaso no le encanta cuando le sale bien algún plan? ¿No es increíble cuando intenta algo y realmente funciona?

Mi destreza no es muy buena cuando se trata de arreglar cosas; y desafortunadamente, las cinco personas en mi casa tienen el don de romper cosas. Al ser el padre, soy el primero a quien llaman, aunque no estoy muy seguro de por qué. Mis esfuerzos a menudo terminan en fracaso, o dejo las cosas peor de lo que estaban; pero en raras y gloriosas ocasiones, consigo arreglar algo. Es entonces cuando suena la orquesta, hay baile en las calles y el mundo entero es una maravilla.

A lo largo de los años, uno de los verdaderos gozos de mi vida de oración ha llegado como consecuencia de hacer las oraciones de la Biblia, especialmente las que funcionaron. Yo razono que si Dios respondió las peticiones de Ana, David y Jacob, podría hacer lo mismo conmigo, ¡y lo ha hecho!

Recientemente, acepté el reto de reducir los cientos de oraciones de la Biblia a veintiuna oraciones cortas y sencillas que Dios respondió positivamente. Estas veintiuna oraciones de gran impacto abarcan miles de años, vienen de personas de todas clases, y se ofrecieron por una gran variedad de motivos. Cada una fue particular y directa, se expresó con gran fervor y se ofreció con una expectativa sincera. Se ofrecieron como peticiones, no como demandas. Fluyen en conformidad con la vida del que pedía y se presentaron con una reverencia y humildad genuinas. ¡Y todas fueron maravillosamente contestadas!

Son peticiones que a Dios le gustaron lo suficiente como para registrarlas en las Escrituras. Cambiaron las vidas de quienes las hicieron, y son peticiones que podemos hacer hoy. He descubierto que hacer las oraciones que fueron respondidas en la Biblia me da la confianza de saber que aquello que yo estoy pidiendo al menos está cerca de la voluntad de Dios.

Aprenderlas es divertido.

Recordarlas es fácil.

Hacerlas es simple.

Ver que Dios las responde es emocionante.

Hacer estas peticiones se convertirá en una aventura que podría cambiar su vida. Sin embargo, antes de hacerlas, permítame recordarle algunos principios importantes sobre la oración. Estoy de acuerdo con la advertencia de Bob Russell de que la oración no es dictaminar. La oración no es decirle a Dios lo que debe hacer y luego esperar su respuesta positiva e inmediata. La oración es cooperar con Dios para que Él pueda liberar su poder.¹

Alguien ha dicho que Dios responde las oraciones con: “Sí”, “No”, “Espera” y “debes estar bromeando”. Otra persona ha dicho que si nuestra petición no es correcta, Dios dice: “No”; si no es el momento indicado, Dios dice: “Tranquilo”; si nosotros estamos mal, Dios dice: “Crece”; y si nuestra petición es acertada, es el tiempo indicado y nosotros estamos bien, Dios dice: “¡Adelante!”. Sea cual sea la respuesta de Dios, sabemos que Él es un Padre celestial suficientemente sabio que sabe lo que es mejor para nosotros, y lo que es mejor para otros.

Cuando mi hijo menor, Lucas, tenía tres años, comenzó a pedirme una navaja. Repetidamente recibía la misma respuesta: “Espera hasta que seas lo suficientemente mayor como para no hacerte daño tú ni dañar a tus hermanos”. Sin embargo, él seguía pidiéndola. Cuando cumplió cinco años y medio, su madre, encantada con un cuchillo Swiss Army que vio en el escaparate de una tienda, lo compró. El final de la historia es que Lucas terminó con tres puntos de sutura en una pierna. (Esa fue una de las pocas veces en que le he dicho a mi esposa: *Te lo dije*).

Aunque usted haga las oraciones más eficaces de la Biblia, como mi hijo, quizá no siempre consiga la respuesta que desea cuando lo desea. El “No” o el “Espera” de Dios es otra manera de decir: “Te amo y sólo te daré lo que es mejor para ti”. Tenga en mente que Dios no es nuestro siervo, sino que nosotros somos los de Él. Él responde según *sus* planes y propósitos, y no los nuestros. Nuestro Padre celestial sabe lo que es mejor.

Creo que encontrará que Él se deleita diciendo: “Sí”. A Dios le encanta oír y contestar oraciones. La mayoría de las veces, Él es el Dios del “Sí”.

Elementos para una oración más eficaz

Este libro presenta tres ayudas para mejorar su vida de oración:

1. *Una oración para recordar y hacer.* Cada capítulo subraya una oración

corta, sencilla y significativa. La mayoría son de tres o cuatro palabras. Intente memorizar cada una de ellas para que siempre las tenga disponibles cuando las necesite.

2. *Un capítulo para leer.* Hay veintidós capítulos en este libro. Póngase el objetivo de leer un capítulo cada día durante las próximas tres semanas (más un día). Si esto no fuera realista, pruebe con un capítulo en días alternos.

3. *Versículos para estudiar.* Cada oración está tomada de la vida de un personaje bíblico. Le sugiero que abra su Biblia en el pasaje del que se está hablando y lo marque. Estas son algunas de las historias más fascinantes y a menudo menos leídas de la Biblia. Seguro que más adelante querrá volver a leerlas.

Sugerencias para una oración más eficaz

1. *Un tiempo de oración.* Intente establecer un tiempo fijo cada día para leer un capítulo y orar. Podría ser lo primero que haga por la mañana o lo último que haga por la noche, o incluso a la hora de comer. El momento más acertado es el momento que mejor funcione para usted.

2. *Una cantidad de tiempo para orar.* Hay 24 horas en un día, o 1440 minutos. Apartar 15, ó 30, ó 60 minutos al día para estudiar y orar puede convertirse en una experiencia que cambie su vida. Oliver Wendell Holmes dijo que una mente es como una goma elástica, una vez que se estira nunca vuelve a su tamaño original. escoja una cantidad de tiempo que le estire. Aunque no pueda mantener ese horario después de las tres semanas, habrá experimentado un crecimiento significativo en su vida de oración.

3. *Un lugar para orar.* Jesús habló de un cuarto para orar. Su lugar de oración podría ser en un escritorio, en la mesa de la cocina o en su cama. A menudo disfruto dando paseos de oración durante el día. El lugar más indicado es el lugar que le venga bien a usted.

4. *Un amigo con el que orar.* Jesús prometió más perspectivas y respuestas cuando dos o más se ponen de acuerdo para orar (Mateo 18:19). Pídale a un amigo que lea este libro con usted. Júntense en persona o por teléfono, y hagan juntos las oraciones que están aprendiendo.

Como nota final, las veintiuna oraciones que siguen han sido ordenadas según aparecen en la Biblia. Aunque hay muchas maneras en que se podían haber presentado estas oraciones, espero que Dios le bendiga a medida que

descubra la creciente madurez espiritual evidenciada en esta progresión bíblica.

NOTAS

¹Bob Russell y Rusty Russell, *When God Answers Prayer* (West Monroe, LA: Howard Publishing Company, 2003), pp. 10-14.

QUE HOY ME VAYA BIEN:

La oración de Eliezer

GÉNESIS 24:12

¿Está listo para que algo le vaya bien? Si es así, la oración de Eliezer es un buen lugar para comenzar.

La historia comienza con Abraham, recientemente viudo, llegando a la madura edad de 140 años. Abraham tenía grandes deseos de que su hijo Isaac se casara y le diera un nieto. Isaac ya tenía cuarenta años y estaba desesperadamente soltero. Así que Abraham pasó a la acción.

Abraham llamó al jefe de sus sirvientes, Eliezer, y le envió a una antigua versión de Misión Imposible. Debería viajar 720 rigurosos kilómetros en camello a la zona donde Abraham creció. Allí debía seleccionar una esposa idónea para Isaac, la cual debía ser de entre los familiares distantes de Abraham (era costumbre casarse con un primo). Tras encontrar a la mujer, debería convencerla para que regresara con él para casarse con Isaac, un hombre al que ella nunca antes había visto. Aquello no sería darse un paseo por el parque.

Eliezer reunió una pequeña caravana y se dio la larga caminata hasta la tierra natal de Abraham. Su plan era encontrar la chica adecuada en el lugar central de reunión de las comunidades desérticas: el pozo. Al acercarse a la ciudad, hizo una sencilla oración:

“Entonces comenzó a orar: «Señor, Dios de mi amo Abraham, te ruego que hoy me vaya bien, y que demuestres el amor que le tienes a mi amo. Aquí me tienes, a la espera junto a la fuente, mientras las jóvenes de esta ciudad vienen a sacar agua. Permite que la joven a quien le diga: “Por favor, baje usted su cántaro para que tome yo un poco de agua”, y que me conteste: “Tome usted, y además les daré agua a sus camellos”, sea la que tú has elegido para tu siervo Isaac. Así estaré seguro de que tú has demostrado el amor que le tienes a mi amo”».

GÉNESIS 24:12-14

Que hoy me vaya bien.

Observe el tema central de su oración: “Que hoy me vaya bien”. Esta oración fue simple, específica y concreta en cuanto al tiempo. Le pidió a Dios que le dirigiera a la mujer adecuada y que lo hiciera enseguida. A fin de cuentas, Isaac no era cada vez más joven. Para saber qué mujer sería la correcta, Eliezer añadió a su oración que ella no sólo le ofreciera agua para beber a él, sino también que voluntariamente se la ofreciera a sus camellos.

“Que hoy me vaya bien” fue una oración pequeña; sin embargo, ¡inmediatamente obtuvo una respuesta estupenda y prodigiosa! Mire los gloriosos resultados:

“Aún no había terminado de orar cuando vio que se acercaba Rebeca, con su cántaro al hombro. Rebeca era hija de Betuel, que a su vez era hijo de Milca y Najor, el hermano de Abraham. La joven era muy hermosa, y además virgen, pues no había tenido relaciones sexuales con ningún hombre. Bajó hacia la fuente y llenó su cántaro. Ya se preparaba para subir cuando el criado corrió a su encuentro y le dijo: —¿Podría usted darme un poco de agua de su cántaro? —Sírvase, mi señor —le respondió. Y en seguida bajó el cántaro y, sosteniéndolo entre sus manos, le dio de beber. Cuando ya el criado había bebido, ella le dijo: —Voy también a sacar agua para que sus camellos beban todo lo que quieran”.

GÉNESIS 24:15-19

¡Bingo! Dios dio en la diana. Él respondió la oración de Eliezer, y mucho más. *Aún no había terminado de orar*, cuando Dios envió la mujer adecuada. Rebeca, según resultó todo, era familiar distante de Abraham, lo que significaba que cumplía los requisitos. No era menos importante el hecho de que también fuera una mujer hermosa y totalmente virgen. Además de todo esto, no sólo le dio de beber a Eliezer, ¡sino que también les ofreció agua a sus camellos!

Y eso no es todo. Después leemos que Rebeca estuvo dispuesta a dejar a su familia y su hogar inmediatamente para hacer el viaje de regreso con Eliezer

(24:58). La historia incluso tiene un final feliz: cuando Isaac la conoció, la amó (24:67).

Dios no solamente respondió la petición de Eliezer con un tímido “Sí”. Su respuesta fue un “Sí” robusto y descomunal. Sí, una mujer se ofreció a darle agua a Eliezer. Sí, ella se ofreció también a darles agua a los camellos. Sí, era pariente de Abraham. Sí, era hermosa. Sí, era una virgen disponible. Sí, estuvo dispuesta a hacer el viaje de regreso con él para casarse con Isaac. Y, para los dos, sí, fue amor a primera vista.

Además, el “Sí” de Dios bendijo a todos los participantes. Abraham tuvo la buena suerte de obtener una nuera que no era cananea para que fuera la madre de su nieto. Rebeca se convirtió en parte esencial de la promesa de Dios a Abraham de que se convertiría en el padre de muchas naciones. Para Rebeca, recibió un esposo que la amaba y un lugar en el linaje real del Mesías. Pasó de una familia pagana a una familia temerosa de Dios. La vida de Isaac fue cambiada porque recibió una esposa muy hermosa. Rebeca sería la mujer que él amaría y quien le daría sus hijos.

Pero lo mejor recayó sobre Eliezer. Antes de este acontecimiento, Eliezer veía a Dios sólo como el Dios de Abraham. En lugar de tener una relación personal con el Señor, él tenía más bien una relación de segunda mano. Pero tras experimentar la forma poderosa y buena en que Dios respondió a su oración, se convirtió en un hombre que adoró a Dios por sí mismo (Génesis 24:26-27).

Ahora Eliezer tenía su propia historia que contar. Fervientemente le contó al hermano mayor de Rebeca todo lo que el Señor había hecho por él (ver Génesis 24:34-48). Debido a la respuesta a esta oración, él tuvo su propio testimonio que compartir de cómo Dios había obrado a favor suyo.

Ahora bien, la manera en que yo lo veo, es que si Dios hizo eso por Eliezer cuando oró: “Que hoy me vaya bien”, es posible que Él esté dispuesto a hacer lo mismo por mí, y por usted.

De modo personal

Una pequeña oración tuvo un impacto tremendo sobre muchas vidas. Al leer la historia de esta oración de antaño, encontramos varias lecciones para nuestras vidas hoy.

1. *La oración es para todos.* Aunque suponemos que el siervo era Eliezer, no lo sabemos con certeza. El capítulo 24 simplemente le llama “el criado más antiguo de su casa”.¹ Pero no hay nada en la Palabra de Dios que esté escrito como está por accidente. Eliezer puede que hay quedado sin especificar intencionadamente para recordarnos que la oración contestada no es privilegio de los que tienen algún gran nombre o que pertenecen a alguna élite espiritual. Es la herencia de todos los que claman al Señor.

2. *Dios respondió una oración que parecía egoísta.* Eliezer oró: “Que hoy me vaya bien”, y Dios respondió de forma afirmativa. Aunque puede que estemos convencidos de que no está bien orar de manera que parezca egoísta, el resultado es que nos estamos perdiendo muchas de las bendiciones que Dios quiere darnos.

En el relato bíblico, Dios respondió algunas oraciones que parecían egoístas cuando se ofrecieron con motivos legítimos y para cosas beneficiosas. La petición de Eliezer, aunque parece egoísta, también fue *desinteresada* en que él quería que Dios respondiera para, en definitiva, servir a su señor. No estaba orando por su propia esposa, sino por la esposa de otro hombre: Isaac. Y si el siervo al que no se nombra fuera de cierto Eliezer, entonces esta petición sería especialmente desinteresada, ¡ya que Eliezer fue enviado a conseguir esposa para el hombre que ocuparía su lugar como heredero de Abraham (Génesis 15:2)!

3. *Dios está deseoso de responder las oraciones.* Observe estas seis primeras palabras en Génesis 24:15: “Aún no había terminado de orar”. ¡Dios ya estaba respondiendo *antes* de que Eliezer hubiera terminado de orar! Rebeca salió con su cántaro en el hombro *antes* de que Eliezer hubiera terminado su petición. Cuando pedimos cosas buenas con motivos puros, Dios responde rápidamente.

A menudo, tenemos el concepto erróneo de que Dios es reticente a responder a la oración. Creemos que hemos de rogarle, o manipularle, o que

debemos discutir con Él para que responda. He llegado a la conclusión de que cuando se trata de pedir en oración, no tengo nada que perder. Si mi oración no es la adecuada en el momento adecuado, o si mis motivos no son correctos, ¿qué es lo peor que puede pasar? Que Dios responda con un “No”.

Pero si mi petición es algo a lo que Dios puede decir “Sí”, entonces pidiendo puedo recibir una bendición que no habría obtenido de otra manera. Prefiero irme a la tumba sintiéndome culpable por pedir más de lo que he recibido que por perderme respuestas por no haber pedido.

4. *Cuando ore para que le vaya bien, dé a Dios una diana específica.* Eliezer pidió que una bella mujer no sólo estuviera dispuesta a darle a él de beber, sino que también les ofreciera agua a sus camellos (24:14). Con demasiada frecuencia conseguimos bendiciones vagas porque hacemos oraciones vagas. Si queremos respuestas específicas, tenemos que hacer peticiones específicas.

Aprendí el poder de la oración específica como estudiante de último curso en una escuela bastante estricta. Necesitaba un corte de cabello o estaría violando el código escolar en cuanto al peinado. Una noche, mi ayudante residente me dio veinticuatro horas para hacerme un corte de cabello. Yo no tenía nada de dinero y ninguna esperanza de conseguir un corte de cabello decente gratis. (Mis tres compañeros de cuarto habían demostrado ser unos “carniceros” notorios a cuyas tijeras no se encomendaría ninguna persona en su sano juicio.)

Más tarde esa noche estaba leyendo Lucas 11, cuando Jesús cuenta la historia del amigo insistente. El pasaje anima a la oración específica cuando el hombre le pide *tres panes*. Así que yo le di a Dios una diana específica triple: le pedí (1) un buen corte de cabello, (2) antes de que terminara la tarde del día siguiente, y (3) que fuera gratis. Mientras oraba, recibí un sentimiento maravilloso de paz. Enseguida me fui a dormir.

Al día siguiente, me quedé dormido más de la cuenta y tuve que irme a clase a toda prisa, olvidándome que necesitaba un corte de cabello. Pero a Dios no se le olvidó. Esa tarde, mientras cenaba, un amigo me presentó a una chica a la que yo no conocía. Mientras hablábamos, ella dijo que se había graduado de una escuela de belleza y que su papá le había hecho asistir a la escuela de arte durante un semestre. Dijo que echaba mucho de menos cortar cabello y que estaba pensando en comenzar su propio negocio de peluquería. Luego me miró y dijo: “Tienes bastante cabello. Echo tanto de menos cortar cabello,

que si quieres te lo corto gratis”.

Después de cenar, no pude aguantarme la sonrisa al sentarme en una silla escuchándola silbar y mirando cómo caía mi cabello alrededor de mis pies. Dios había oído mi sencilla y específica oración. Me había dado un buen corte de cabello, en menos de veinticuatro horas, y gratis.

Pedí que me fuera bien y Dios respondió. Yo tenía una necesidad y Dios la suplió. Cuando le damos una diana a la que disparar, Dios le atina en el centro.²

¿Necesita usted una respuesta? ¿Desea que le vaya bien en una tarea dirigida por Dios? ¿Por qué no le da a Dios una diana a la que disparar? Quizá Él le responda: “¡SÍ!” o quizá incluso diga: “¡SÍ!”.

NOTAS

¹ El nombre del siervo no está especificado en Génesis 24:2. Simplemente se refiere a él como el “siervo más antiguo de su casa”. Los eruditos suponen que este siervo era Eliezer, en quien Abraham confiaba lo suficiente como para considerar hacerle su heredero (Génesis 15). Para una discusión más detallada, vea la nota de Génesis 24:2 en John MacArthur, *The MacArthur Study Bible* (Nashville, TN: Word Publishing, 1997), p. 46.

² Para más información sobre la oración para que me vaya bien, véase Dave Earley, *Prayer Odyssey* (Shippensburg, PA: Destiny Image Publishers, 2003), pp. 37-40.

BENDÍCEME:
La oración de Jacob
GÉNESIS 32:26

Como dicen donde yo crecí, Jacob estaba “en un aprieto”. Años antes, se había apropiado de la bendición de la primogenitura que le pertenecía a su hermano mayor, Esaú, y éste no lo había olvidado. Tenga en mente que Esaú era un hombre fornido, tosco y enojado. No es el tipo de persona con el que quisiera toparse en un pasillo oscuro.

Ahora Esaú estaba presionando a Jacob con un ejército de cuatrocientos hombres. El mejor plan que se le ocurrió a Jacob fue usar la estrategia del Oriente Medio y enviar a Esaú una serie de regalos cuidadosamente seleccionados, aun teniendo pocas esperanzas de que funcionara.

En ese momento, Jacob hizo lo que cualquier hombre desesperado haría. Se puso a orar (Génesis 32:9-12), pero no parecía muy sincero, aparentemente ni para él mismo. Así, continuó intentando escabullirse de un desastre seguro (Génesis 32:13-24), y terminó viéndose solo e incluso más desesperado (Génesis 32:24).

Un hombre se le apareció a Jacob en la oscuridad y comenzó una lucha. Los brazos se entrelazaron, las piernas quedaron atrapadas y los cuellos retorcidos. Durante toda la noche se estuvo librando la pelea. Cuando Jacob vio que no podía ganar, se atenazó al desconocido y aguantó para salvar su vida. Luego soltó una pequeña oración: “¡No te soltaré hasta que me bendigas!” (Génesis 32:26).

Bendíceme.

Jacob se había aferrado a Dios (su oponente en la oscuridad) y rehusó dejarle ir hasta que no le bendijera. Pedir toda la bendición que pudiera era típico de Jacob. Le había pedido a su padre que le diera la mayor bendición que pudiera darle, y ahora le estaba pidiendo lo mismo a Dios.

La primera vez que leí esta historia me sorprendió la confianza, la impetuosidad, y sí, la avaricia de Jacob. ¡Vamos! Yo esperaba que Dios se levantara y le sacudiera por hacer una petición así. En cambio, Dios le dio a Jacob lo que pedía. Dios le bendijo con una bendición múltiple, repleta de transformación, revelación, dirección, protección e impacto.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el hombre. —Me llamo Jacob —respondió. Entonces el hombre le dijo: —Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido.

GÉNESIS 32:27-28

Dios le cambió el nombre de Jacob, que significa “usurpador” por Israel, que significa “príncipe de Dios”. El cambio de nombre indicaba una transformación de corazón. Hay un lado positivo en la personalidad de Jacob, y Dios obviamente estaba impresionado con su imperante perseverancia, ya que se aferró y no se soltó hasta que obtuvo lo que buscaba. Cuando tuvo la oportunidad de aferrarse de Dios, rehusó dejarle ir.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —le preguntó Jacob. —¿Por qué preguntas cómo me llamo? —le respondió el hombre. Y en ese mismo lugar lo bendijo. Jacob llamó a ese lugar Penuel, porque dijo: «He visto a Dios cara a cara, y todavía sigo con vida». Cruzaba Jacob por el lugar llamado Penuel, cuando salió el sol. A causa de su cadera dislocada iba renqueando. Por esta razón los israelitas no comen el tendón que está en la coyuntura de la cadera, porque a Jacob se le tocó en dicho tendón.

GÉNESIS 32:29-32

Cuando Jacob escogió la palabra hebrea *Penuel*, que significa “el rostro de

Dios” para conmemorar ese lugar, era claramente consciente de que le habían concedido una inusual pero gloriosa oportunidad. Tuvo un encuentro cara a cara con el Dios vivo y vivió para contarlo. En Penuel, Dios se reveló a sí mismo ante Jacob de una manera que cambió su vida. Dios tocó su cadera y cambió su manera de andar para el resto de sus días. Y más importante aún, Dios tocó su corazón y cambió su manera de vivir para el resto de su vida.

Cuando Jacob alzó la vista y vio que Esaú se acercaba con cuatrocientos hombres, repartió a los niños entre Lea, Raquel y las dos esclavas. Al frente de todos colocó a las criadas con sus hijos, luego a Lea con sus hijos, y por último a Raquel con José. Jacob, por su parte, se adelantó a ellos, inclinándose hasta el suelo siete veces mientras se iba acercando a su hermano.

GÉNESIS 33:1-3

Dios le dio un plan a Jacob, un plan que requeriría algo nuevo de Jacob, ya que tendría que tomar el camino de la humildad. Cuando Jacob fue al encuentro de su hermano, se postró ante él siete veces como lo haría un súbdito ante un patrón muy honorable.

Pero Esaú corrió a su encuentro y, echándole los brazos al cuello, lo abrazó y lo besó. Entonces los dos se pusieron a llorar.

GÉNESIS 33:4

En lugar de matar a Jacob, Esaú le abrazó y le besó, y lloraron juntos. En unos breves momentos, fueron borrados años de profunda amargura y culpabilidad. Dios había bendecido a Jacob con protección de lo que iba a ser una muerte segura.

¡Esta pequeña oración cambió vidas! Todos los que estaban con Jacob —sus esposas, hijos, siervos y ganados— fueron perdonados. Entre ellos estaba su hijo Judá, de donde vendría el Mesías; así que, en un sentido, la oración de Jacob nos bendijo a todos.

Además de eso, la vida de Esaú fue maravillosamente alterada, pues dejó toda una vida de resentimiento en contra de su agresivo hermano. En vez de matar a Jacob, le abrazó.

No obstante, el cambio más grande se produjo en la vida de Jacob, quien no sólo tuvo un nombre nuevo, sino también un corazón nuevo. Observe cómo

termina la historia.

—¿Qué significan todas estas manadas que han salido a mi encuentro? —preguntó Esaú. —Intentaba con ellas ganarme tu confianza —contestó Jacob. —Hermano mío —repuso Esaú—, ya tengo más que suficiente. Quédate con lo que te pertenece. —No, por favor —insistió Jacob—; si me he ganado tu confianza, acepta este presente que te ofrezco. Ya que me has recibido tan bien, ¡ver tu rostro es como ver a Dios mismo! Acéptame el regalo que te he traído. Dios ha sido muy bueno conmigo, y tengo más de lo que necesito. Fue tanta la insistencia de Jacob que, finalmente, Esaú aceptó.

GÉNESIS 33:8-11

¿Se imagina a Jacob rogándole a Esaú “por favor, toma mi bendición”? Jacob, el que anteriormente había robado la bendición, ahora estaba deseoso de dar una bendición. Era un hombre nuevo, y reconoció humildemente que Dios le había bendecido; por tanto, ahora él también deseaba bendecir a otros.

De modo personal.

1. *Dios bendice al que es espiritualmente agresivo.* La bendición de Dios no necesariamente descansa sobre el pasivo o relajado. Creo que en algún momento hemos desarrollado la idea errónea de que los cristianos son personas lindas, calladas y casi debiluchas.

Nada podría estar más lejos de la realidad. Aunque hemos de ser amables y misericordiosos, Dios quiere que seamos mucho más que personas lindas. Él sueña con que su pueblo gane las batallas, saboree las aventuras y disfrute de todo lo que Él tiene para nosotros.

Un hombre lo describe de esta manera: “La oración no es un sedán maravilloso para dar un paseo contemplando el paisaje de la ciudad. La oración es un camión que va directamente al almacén, descarga, carga y regresa con el género. Demasiadas personas traquetean sus camiones por toda la ciudad, ¡y nunca van al almacén! No persiguen algo cuando oran; no piden, y por tanto, no reciben”.¹

Tengo que admitir que yo tengo una vena tímida y callada. Mi madre era cuáquera y yo fui educado para ser escéptico con las personas directas y agresivas. Pero no hemos de confundir la timidez con la humildad. Dios bendice la humildad, no la timidez, y también nos invita a ser directos en la oración.²

Hace algunos años decidimos tener un domingo especial en nuestra iglesia en el que todos llevaríamos amigos no creyentes a los servicios del domingo. La semana antes de ese domingo hice la atrevida declaración de que creía que si le pedíamos a Dios que nos bendijera, podríamos ver a cincuenta adultos entregando sus corazones a Jesucristo. Después de eso, mi esposa me recordó con calma que me lo había jugado todo.

Como preparación para ese domingo, cientos de nuestros miembros estaban ayunando y orando. Muchos de nosotros nos quedamos solos y luchamos con Dios. Yo, de una forma quizá un tanto desesperada, le pedí que nos bendijera con un record de asistencia y cincuenta decisiones de fe por Cristo.

En ese tiempo teníamos tres servicios los domingos. Al término del primero, un puñado de gente respondió a la oportunidad de confiar en Cristo como

Salvador. El segundo servicio terminó con una docena de personas entregando sus corazones a Jesús. Yo estaba muy emocionado por nuestros nuevos hermanos y hermanas en la fe, pero necesitábamos treinta y cuatro decisiones más en el último servicio para llegar a cincuenta.

El tercer servicio estaba lleno y todo fue bien. Yo extendí la invitación a confiar en Cristo y, una por una, docenas de personas comenzaron a responder. Tras la conclusión del servicio, uno de los demás pastores vino a mí. “Cincuenta”, dijo con una gran sonrisa. “¿Se lo puede creer? ¡He contado un total de cincuenta personas adultas que han confiando en Cristo como su Salvador hoy!”.

Inmediatamente después de eso, unos cuantos hombres se acercaron caminando hasta mí con una mirada de curiosidad en sus rostros. Eran el equipo de oración que había estado durante todo el servicio en otra parte del edificio aferrándose a Dios y pidiéndole que bendijera ese día. Sólo tenían una pregunta que hacer:

—¿Cuántos?

Yo comencé a bromearles:

—¿Cuántos qué?

—¿Cuántas personas conocieron a Jesús como Salvador hoy?—preguntaron ellos—. Sentimos que Dios nos guió a pedirle que nos bendijera con cincuenta. ¿Cuántos hubo?

Sonreí y dije:

—Deberían haber pedido cincuenta y uno.

2. *Dios está dispuesto y es capaz de bendecir a los que piden.* A Dios le encanta derramar favores sobre las vidas de sus hijos. Él quiere que nos beneficiemos todo lo que podamos. Puede que no ocurra según nuestro cuándo, dónde o cómo, ¡pero Dios quiere bendecir a sus hijos! Según Bruce Wilkinson, escritor de *La oración de Jabez*: “La propia naturaleza de Dios consiste en que tiene bondad a tal grado de abundancia que sobrepasa la indignidad de nuestras vidas. Si piensa acerca de Dios en cualquier otro modo, le pido que cambie su manera de pensar. ¿Por qué no establecer el compromiso para toda la vida de pedirle a Dios que lo bendiga todos los días; y mientras Él lo cumple, que la bendición sea *abundante y generosa*?”.³

3. *La bendición de Dios sobre su vida es lo suficientemente grande como*

para alcanzar a otros. Jacob le pidió a Dios que le bendijera, pero él no fue el único bendecido. Su familia, su hermano, y por último a través del Mesías, todos nosotros fuimos bendecidos.

4. *Recibir la bendición de Dios debería hacer de nosotros gente que “bendice” a otros.* Ser los receptores de la generosa gracia de Dios debería hacernos ser muy generosos. Dios se preocupa por los demás. Todo lo que hace en nosotros y por nosotros está diseñado para finalmente fluir a través de nosotros hacia otros.

5. *Dios se revela a los que realmente quieren conocerle.* Dios mismo es la bendición suprema. La mayor bendición de Jacob no fue que su hermano le perdonara, sino que llegó a ver a Dios, tocar a Dios y oír a Dios. ¡No hay nada mejor que eso!

Este es un último pensamiento sobre la oración de Jacob: no hay milagros si no hay errores, y no hay necesidad de bendición si ya lo tenemos todo. Así, si hay una bendición que realmente necesita o quiere y que podría usar para bendecir a otros, y cree que Dios quisiera que usted la tuviera, no sea tímido y atreva a pedirlo. Dios puede, y como vimos con Jacob, Él bendice al espiritualmente agresivo.

NOTAS

¹ J. R. Rice, *Prayer: Asking and Receiving* (Murfreesboro, TN: Sword of the Lord, 1942), p. 52.

² Véase Hebreos 4:16.

³ Bruce Wilkinson, *La oración de Jabes* (Miami, Fl: Editorial Unilit, 2001) p. 29

VEN CON NOSOTROS: *La oración de Moisés* ÉXODO 33:15•

Pobre hombre. Moisés vivió una de los desafíos de liderazgo más difíciles de la Historia. Tuvo que sacar y guiar a un millón de esclavos quejicosos de Egipto, atravesando el desierto, hasta llegar a la Tierra Prometida. Cada vez que se daba la vuelta, su pueblo, o bien se estaba rebelando o quejando.

Uno de los momentos más críticos llegó cuando Moisés descendió del monte Sinaí con los Diez Mandamientos, y se encontró una fiesta muy alborotada en la que la gente se encontraba adorando dioses mudos. Dios habría aniquilado a los hebreos si Moisés no hubiera intercedido (Éxodo 32:9-14).

¿Cómo se supone que guiaría Moisés con ciertas garantías a ese pueblo a través de los peligros del desierto hasta la Tierra Prometida sin que éstos acabaran con él o con ellos mismos?

Como respuesta, Moisés oró.

Moisés tomó una tienda de campaña y la armó a cierta distancia fuera del campamento. La llamó «la Tienda de la reunión con el Señor» ... En cuanto Moisés entraba en ella, la columna de nube descendía y tapaba la entrada, mientras el Señor hablaba con Moisés. Cuando los israelitas veían que la columna de nube se detenía a la entrada de la Tienda de reunión, todos ellos se inclinaban a la entrada de su carpa y adoraban al

Señor. Y hablaba el Señor con Moisés cara a cara, como quien habla con un amigo.

ÉXODO 33:7-11

Moisés era un hombre de oración eficaz. Moisés tenía un *lugar* donde se reunía con Dios, alejado del bullicio de la humanidad: la tienda de reunión. Cuando Moisés entraba en la tienda para reunirse con Dios, Dios entraba en la tienda para reunirse con Moisés. Moisés entendió algo que nosotros

debemos recordar: *Dios está dispuesto, preparado y disponible para reunirse con nosotros cuando nosotros apartamos un tiempo para reunirnos con Él.*

Moisés tenía encuentros muy personales con Dios. “Y hablaba el Señor con Moisés cara a cara, como quien habla con un amigo”. No había nada oculto, era un diálogo claro y querido, así como una conversación íntima y coherente. Moisés había desarrollado, probablemente en su tiempo en el desierto durante sus cuarenta años de exilio, una amistad familiar con Dios. Ese es el secreto de la fuerza interior, y ese es el fundamento de la oración eficaz.

Debido a esta amistad, Moisés alzó su queja.

Moisés le dijo al Señor: —Tú insistes en que yo debo guiar a este pueblo, pero no me has dicho a quién enviarás conmigo.

ÉXODO 33:12

Cuarenta años antes, Moisés había intentado librar a Israel por su propia fuerza y fracasó miserablemente en el intento. Ahora sabía que necesitaba a Dios. Sin Dios, todo el esfuerzo sería una trágica pesadilla. Sin Dios no había esperanza.

Moisés necesitaba la presencia de Dios. No había otra manera; sin embargo, no sólo reconoció su necesidad, sino que actuó al respecto. Moisés al final tuvo éxito porque le pidió ayuda a Dios, haciendo una de las oraciones más eficaces de la Biblia.

También me has dicho que soy tu amigo y que cuento con tu favor. Pues si realmente es así, dime qué quieres que haga. Así sabré que en verdad cuento con tu favor. Ten presente que los israelitas son tu pueblo. —Yo mismo iré contigo y te daré descanso —respondió el Señor. —O vas con todos nosotros —replicó Moisés—, o mejor no nos hagas salir de aquí.

ÉXODO 33:12-15

Ven con nosotros.

“O vas con todos nosotros —replicó Moisés—, o mejor no nos hagas salir de aquí”. En otras palabras: “Tu presencia es la clave de nuestra paz, protección y prosperidad. Ven con nosotros. Tu presencia es la fuente de nuestra supervivencia y éxito. Sin ti, pronto dejaremos de existir”.

Si no vienes con nosotros, ¿cómo vamos a saber, tu pueblo y yo, que contamos con tu favor? ¿En qué seríamos diferentes de los demás pueblos de la tierra?

ÉXODO 33:16

Moisés oró: “Ven con nosotros”. Estaba diciendo: “Señor, tu presencia es la marca de tu agrado. Tu asistencia nos hace ser diferentes. Tú eres particularmente divino. Sin ti no somos nada, tan sólo una tropa patética caminando sin rumbo de la que pronto se olvidarán”.

Así pues, Moisés le pidió a Dios que fuera con ellos, y Dios dijo: “Sí”.

—Está bien, haré lo que me pides —le dijo el Señor a Moisés—, pues cuentas con mi favor y te considero mi amigo.

ÉXODO 33:17

Desde ese momento, la presencia de Dios marcó la vida de Moisés. De hecho, Dios estuvo con él de forma tan manifiesta que el rostro de Moisés resplandeció.

Cuando Moisés descendió del monte Sinai, traía en sus manos las dos tablas de la ley. Pero no sabía que, por haberle hablado el Señor, de su rostro salía un haz de luz.

ÉXODO 34:29

De modo personal

Moisés no es el único con una necesidad imperiosa de la presencia de Dios. Si usted y yo alguna vez esperamos cumplir el plan de Dios para nuestras vidas, necesitamos a Dios. Su presencia debe acompañarnos. Su ser debe cubrirnos como una nube y emanar de nosotros como un perfume. Él tiene que ir con nosotros.

Hace unos años, mientras estaba leyendo la Biblia, descubrí que incrustada en los momentos esenciales de la vida de personas clave de la Biblia estaba la frase: “Dios estaba con él”. La presencia de Dios era el factor determinante.

Las cosas que más queremos y necesitamos en la vida vienen de Dios. Sólo se llevan a cabo cuando su presencia está con nosotros. Lea a continuación esta “lista de la compra” de las asombrosas bendiciones y beneficios que acompañan al pueblo de Dios cuando Él va con ellos.

Protección individual y provisión —Génesis 28:15,
20

Liberación y transformación —Hechos 7:9

Prosperidad en medio de la adversidad severa —
Génesis 39:2

Favor con las autoridades impías —Génesis 39:21

Éxito —Génesis 39:23; 1 Samuel 18:12, 14;
Crónicas 17:2; 2 Reyes 18:7

Protección nacional —Números 14:8

Bendiciones —Números 23:21

Destrucción del temor —Deuteronomio 31:6, 8;
Josué 1:9; Salmo 118:6

Buena influencia —Josué 6:27

Valor —Jueces 6:12

Victoria —Jueces 1:19, 22; Isaías 8:10

Garantía de las promesas de Dios —1 Samuel 3:19

Transformación y poder —1 Samuel 10:6-7

Cualificación para el liderazgo—1 Samuel 16:18

Grandeza —2 Samuel 7:9; 2 Crónicas 1:1; 1 Reyes 1:37

Ánimo —1 Crónicas 28:20

Capacidad magnética para atraer un gran seguimiento —2 Crónicas 15:9

Confianza —Salmo 118:7; 2 Crónicas 13:12; Jeremías 20:11; Zacarías 10:5

Favor evidente de Dios —Lucas 1:28

Poder milagroso —Hechos 10:38

¡Yo me apunto! No es de extrañar que Moisés dijera: “Ven con nosotros”.

Moisés no es el único que le ha pedido a Dios su presencia. Un estudio de biografías de cristianos notorios indica que muchos han disfrutado de este dulce secreto de éxito espiritual y descanso. Sin duda, los tres hombres que puede que hayan tenido el mayor impacto en el cristianismo occidental en los siglos XVIII y XIX tuvieron todos ellos una característica común: estaban indudablemente marcados por la presencia de Dios.

John Wesley fue el padre del gran despertar espiritual que sacudió Inglaterra y América, al igual que el fundador de la iglesia metodista. Él es, sin duda, uno de los cristianos de mayor influencia que haya vivido jamás. Una de sus muchas biografías decía: “Era un hombre que buscaba mantener el resplandor de Dios en su vida brillando con un blanco tan intenso que otros pudieran reconocerlo y quisieran buscar el mismo poder transformador”.¹

Charles Finney fue un abogado que se convirtió drásticamente al cristianismo e inmediatamente comenzó a predicar en pequeñas ciudades del interior de Nueva York. Dicen que cuando Finney entraba en una ciudad, la presencia de Dios era tan espesa que la gente, o bien se arrepentía o moría. Finney y sus asociados pasaban horas rogando fervientemente a Dios que manifestara poderosamente su presencia.

En una ocasión, había estado llevando a cabo un avivamiento en un pequeño lugar llamado New York Mills. Una mañana le pidieron que hiciera una visita a la gran fábrica de algodón de la ciudad. Mientras caminaba por la fábrica, la presencia de Dios se hizo tan notoria que Dios comenzó a traer convicción sobre la gente de ese lugar inmediatamente. Él entró en una gran sala donde las mujeres jóvenes que trabajaban en los telares se estaban riendo y bromeando. Pronto la sala quedó en silencio. Una de las chicas le miró a los ojos y comenzó a temblar. Su dedo comenzó a temblar y rompió el hilo. Una narración decía: “La chica estaba bastante conmovida, y se hundió, rompiendo a llorar. La impresión se extendió como la pólvora, y en breves momentos toda la sala irrumpió a llorar. El sentimiento se extendió por toda la fábrica”.²

Otro biógrafo escribió: “El propietario oyó que las máquinas se paraban, y entró a ver lo que estaba ocurriendo. Cuando vio a toda la sala llorando, le dijo al superintendente que detuviera la fábrica, porque era más importante que las almas se salvaran que la producción de la fábrica. Hasta ese momento Finney no había dicho ni una sola palabra. Las trabajadoras se juntaron en una gran sala, y en unos cuantos días casi todos los empleados de la fábrica fueron salvos”.³

¡Charles Finney no tuvo que decir nada! La presencia de Dios era tan poderosa en su vida que una fábrica llena de trabajadores se arrepintió sin que él dijera ni una sola palabra.

D. L. Moody comenzó una gran iglesia, una maravillosa universidad, y se dice que ha llevado a millones de almas a los pies de Jesucristo. Temprano en su ministerio ya era un hombre dedicado que trabajaba incansablemente para llevar almas una a una a Cristo. Su querido amigo Ira Sankey, le describió en este periodo de su vida como “una persona muy dinámica; tenía un deseo tremendo de hacer algo, pero no tenía un poder real. Trabajaba mucho en la energía de la carne”.⁴

Durante un viaje a Inglaterra, el corazón de Moody se encendió con la idea de alcanzar de algún modo a más gente para Cristo de la que estaba alcanzando; sin embargo, él no estaba a la altura de la tarea. Así que comenzó a luchar con el Señor en oración. Años más tarde, él mismo compartió lo que ocurrió.

Hace unos cuatro años entré en un estado de enfriamiento, donde no parecía haber ninguna unción [poder] en mi ministerio. Durante cuatro largos meses parecía que Dios me estaba queriendo mostrar cómo era yo ... Pero tras cuatro meses la unción regresó cayendo sobre mí mientras caminaba por las calles de Nueva York. Muchas veces he pensado en ello desde que he estado aquí. Al menos yo había regresado a Dios nuevamente, y ya no era un desdichado. Casi me puse a orar de la alegría: “Oh Dios, ¡deja tu mano!”. Pensaba que este vaso terrenal se rompería al llenarme tanto de su Espíritu.

Si no he sido un hombre distinto desde entonces, entonces no me conozco a mí mismo. Creo que he logrado más en los cuatro últimos años que en el resto de mi vida.⁵

Poco después, Dios le permitió a Moody tener un impacto global y multiplicó increíblemente los resultados de sus esfuerzos. La única explicación fue la presencia manifiesta de Dios.

Considere estos ejemplos: Wesley buscó la presencia de Dios y esto marcó su vida y ministerio; Finney y sus compañeros lucharon con Dios para buscar la manifestación de su presencia; Moody deseó de manera profunda y apasionada que la presencia de Dios consumiera su vida; y Moisés rehusó dar un paso más sin la presencia manifiesta de Dios.

Si su vida y ministerio carecen de la chispa del poder de Dios, el favor de la unción del Espíritu o el aura de protección divina, necesita una manifestación mayor de la presencia de Dios. Aprenda a orar como lo hizo Moisés: “Ven conmigo”.

NOTAS

¹ Basil Miller, *John Wesley* (Minneapolis, MN: Bethany House

Publishers, 1969), p.131.

² Idem, *Charles Finney* (Minneapolis, MN: Bethany House Publishers, 1969), p. 55.

³ Wesley Duewel, *Revival Fires* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1995), p. 103.

⁴ R. A. Torrey, *Why God Used D. L. Moody* (Murfreesboro, TN: Sword of the Lord, 2000), p. 29.

⁵ Ibid., p. 30.

DAME UNA SEÑAL: ***La oración de Gedeón*** **JUECES 6:17**

En ciertos momentos de desesperación en la vida, todos deseáramos tener algo, ¡preferiblemente una señal clara e innegable! que nos indique qué dirección tomar. ¿Pero alguna vez ha necesitado saber sin ninguna duda que los deseos de su corazón son los deseos de Dios para su vida?

En Israel, alrededor del año 1200 a. C., un hombre llamado Gedeón estaba ocupándose de sus asuntos cuando Dios se le apareció y le llamó para liberar a su nación de un enemigo opresivo. ¿Cómo podía él saber que era Dios? ¿Cómo podía estar seguro de estar oyendo las instrucciones de Dios claramente? Gedeón necesitaba respuestas, necesitaba una señal.

Como había ocurrido repetidamente, Israel había dejado de seguir a Dios, y por eso Dios había apartado su mano de protección. Por consiguiente, los maleantes montados sobre camellos se paseaban libremente por los campamentos israelitas y robaban sus pertenencias, ganados y cosechas. La mayoría de los israelitas vivían en un temor constante, escondidos en cuevas y fosos.

Así que ahí estaba Gedeón, escondiendo grano trillado en un lagar. El grano normalmente se trillaba en lo alto de una colina para que el viento al soplar se llevara la paja. Pero la situación en Israel era tan desesperada que él tenía que trillar el grano en un valle, escondiéndolo en un lagar, con la esperanza de que no le vieran. En lugar de que el viento soplara la paja, Gedeón tenía que lanzarlo al viento y esperar que soplara algo de aire. No cabe duda de que tal posición de debilidad frustrara a Gedeón.

Después apareció el mensajero de Dios.

Cuando el ángel del Señor se le apareció a Gedeón, le dijo: —¡El Señor está contigo, guerrero valiente!

JUECES 6:12

Tan sólo visualice la ironía de esto: un hombre adulto se está escondiendo en un lagar cuando un ángel de Dios aparece y le llama “¡guerrero valiente!”.

¿Qué estaba haciendo Dios? Los comentaristas bíblicos están divididos en este punto. Algunos dicen que Gedeón tenía una reputación de guerrero entre las clases altas de Israel.¹ Otros dicen que es otro ejemplo del gran sentido del humor de Dios.² Aún otros sienten que “guerrero” es una palabra profética para describir el destino de Gedeón.

Creo que las tres cosas son ciertas. Sí, Dios tiene un maravilloso sentido del humor, pero los últimos acontecimientos indicarían que Gedeón ciertamente tenía experiencia en la batalla. En ese momento Israel no tenía ningún líder que les guiara a levantarse y luchar. Así que Gedeón estaba en ese tiempo privado de su destino.

El llamado de Dios le hizo señas a Gedeón, mostrándole lo que podría y llegaría a ser. Imagino que mientras Gedeón trillaba el grano estaría pensando que Israel necesitaba un líder que les sacara de ese horrible estado de humillación. En su corazón estaba la pasión de ser ese libertador. Ahora Dios había venido para decirle que quería que cumpliera su destino.

Sin embargo, como la situación en Israel seguía empeorando, Gedeón comprensiblemente sentía dudas de aceptar su misión. Pero Dios insistió. Veamos su conversación.

—Pero, señor —replicó Gedeón—, si el Señor está con nosotros, ¿cómo es que nos sucede todo esto? ¿Dónde

están todas las maravillas que nos contaban nuestros padres, cuando decían: “¡El Señor nos sacó de Egipto!”? ¡La verdad es que el Señor nos ha desamparado y nos ha entregado en manos de Madián!

El Señor lo encaró y le dijo: —Ve con la fuerza que tienes, y salvarás a Israel del poder de Madián. Yo soy quien te envía.

—Pero, Señor —objetó Gedeón—, ¿cómo voy a salvar a Israel? Mi clan es el más débil de la tribu de Manasés, y yo soy el más insignificante de mi familia.

El Señor respondió: —Tú derrotarás a los madianitas como si fueran un solo hombre, porque yo estaré contigo.

JUECES 6:13-16

El llamado de Dios era claro: “Ve y salva a Israel ¡Yo soy quien te envía!”. Gedeón estaba casi convencido, pero es muy inusual que un ángel del Señor

venga y te llame a salvar una nación, así que él no estaba del todo seguro si Dios realmente le estaba llamando a una tarea tan grande. Gedeón necesitaba más; necesitaba una clara señal de confirmación.

Estoy muy contento de que esta historia esté en la Biblia. Nos parecemos mucho a Gedeón; queremos oír a Dios, creer, lanzarnos, pero no confiamos en nosotros mismos, no estamos seguros. ¿Será realmente Dios? ¿Es esto lo que realmente me está diciendo Dios?

Esta historia está en la Biblia no sólo porque Gedeón peleó por conseguir una confirmación, sino porque usó la situación para hacer una de las oraciones más eficaces. Esta es la sencilla oración de Gedeón.

—Si me he ganado tu favor, dame una señal de que en realidad eres tú quien habla conmigo —respondió Gedeón—.

JUECES 6: 17

Dame una señal.

Estaba diciendo: “Acláramelo, hay demasiado en riesgo aquí, y será un fracaso absoluto si esto no proviene de ti, así que necesito una confirmación. Tengo que saber que no me estoy volviendo loco ni estoy teniendo delirios de grandeza, o que me estoy ofreciendo como voluntario para un suicidio seguro. Así pues, por favor, dame una señal”.

Aunque algunos pastores y maestros bíblicos no ven con agrado pedirle una señal a Dios, yo creo que hay algunas raras ocasiones en la vida de todas las personas en que es perfectamente apropiado. Como Gedeón, usted siente que Dios le está llamando a algo muy grande, exageradamente mayor y mucho más difícil de lo que se puede imaginar. Está tomando la decisión más grande de su vida. Está casi convencido de que ha oído su voz, pero tiene que estar seguro. Las probabilidades son bastante elevadas, pero necesita una confirmación.

¿Le sentó mal a Dios la petición de Gedeón y le dijo que era una tontería y algo muy inmaduro por su parte? Veamos.

Te ruego que no te vayas hasta que yo vuelva y traiga mi ofrenda y la ponga ante ti. —Esperaré hasta que vuelvas —le dijo el Señor.

Gedeón se fue a preparar un cabrito; además, con una medida de harina hizo panes sin levadura. Luego puso la carne en una canasta y el caldo en una olla, y los llevó y se los ofreció al ángel bajo la encina.

El ángel de Dios le dijo: —Toma la carne y el pan sin levadura, y ponlos sobre esta roca; y derrama el caldo. Y así lo hizo Gedeón.

JUECES 6:18-20

El escenario estaba preparado para que Dios le diera a Gedeón la confirmación que necesitaba.

Entonces, con la punta del bastón que llevaba en la mano, el ángel del Señor tocó la carne y el pan sin levadura, ¡y de la roca salió fuego, que consumió la carne y el pan! Luego el ángel del Señor desapareció de su vista. Cuando Gedeón se dio cuenta de que se

*trataba del ángel del Señor, exclamó: —¡Ay de mí, Señor y Dios!
¡He visto al ángel del Señor cara a cara!*

Pero el Señor le dijo: —¡Quédate tranquilo! No temas. No vas a morir. Entonces Gedeón construyó allí un altar al Señor, y lo llamó «El Señor es la paz».

JUECES 6:21-24

Quizá usted esté viviendo una aventura de alto riesgo y alta recompensa. Quizá esté sintiendo que Dios le está hablando, pero no está seguro. Necesita saber exactamente lo que Él está diciendo, necesita una confirmación antes de lanzarse y tomar esa gran decisión.

Al igual que usted, mi amigo Rich necesitaba una señal así. Esta es su motivadora historia.

Había estado orando durante varios años para saber si el Señor quería que dejara mi trabajo como profesor en la OSU [Ohio State University] y comenzara un ministerio vocacional como pastor principal de nuestra nueva iglesia. Tenía una doble vocación, predicando muchos domingos, dirigiendo varios grupos pequeños, disciplinando a algunos hombres y cosas así. Además, era un joven profesor trabajando para conseguir ser profesor numerado, escribiendo artículos en diarios académicos y escribiendo un libro de texto. Mi esposa y yo teníamos dos niños pequeños, con lo cual la carga era bastante grande.

Fui a Inglaterra para participar como parte de un equipo ministerial en una conferencia. Un domingo por la noche, estaba hablando con un amigo sobre mi

incertidumbre con respecto a oír la voz de Dios. Le dije: “Kevin, he estado orando para saber si Dios me está llamando al ministerio a tiempo completo durante unos años, pero no he oído nada nuevo al respecto de parte de Dios desde hace cuatro años, y no me interesa simplemente ser voluntario de algo a lo que Dios no me esté llamando”.

Kevin dijo: “Rich, ¿por qué no le pides al Señor una señal?”.

Yo le respondí: “Solía hacer eso al principio de convertirme, pero creo que es una forma inmadura de buscar la voluntad de Dios”.

Kevin me respondió diciendo: “Mira Rich, cada pastor en el mundo entero menosprecia a Gedeón, pero Dios no le menospreció. Dios está más que dispuesto a ayudarte dándote la confirmación que necesitas”.

Pensé que tenía razón. Dios fue amable y misericordioso con Gedeón, así que esa noche oré: “Señor, si quieres que deje mi trabajo en OSU y persiga un ministerio a tiempo completo, por favor, háblame antes del miércoles por la noche cuando llame a mi esposa”. No indiqué cómo debía Dios hablarme, sólo que Dios me hablara. Dije: “Señor, si no me hablas antes del miércoles por la noche, supondré que estás contento con lo que estoy haciendo y que necesito recortar el número de horas que estoy dedicando al trabajo en la iglesia”.

El lunes y el martes no oí nada. El miércoles por la noche me senté en una conferencia de dos mil personas, y el orador comenzó su charla de esta manera: “Iba a hablar sobre sanidad en esta noche, pero siento que el Espíritu Santo me ha dirigido a dar un mensaje diferente. Voy a hablar sobre ‘Laperla de gran precio’“. Procedió con el mensaje, diciendo: “Algunos de ustedes en esta noche se están preguntando si Dios les ha llamado al ministerio a tiempo completo, y sabrán que es del

Señor a última hora, cuando ya no hay más tiempo, entonces sabrán que es de Dios”.

Literalmente comencé a apretar los brazos de mi silla, y pensé: Señor, ¿me estás hablando a mí? Era literalmente la última hora antes de ir a hablar con mi esposa, Marlene. En el curso de la charla del orador, dijo siete cosas específicas que ocurrirían cuando uno sabe que es tiempo de dejar su trabajo para entrar al ministerio a tiempo completo. Todas ellas se podían aplicar a mi vida.

Al día siguiente alguien pasó a mi lado, se giró y volvió a caminar hacia mí, y luego se volvió a dar la vuelta. Finalmente me miró a los ojos y puso su mano sobre mi pecho, y dijo: “El Señor le está llamando al pastorado”. Ocurrieron otras confirmaciones notables en los días siguientes que me permitieron saber con claridad y sin lugar a error que Dios me había llamado a dejar mi puesto en

*Ohio State y a entrar en el ministerio a tiempo completo.*³

De modo personal

No creo ni que Dios vaya a darnos, ni que deba darnos señales para todos los pequeños detalles de nuestra vida. Antes de pedir, hay varias consideraciones que debemos tener en cuenta.

1. *Todos nosotros probablemente necesitaremos una señal de confirmación en algún momento.* La necesidad de una señal ocurre raramente en el transcurso de una vida. Los relatos bíblicos de personas que recibieron señales de confirmación casi siempre giraron en torno a un llamado a un ministerio.

2. *Las señales de Dios a menudo vienen en momentos de desesperación.* Israel necesitaba desesperadamente un libertador. Gedeón estaba desesperado por un cambio.

3. *Las señales de Dios confirman lo que Dios ya está haciendo o ya ha hecho en nuestro corazón.* Las señales puede que den la impresión de salir de la nada, pero una mirada más detallada casi siempre revela que el llamado y las confirmaciones de Dios conllevan sueños y destinos que Él ha escrito en nuestros corazones durante un largo periodo de tiempo.

4. *Cada señal debería comprobarse y someterse a las enseñanzas de la Palabra de Dios.* Esto parece obvio, pero debo mencionarlo. Dios no le dará una señal diciéndole que se divorcie de su marido, que tenga una aventura amorosa con su secretaria o que lleve a su familia a endeudarse. ¿Cómo lo sé? Porque lo dice la Biblia.

5. *Dios puede darnos confirmación.* Dios es infinito, y puede hacer lo que sea necesario. Si usted necesita una señal de confirmación, Él puede dársela. Cuando yo sentí el llamado de Dios en mi vida para entrar en el ministerio a tiempo completo como mi única vocación, tuve la oportunidad de predicar y le pedí a Dios que me diera una confirmación. Cuando casi la mitad de los asistentes entregaron sus vidas a Dios, supe que esa era mi señal de confirmación.

¿Necesita una confirmación clara de que la dirección que está tomando es lo que Dios le está llamando a hacer? Haga lo que hizo Gedeón. Pídale a Dios que le dé una señal.

NOTAS

¹ Arthur Lewis, *Judges and Ruth* (Chicago, IL: Moody Press, 1979), p. 45.

² J. Vernon McGee, *Joshua and Judges* (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1991), p. 151.

³ Usado con permiso de Rich Nathan, pastor principal de la iglesia Vineyard Church, Columbus, Ohio.

ACUÉRDATE DE MÍ:

La oración de Ana

1 SAMUEL 1:11

Grabados en nuestra alma están los deseos profundos y personales y los sueños que rehúsan irse hasta que no se realicen. Puede que los perdamos de vista temporalmente en el ajetreo del día a día, pero siempre están ahí, gritando para que los cumplamos. Con el paso del tiempo, estos anhelos se convierten en una dolorosa desesperación cuando la esperanza de realizarlos comienza a disiparse. Nada de lo que nosotros ni ninguna otra persona podamos hacer, ni ninguna porción de tiempo puede desarraigarnos del persistente dolor de un sueño no cumplido. Las dudas y preguntas molestan a nuestras oraciones, y usted se pregunta: ¿se habrá olvidado Dios de mí?

¿Qué podemos hacer con esos sueños que rehúsan tercamente hacerse realidad y a la vez no quieren irse? Podríamos probar la oración de Ana. Como todas las historias de grandes respuestas a la oración, esta comienza con una gran necesidad. Ana era una mujer que necesitaba ni más ni menos que un milagro.

En la sierra de Efraín había un hombre zufita de Ramatayin. Su nombre era Elcaná hijo de Jeroán, hijo de Eliú, hijo de Tohu, hijo de Zuf, efraimita. Elcaná tenía dos esposas. Una de ellas se llamaba Ana, y la otra, Penina. Ésta tenía hijos, pero Ana no tenía ninguno. Cada año Elcaná salía de su pueblo para adorar al Señor Todopoderoso y ofrecerle sacrificios en Siló, donde Ofni y Finés, los dos hijos de Elí, oficiaban como sacerdotes del Señor.

1 SAMUEL 1:1-3

Observe las palabras tan solitarias, desesperadas y dolorosas del final del versículo dos: “Ésta tenía hijos, pero Ana no tenía ninguno”. Ana no tenía hijos en un mundo donde dar a luz hijos era la principal fuente de estima, provisión y protección para una mujer. Sus brazos nunca sintieron el inestimable gozo de sostener a su propio bebé. La pasión de su vida de ser madre quedaba incumplida año tras año.

Cada año Elcaná salía de su pueblo para adorar al Señor Todopoderoso y ofrecerle sacrificios en Siló, donde Ofni y Finés, los dos hijos de Elí, oficiaban como sacerdotes del Señor. Cuando llegaba el día de ofrecer su sacrificio, Elcaná solía darles a Penina y a todos sus hijos e hijas la porción que les correspondía. Pero a Ana le daba una porción especial, pues la amaba a pesar de que el Señor la había hecho estéril. Penina, su rival, solía atormentarla para que se enojara, ya que el Señor la había hecho estéril. Cada año, cuando iban a la casa del Señor, sucedía lo mismo: Penina la atormentaba, hasta que Ana se ponía a llorar y ni comer quería. Entonces Elcaná, su esposo, le decía: «Ana, ¿por qué lloras? ¿Por qué no comes? ¿Por qué estás resentida? ¿Acaso no soy para ti mejor que diez hijos?»

1 SAMUEL 1:3-8

“El Señor la había hecho estéril”. Según pasaban los años, la esterilidad de Ana le causaba ser un objeto de desprecio, y no sólo eso, sino que tenía un esposo que no entendía en modo alguno su dolor. Como la mayoría de los hombres, Elcana no entendía por qué él no era el alfa y la omega de los deseos de su esposa. Debido a su desesperación, Ana elevó una oración, una de las más eficaces que se registran en la Biblia.

Con gran angustia comenzó a orar al Señor y a llorar desconsoladamente. Entonces hizo este voto: Señor Todopoderoso, si te dignas mirar la desdicha de esta sierva tuya y, si en vez de olvidarme, te acuerdas de mí y me concedes un hijo varón, yo te lo entregaré para toda su vida, y nunca se le cortará el cabello.

1 SAMUEL 1:10-11

No pase por alto la urgente simpleza de su oración, la cual queda resumida en estas tres palabras de angustia: “Acuérdate de mí”.

Acuérdate de mí.

El deseo de tener un hijo no fue un impulso del momento. La pasión de ser madre crecía cada día en el vientre del alma de Ana. Sin duda alguna, intentó las sugerencias de otras madres sobre cómo quedarse embarazada pero no tuvo éxito. Se hacía mayor, y su reloj biológico corría o ya había corrido. Necesitaba desesperadamente algo de acción, algún tipo de respuesta, una respuesta de Dios.

Obviamente esta no era la primera vez que había orado por su esterilidad. Año tras año había hecho el viaje a Siló; no obstante, ahora su urgencia se fundió con una ansiosa petición muy concreta: “Si en vez de olvidarme, te acuerdas de mí y me concedes un hijo varón”. No buscaba solamente *cualquier* bendición, no estaba pidiendo simplemente un tener *un* bebé, sino que Ana clamaba al cielo por un hijo *varón*.

No quiero ver cosas de más en esta oración, pero creo que Ana era una mujer que quería tocar a su nación. Quería restaurar Israel para que tuviera una buena relación con Dios. Su petición de un hijo se fraguó durante el transcurso de años en las llamas del silencio y la frustración. Ahora su demanda estaba clara, no había otra manera, necesitaba tener un hijo varón.

Mire, en el Israel de Ana, las probabilidades de que una mujer, y en especial una mujer estéril, tuviera un impacto nacional, eran muy escasas. Pero un hijo, entregado a Dios, podría llegar a ejercer un poder profético que ayudara a empujar a un pueblo rebelde a volver a amar a Dios.

Por eso ella pedía un hijo varón, y finalmente Dios respondió.

De modo personal

Antes de leer la respuesta de Dios, observe unas cuantas características de esta oración. Estos elementos podrían entenderse como ayudas para que una oración sea contestada.

1. *Motivos puros.* Un beneficio de las oraciones que tardan en ser contestadas es la purificación de los motivos. Cuanto más se calienten nuestros sueños en las llamas de la frustración, más se quemarán las impurezas de nuestros motivos. Tras años de súplica, la petición de Ana había sido refinada hasta tener un lustre que Dios ya no podía denegar.

Sus motivos eran puros. Si Dios le diera un hijo, en ese momento ella “se lo entregaría al Señor”. Ella quería que esto fuera algo de Dios. Dios sería el dador y destinatario del hijo. El hijo procedería de Dios y regresaría a Dios; ella simplemente quería participar en el proceso.

Sí, había algo de “ego” en todo esto, aunque muy pocos de nuestros sueños más profundos y nuestras más apasionadas oraciones están vacíos de ego. Pero aunque había algo de ego, Dios era lo prioritario.

El sueño de Ana era más profundo que meramente tener un bebé entre sus brazos; trascendía más allá de ella misma, o de su familia, o incluso su pueblo. Soñaba con un hijo, dado por Dios, devuelto a Dios, que pudiera ser usado por Dios para influenciar una nación para Dios.

Estos son los motivos que Dios bendice.

2. *Una fe persistente.*

Como Ana estuvo orando largo rato ante el Señor, Elí se fijó en su boca.

1 SAMUEL 1:12

El deseo desesperado de Ana no fue simplemente puesto delante de Dios para luego olvidarse de él. No, su oración era repetida una y otra vez al derramar su alma ante su Dios.

En este sentido, Ana me recuerda a la viuda insistente de la que Jesús habló en el evangelio de Lucas.¹ Al igual que Ana, ella tampoco tenía opción, pues

estaba desesperada y decidida. Día tras día, acudía al que tenía el poder, en este caso el juez, y buscaba ayuda. Era tozuda y no sentía vergüenza, insistiendo y perseverando hasta que finalmente prevaleció. Su tozuda persistencia y su falta de vergüenza ganaron la batalla. Jesús dijo que contó esta historia para enseñarnos que deberíamos orar siempre y no desmayar, y luego remarcó la calidad de la fe que mostró esta viuda.

Como la viuda, Ana oró y no abandonó. Su fe rehusó claudicar hasta que no recibiera la recompensa.

3. *Dolorosa sinceridad.*

Sus labios se movían pero, debido a que Ana oraba en voz baja, no se podía oír su voz. Elí pensó que estaba borracha, así que le dijo: —¿Hasta cuándo te va a durar la borrachera?; Deja ya el vino! — No, mi señor; no he bebido ni vino ni cerveza. Soy sólo una mujer angustiada que ha venido a desahogarse delante del Señor. No me tome usted por una mala mujer. He pasado este tiempo orando debido a mi angustia y aflicción.

1 SAMUEL 1:13-16

Ana se describió a sí misma como “una mujer angustiada”. En ese momento se encontraba desesperada, nada ni nadie podía ayudarla salvo Dios; y simplemente la posibilidad de que Dios no la ayudara era más de lo que podía soportar, así que “vino a desahogarse delante del Señor”.

No estaba tan sólo ofreciéndole palabras al Señor, sino que su deseo era tan profundo que su voz apenas se oía. Estaba derramando toda su alma, y su oración fue extremadamente profunda, altamente personal y supremamente íntima.

Decía estar orando “debido a mi angustia y aflicción”. Esta oración irrumpió tan de lo profundo de su alma que dolía dejarla salir. Nació de una intensidad que estaba por encima de lo que las palabras pueden expresar.

Hay algo doloroso en exponer ante Dios las riquezas subterráneas de nuestra alma. Bajar el puente levadizo y dejar desnudos ante Dios nuestros mayores sueños y pasiones es, cuanto menos, intimidatorio y a menudo algo agónico. Aunque Ana estaba angustiada, no retrocedió. Estaba en serio. 4. *Peticiones con ayuno.*

—Vete en paz —respondió Elí—. Que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido. —Gracias. Ojalá favorezca usted siempre a esta sierva suya. Con esto, Ana se despidió y se fue a comer. Desde ese momento, su semblante cambió.

1 SAMUEL 1:17-18

Ana no comió hasta que se aseguró de haber logrado algo. Obviamente, se había abstenido de comer como parte de su oración. O estaba tan decidida que decidió no comer, o tan angustiada que no podía comer, pero de una manera o de otra estaba ayunando.

Se ha escrito mucho sobre el ayuno en los últimos años. Conozco por experiencia que si una situación o el Espíritu Santo dicta abstenerse de comer como parte de una oración, merece la pena ayunar. La mayoría de las grandes respuestas a la oración que he disfrutado han venido de tiempos de oración y ayuno, y ese fue el resultado para Ana.

Al día siguiente madrugaron y, después de adorar al Señor, volvieron a su casa en Ramá. Luego Elcaná se unió a su esposa Ana, y el Señor se acordó de ella. Ana concibió y, pasado un año, dio a luz un hijo y le puso por nombre Samuel, pues dijo: «Al Señor se lo pedí».

1 SAMUEL 1:19-20

Ana obtuvo su respuesta cuando Dios le concedió un hijo varón. Samuel fue dedicado a Dios y se convirtió en uno de los más grandes profetas de Israel. También se convirtió en un gran hombre de oración. Su nombre, que significa “Dios escuchó”, era un recordatorio constante de que Dios había respondido a una oración desesperada.

Más o menos cada cinco años, el Día de la Madre, en mi iglesia enseñamos sobre la oración desesperada de Ana. Como resultado, mujeres estériles y parejas han entrado en un nivel más profundo en sus oraciones. Pronto comienzan a ocurrir cosas: mujeres que no podían quedar embarazadas tienen “un hijo”, parejas son movidas a adoptar bebés preciosos que necesitan un hogar, e hijos pródigos regresan a casa.

Una amiga mía llamada Rhonda no había tenido contacto con su hija adulta, Megan, durante varios años; pero hace unos cuantos años, cuando Rhonda entró a formar parte de una iglesia y, tras décadas de distanciamiento, regresó

a Dios, descubrió una carga renovada en su corazón por conectarse con su hija. Un domingo por la mañana oyó un mensaje sobre el poder de la oración y el ayuno. Tras todos esos años de distanciamiento, Rhonda se dio cuenta de que no tenía nada que perder.

Comenzó su ayuno un lunes y buscó a Dios con una oración desesperada todos los días. El jueves por la noche sonó el teléfono, y era Megan, que llamaba para decir que quería regresar. Dios se acordó de Rhonda.

Pero esto no fue todo por lo que Rhonda oró. Comenzó a orar por la condición espiritual de Megan, y pronto Megan comenzó a acudir a la iglesia con ella y recientemente aceptó a Cristo como su Salvador.²

Creo que Dios quiere y puede concedernos nuestros deseos más profundos que tienen “motivos puros”. Si está usted cargado como Rhonda y Ana, identifique cuál es ese deseo profundo que Dios ha puesto en su corazón, y pídale insistentemente a Dios por ello, con seriedad, sinceridad y ayuno hasta que obtenga una respuesta. Por supuesto, si la petición no es para su bien, puede que Dios no responda, o puede que le haga esperar durante un tiempo hasta que sus motivos sean purificados; pero si su deseo es de Dios, y Dios lo ha purificado, entonces prepárese, porque puede que reciba su propio “Samuel” para que se lo entregue al Señor y Él pueda bendecir a otros.

NOTAS

¹ Lucas 18:1–7.

² Usado con permiso de Rhonda Tucker.

HE PECADO:

La oración de David

2 SAMUEL 12:13

Seguro que recuerda lo que hizo David. Fue algo muy malo. En medio de su etapa de la mediana edad, aburrido y cansado, optó por dejar a un lado su responsabilidad (2 Samuel 11:1). Y después, estando bajo de defensas, inició neciamente un encuentro sexual ilícito con una mujer casada llamada Betsabé. Cuando ella quedó embarazada (11:2-5), David intentó desesperadamente ocultar su pecado bajo una manta de engaño. Fracasó, porque, irónicamente, el esposo de Betsabé, Urías, mostró el carácter y el compromiso que David no tuvo (11:6-13). Frenéticamente y con decisión, David abusó descaradamente de su poder para que Urías muriera en la batalla (11:14-26). Después se casó con Betsabé, suponiendo que “nadie se enteraría”. Pero David lo sabía, y Dios siempre lo sabe.

Sepa que la culpa sigue al pecado como un buitre es atraído a la carne podrida. La culpa persiguió a David porque había pecado. Su historial ahora llevaba las manchas nefastas del adulterio, el engaño, el mal uso de la autoridad y el asesinato.

Si alguien lo sabía bien, era el propio David. David sabía que Dios no tolera tal comportamiento. Lea cuidadosamente estas palabras de puño y letra de David:

Tú no eres un Dios que se complazca en lo malo; a tu lado no tienen cabida los malvados.

SALMO 5:4

Dios es un juez justo, un Dios que en todo tiempo manifiesta su enojo.

SALMO 7:11

El Señor examina a justos y a malvados, y aborrece a los que aman la violencia. Hará llover sobre los malvados ardientes brasas y candente azufre; ¡un viento abrasador será su suerte! Justo es el Señor, y ama la justicia; por eso los íntegros contemplarán su

rostro.

SALMO 11:5-7

¿Quién, Señor, puede habitar en tu santuario? ¿Quién puede vivir en tu santo monte? Sólo el de conducta intachable, que practica la justicia y de corazón dice la verdad; que no calumnia con la lengua, que no le hace mal a su prójimo ni le acarrea desgracias a su vecino ... pero el Señor se ríe de los malvados, pues sabe que les llegará su hora ... pero acabará con la descendencia de los malvados.

SALMO 15:1-3; 37:13, 28

Anteriormente, David incluso había hecho alarde de su intachable manera de vivir en más de una ocasión. ¡Qué huecas e inolvidables le debieron de haber sonado estas palabras en medio de su culpa!

Señor, oye mi justo ruego; escucha mi clamor; presta oído a mi oración, pues no sale de labios engañosos. Sé tú mi defensor, pues tus ojos ven lo que es justo. Tú escudriñas mi corazón, tú me examinas por las noches; ¡ponme, pues, a prueba, que no hallarás en mí maldad alguna! ¡No pasarán por mis labios palabras como las de otra gente, pues yo cumplo con tu palabra! Del camino de la violencia he apartado mis pasos; mis pies están firmes en tus sendas.

SALMO 17:1-5

Hazme justicia, Señor, pues he llevado una vida intachable; ¡en el Señor confío sin titubear!... y siempre ando en tu verdad. Yo no convivo con los mentirosos.

SALMO 26:1, 3-4

David vivió un año bajo una intensa e inmensa culpa. Como el infierno es la expresión de la ausencia de Dios, y la culpa nos excluye de la presencia de Dios, el año de David fue un infierno viviente. David describió la agonía de su año de distancia por la desobediencia. Sienta la desgracia contenida en estas palabras:

Desfallezco ... un frío de muerte recorre mis huesos. Angustiada está mi alma ... Cansado estoy de sollozar; toda la noche inundo

de lágrimas mi cama, ¡mi lecho empapo con mi llanto!

SALMO 6:2-3, 6

Mientras guardé silencio, mis huesos se fueron consumiendo por mi gemir de todo el día. Mi fuerza se fue debilitando como al calor del verano, porque día y noche tu mano pesaba sobre mí.

SALMO 32:3-4

Porque tus flechas me han atravesado, y sobre mí ha caído tu mano ... no hay nada sano en mi cuerpo; por causa de mi pecado mis huesos no hallan descanso. Mis maldades me abruma, son una carga

demasiado pesada. Por causa de mi insensatez mis llagas hieden y supuran. Estoy agobiado, del todo abatido; todo el día ando acongojado. Estoy ardiendo de fiebre; no hay nada sano en mi cuerpo. Me siento débil, completamente deshecho; mi corazón gime angustiado ... Pero yo me hago el sordo, y no los escucho; me hago el mudo, y no les respondo ... Estoy por desfallecer; el dolor no me deja un solo instante.

SALMO 38:2-8, 13, 17

La culpabilidad es algo horrible, espantoso, terrible y aterrador; sin embargo, Dios es misericordioso, y no nos abandona para que nos trague el pozo negro de la culpabilidad. Por el contrario, nos persigue, su Espíritu nos ronda, su Palabra nos alcanza y nos habla.

El amor de Dios, su Espíritu y sus palabras de amonestación localizaron a David. El nombre del mensajero era Natán, el cual le contó a David una historia que tocó su sentido de la injusticia y le provocó a demandar un castigo para ese ladrón pecador (2 Samuel 12:1-6). Después, Natán hábilmente le dio la vuelta contra David y fue directo a su corazón con cuatro palabras escalofriantes: “¡Tú eres ese hombre!” (2 Samuel 12:7).

Dios siempre trae convicción en las cosas específicas. Satanás acusa en las generalidades. Natán no tuvo que ser específico con David, pues Dios ya lo había hecho. David sabía exactamente de lo que estaba hablando Natán. David estaba acorralado, y ya no podía seguir escondiéndose.

En ese momento David tenía tres opciones: rechazar a Natán, negar su culpa o responsabilizarse. Para mérito de él, David dijo inmediatamente las únicas

palabras que pueden borrar las dolorosas manchas de la culpa: “¡He pecado contra el Señor!” (2 Samuel 12:13).

He pecado.

“He pecado”. Esto dice una de las oraciones más eficaces, y más difíciles de hacer, que hay registradas en la Biblia. El orgullo odia admitir la debilidad, y a la arrogancia no le gusta reconocer los defectos, y si no pregúnteles a Adán y Eva. En vez de responsabilizarse de su pecado, Adán culpó a Dios y Eva culpó a la serpiente, pero Dios sabía la verdad (Génesis 3:8-13).

He descubierto que cuando Dios nos convence de pecado, lo más fácil es decir “sí”. El silencio, las excusas, la racionalización y desviar el asunto no funcionan, ya que el perdón viene a través de la confesión.

Después de que David admitiera su pecado, la gracia y la misericordia se derramaron a su favor, e inmediatamente Natán dijo las mejores palabras que un alma culpable puede oír, cuando dijo: “El Señor ha perdonado ya tu pecado” (2 Samuel 12:13).

Qué dulces, gloriosas y poderosas resultaron estas palabras a los oídos de David, ¡y a los nuestros! El Señor ya ha perdonado tu culpa. ¡Qué palabras tan liberadoras y llenas de vida! Nuestro Dios es el Dios que perdona el pecado y borra la culpa.

Lea despacio estas promesas y dé gracias a Dios por su increíble misericordia:

Vengan, pongamos las cosas en claro —dice el Señor—. ¿Son sus pecados como escarlata? ¿Quedarán blancos como la nieve! ¿Son rojos como la púrpura? ¿Quedarán como la lana!

ISAÍAS 1:18

Yo soy el que por amor a mí mismo borra tus transgresiones y no se acuerda más de tus pecados.

ISAÍAS 43:25

Que abandone el malvado su camino, y el perverso sus pensamientos. Que se vuelva al Señor, a nuestro Dios, que es generoso para perdonar, y de él recibirá misericordia.

ISAÍAS 55:7

Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los

perdonará y nos limpiará de toda maldad.

1 JUAN 1:9

¿Qué Dios hay como tú, que perdone la maldad y pase por alto el delito del remanente de su pueblo? No siempre estarás airado, porque tu mayor placer es amar. Vuelve a compadecerte de nosotros. Pon tu pie sobre nuestras maldades y arroja al fondo del mar todos nuestros pecados.

MIQUEAS 7:18-19

Tan grande es su amor por los que le temen como alto es el cielo sobre la tierra. Tan lejos de nosotros echó nuestras transgresiones como lejos del oriente está el occidente.

SALMO 103:11-12

En el instituto, yo tenía una amiga que era lenta para aceptar la verdad, el amor y la misericordia de Dios. Decía que su fe tenía obstáculos intelectuales, pero lo más importante era el hecho de que tenía un incidente de inmoralidad en su pasado del que se sentía culpable y avergonzada. Dudaba de que Dios la aceptara totalmente.

Finalmente, el testimonio de otros creyentes espiritualmente avivados y la tenaz persecución del amor de Dios la alcanzaron. Ella se ablandó y corrió a la casa del Padre,

donde le encontró con sus brazos bien abiertos y lleno de misericordia.

“Me sentí muy bien al saberme perdonada” me dijo al día siguiente. “Fue como si fuera una niña pequeña con un vestido recién limpio bailando en medio de un refrescante chaparrón de primavera”. Su rostro irrumpió en una magnífica sonrisa mientras dijo con entusiasmo: “¡Nunca me había sentido tan increíblemente limpia!”.

David sabía exactamente lo que quería decir esta chica, así que no es de extrañar que escribiera estas palabras:

Dichoso aquel a quien se le perdonan sus transgresiones, a quien se le borran sus pecados. Dichoso aquel a quien el Señor no toma en cuenta su maldad y en cuyo espíritu no hay engaño ... Pero te confesé mi pecado, y no te oculté mi maldad. Me dije: «Voy a confesar mis transgresiones al Señor», y tú perdonaste mi maldad y

mi pecado.

SALMO 32:1-2, 5

Después de su confesión y perdón, fue desatada la elocuencia que Dios le había dado a David. Lea las urgentes palabras de su oración.

Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran amor; conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones. Lávame de toda mi maldad y límpiame de mi pecado.

Purifícame con hisopo, y quedaré limpio; lávame, y quedaré más blanco que la nieve. Anúnciame gozo y alegría; infunde gozo en estos huesos que has quebrantado. Aparta tu rostro de mis pecados y borra toda mi maldad.

Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva la firmeza de mi espíritu. No me alejes de tu presencia

ni me quites tu santo Espíritu. Devuélveme la alegría de tu salvación; que un espíritu obediente me sostenga.

Así enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se volverán a ti. Dios mío, Dios de mi salvación, líbrame de derramar sangre, y mi lengua alabará tu justicia. Abre, Señor, mis labios, y mi boca proclamará tu alabanza.

Tú no te deleitas en los sacrificios ni te complacen los holocaustos; de lo contrario, te los ofrecería. El sacrificio que te agrada es un espíritu quebrantado; tú, oh Dios, no desprecias al corazón quebrantado y arrepentido.

SALMO 51:1-2, 7-17

De modo personal

Yo no sé qué pecado o pecados tenga usted que confesarle a Dios ahora mismo. Quizá sea algo que dijo o hizo. Podría ser una actitud que ha desarrollado o un pensamiento que ha tenido. Quizá sea algo que sabe que debería hacer pero no lo ha hecho por una u otra razón. No discuta con Dios. Si Él está poniendo su dedo sobre un pecado específico o varios de su vida, el momento para confesarlo es ahora. No espere más tiempo, y haga la oración de David: “He pecado”.

ENSANCHA MI TERRITORIO:

La oración de Jabes

1 CRÓNICAS 4:10

“Yo no he nacido sólo para esto”.

¿Le resulta familiar? ¿Alguna vez ha tenido un hambre persistente y una carga intranquila de querer hacer más y ser más para Dios? Si es así, no está solo. Fue creado con el anhelo de hacer su parte para crear un mundo mejor.

Dios es el que da cumplimiento a los sueños. Creo que, en la concepción, Él comienza a escribir sueños en cada uno de nuestros corazones. Estos sueños profundos casan perfectamente sus propósitos en el planeta con la pasión de nuestra alma. En su corazón hoy están las semillas de grandes imaginaciones de un futuro que usted anhela, espera y con el que sueña, ya sea de forma consciente o subconsciente. Dios los plantó ahí, y ellos son el secreto de su satisfacción.

Un hombre corrió el riesgo y actuó en base a su ambición. Su nombre era Jabes, y su historia recientemente se ha anunciado extensamente en los círculos cristianos. Es interesante que el relato bíblico de Jabes esté condensado en cuatro frases cortas que se encuentran en estos dos simples versículos.

Jabés fue más importante que sus hermanos. Cuando su madre le puso ese nombre, dijo: «Con aflicción lo he dado a luz». Jabés le rogó al Dios de Israel: «Bendícemey ensancha mi territorio; ayúdame y líbrame del mal, para que no padezca aflicción.» Y Dios le concedió su petición.

1 CRÓNICAS 4:9-10

Dios resumió toda la vida de Jabes en cuatro hechos: (1) Jabes era más importante que sus hermanos; (2) recibió el nombre de Jabes porque su madre le dio a luz con aflicción; (3) le pidió a Dios que le concediera su sueño de ensanchar su territorio; y (4) Dios respondió: “¡Sí!”. La oración de Jabes es una de las oraciones más eficaces de la Biblia. No se nos dice *cómo* respondió Dios, pero se nos dice claramente *que* Dios otorgó su petición.

Igualmente, la petición de Jabes tenía cuatro aspectos: (1) Bendíceme; (2) ensancha mi territorio; (3) que tu mano esté conmigo; y (4) guárdame del mal para que sea libre del dolor.

De las cuatro peticiones que hizo Jabes, la que encuentro más fascinante es “ensancha mi territorio”, porque me doy cuenta de que yo anhele lo mismo. ¿Pero es egoísta o arrogante pedirle eso a Dios? La primera vez que leí este versículo, supuse que Dios diría: “¡Debes estar de broma!”.

Pero Dios se tomó en serio el clamor sincero del corazón de Jabes, así que imagino que si Dios estuvo dispuesto a hacer eso por Jabes también podría hacerlo conmigo. Y lo ha hecho.

Ensancha mi territorio.

Pedirle a Dios que ensanche nuestro territorio no es algo por lo que deberíamos sentirnos culpables. Puede ser un testimonio poderoso para el mundo, según Henry Blackaby.

*Dios está interesado en que el mundo le conozca. La única manera en que la gente le conocerá es cuando le vean actuando. Siempre que Dios le involucre en su actividad, la tarea tendrá unas dimensiones del tamaño de Dios. Algunos dicen: “Dios nunca me pedirá hacer algo que yo no pueda hacer”. Yo he llegado a un punto en mi vida en que, si la tarea que siento que Dios me está dando es algo que yo puedo manejar, sé que probablemente no sea algo de Dios. El tipo de tareas que Dios da ... están siempre más allá de lo que la gente puede hacer porque Él quiere demostrar su naturaleza, su fuerza, su provisión y su bondad hacia su pueblo y hacia un mundo que le está observando. Esa es la única manera en que el mundo llegará a conocerle ... Cuando el pueblo de Dios y el mundo vean algo que sólo Dios puede hacer, entonces le conocerán.*¹

Cuando le pedimos a Dios que ensanche nuestro territorio, le estamos pidiendo a Dios que aumente nuestra esfera de influencia para su reino. Bruce Wilkinson nos ayuda a entender cómo funciona esta oración.

Si Jabes hubiera trabajado con la Bolsa de Valores, podría haber hecho esta plegaria: “Señor, te ruego que aumentes el valor de mis inversiones”. Cuando me dirijo a presidentes de compañías, con frecuencia menciono este tipo particular de actitud mental. Si los ejecutivos cristianos me preguntan: “¿Es correcto que le pida a Dios que aumente mis negocios?” Mi respuesta es: “¡Naturalmente! ¡Claro que sí!”. Si usted lo hace en los caminos de Dios, no sólo es correcto pedir más, sino que Él espera que usted lo haga. Su negocio es el territorio que Dios le ha confiado. Quiere que lo acepte como una oportunidad significativa para tocar la vida de personas y negocios de la comunidad y de todo el

*mundo para su gloria. Pedirle que ensanche esa oportunidad sólo le produce deleite.*²

Cuando pedimos más territorio estamos sintonizando con el corazón de Jesús, cuyo corazón era tan grande que abarcaba el mundo entero. Entre sus últimas palabras a sus seguidores estuvieron las de “haced discípulos a *todas* las naciones” (Mateo 28:19); “predicad el evangelio a *toda* criatura” (Marcos 16:15); “y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en *todas* las naciones” (Lucas 24:47); y a sus seguidores que fueran sus “testigos en Jerusalén, en *toda* Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1: 8) [todas las cursivas son del autor]. Observe la palabra “*toda*” en cada versículo. Parte del mundo no era suficiente, algunas personas no bastaba. Él quería que su reino, su territorio se extendiera a *toda* la gente del mundo.

Cuando le pedimos a Dios que ensanche nuestro territorio estamos sobre los hombros de gigantes espirituales. A los ochenta y cinco años, Caleb, el visionario compañero de Josué, no estaba listo para jubilarse, ni estaba contento con el estatus quo. Él pidió un territorio más grande.

Aquí estoy este día con mis ochenta y cinco años: ¡el Señor me ha mantenido con vida! Y todavía mantengo la misma fortaleza que tenía el día en que Moisés me envió. Para la batalla tengo las mismas energías que tenía entonces. Dame, pues, la región montañosa que el Señor me prometió en esa ocasión.

JOSUÉ 14:10-12

Ensancha mi territorio es una oración que a Dios le encanta responder. John Knox, el gran reformador escocés del siglo XV hizo esta oración: “¡Dame Escocia o moriré!”. Y casi lo consiguió. Aunque no tuvo éxito en su intento de ganar a María, reina de Escocia, para Cristo, a ella se le atribuyen estas palabras: “Temo las oraciones de John Knox más que a todos los ejércitos unidos de Europa”.

Igualmente, Henrietta Mears fue una gran soñadora. A la edad de treinta y ocho años tomó la posición de directora de educación cristiana en la iglesia First Presbyterian Church de California. “Dios no nos llama a sentarnos en el banquillo y observar. Él nos llama a estar en el campo, jugando los partidos”, dijo la señora Mears. Conocer a Cristo de forma íntima y hablarles a otros de

Él era su primer y principal objetivo.

Tres años después de su llegada a la iglesia, la asistencia a la escuela dominical aumentó de cuatrocientos a cuatro mil. Durante su estancia, más de cuatrocientos jóvenes se involucraron a tiempo completo en algún servicio cristiano. Uno de ellos fue Bill Bright, fundador de Cruzada Estudiantil para Cristo.

Dios siguió ensanchando su territorio. Frustrada con el material que se usaba para enseñar en la escuela dominical cuando ella llegó, comenzó a escribir lecciones que honraban a Cristo y eran fieles a la Biblia. No pasó mucho tiempo hasta que sus esfuerzos obtuvieron resultados, y se comenzaron a pedir copias de su material en todo el país. Su equipo de oficina trabajaba muchas horas mimeografiando y enviando las lecciones por correo. Cuando la demanda se hizo demasiado grande, Mears y un grupo de empresarios crearon Gospel Light Publications, una de las primeras editoriales en el ámbito de la educación cristiana.

Durante años, Mears buscó un área de retiro donde poder llevar a sus estudiantes de instituto y universitarios. Le pidió a Dios que proveyera para su sueño, y pronto, se quedó disponible un lugar de reunión privado en San Bernardino Mountains, pero el precio era demasiado alto. Por un momento, el sueño pareció inalcanzable. Mears llamó a un grupo de gente para orar, e insistía en que debían “soñar grande siempre que Dios estuviera involucrado” y confiar en que Él daría su bendición en el momento adecuado. Tras una intervención milagrosa, Forest Home, valorado en 350 000 dólares, se compró en 1938 por la irrisoria cantidad de 30 000 dólares.

Dios ensanchó su territorio en ámbitos únicos. Inicialmente, Mears había llegado a California por la oportunidad de testificar a los que estaban en la industria del espectáculo. Dios proveyó una puerta abierta en esta área a través del grupo Hollywood Christian Group, que comenzó a reunirse en su casa. Muchos profesionales del espectáculo conocieron a

Cristo como resultado de su ministerio. Docenas de líderes cristianos también la reconocieron, incluyendo Billy Graham, el cual dijo de ella: “Dudo que otra mujer, aparte de mi esposa y mi madre, haya ejercido una influencia tan marcada [en mi vida]”.³

¡Y las historias de esta confianza en Dios continúan!

En 1931 un joven decidió orar durante dos horas al día cada mañana durante

cuarenta días antes de irse a trabajar. Llevaba consigo un mapa mientras se postraba ante Dios en oración en las montañas de Sierra Nevada de California. Al final de unas pocas semanas le estaba pidiendo a Dios que ensanchara su influencia espiritual a cada estado de los Estados Unidos. A medida que su carga y su fe crecían, le fue pidiendo continentes que pudiera tocar “entrenando a entrenadores de hombres”.

Dios escuchó su clamor. Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, el joven Dawson Trotman y su resultante organización, Los Navegantes, habían levantado “hombres clave” en cada barco de la Armada de los Estados Unidos. Debido a la guerra, el ministerio de Trotman se extendió por todo el mundo.

Unos pocos años después, Trotman murió de la forma en que había vivido: salvando a otros. A la edad de cincuenta años se fue al hogar celestial para estar con el Señor tras rescatar a alguien de un lago helado. En su funeral, Billy Graham dijo: “Creo que tocó más vidas que cualquier otro hombre que haya conocido. Hoy representamos a miles de personas tocadas por este gran hombre”.

Graham continuó: “Dawson era un hombre de visión. Cuando nuestro Dios es pequeño, el mundo parece grande; pero cuando nuestro Dios es grande, el mundo parece pequeño. Y Dawson vio el mundo como algo posible de conquistar para Cristo. Para Dawson, Dios fue grande y el mundo pequeño. El día en que se fue con el Señor algunos de sus hombres llegaron de África. Una de sus grandes visiones fue abrir África. Siempre estaba soñando, planeando y desarrollando nuevas formas y medios de alcanzar a personas”.

Trotman le pedía constantemente a Dios nuevos terrenos. Seguro que fue un estudiante y practicante de la oración de Jabes cuando le dijo eficazmente a Dios: “ensancha mi territorio”. El ministerio que él comenzó, Los Navegantes, está guiando a decenas de miles de personas en todo el mundo a conocer y crecer en Jesucristo. Internacionalmente, más de 3800 Navegantes de 62 nacionalidades sirven en más de 100 países.⁴

De modo personal

¿Cuál es el sueño que Dios ha puesto en su alma? ¿Es ver a sus hijos convertirse en grandes cristianos? ¿Comenzar su propia empresa? ¿Llegar a ser enfermera? ¿Construir una gran iglesia? ¿Entrenar a adolescentes? ¿Escribir un éxito de ventas cristiano? ¿Ganar a su familia para Cristo? Si Dios pudo ensanchar el territorio de Jabes, Él puede ensanchar el de usted.

NOTAS

¹ Henry Blackaby y Claude King, *Experiencing God* (Nashville, TN: Broadman and Holman, 1995), p. 138. Usado con permiso.

² Bruce Wilkinson, *La oración de Jabes* (Miami, Fl: Editorial Unilit, 2001), pp. 31–32.

³ “Henrietta Mears: Dream Big,” In Touch Ministries, [www.intouch.org/myintouch/mighty/portraits/henrietta mears 213642](http://www.intouch.org/myintouch/mighty/portraits/henrietta%20mears%20213642).

⁴ “Dawson Trotman: The Disciplined Life,” In Touch Ministries, [www.intouch.org/myintouch/mighty/portraits/dawson trotman 213713](http://www.intouch.org/myintouch/mighty/portraits/dawson%20trotman%20213713).

DAME SABIDURÍA:

La oración de Salomón

2 CRÓNICAS 1:10

¿Qué ocurriría si Dios hiciera con usted el mejor trato del siglo? ¿La mejor oferta del milenio? Suponga que Dios le dijera: “Pídeme lo que quieras y yo te lo daré”.

¿Se imagina? “Pídeme *cualquier* cosa que quieras, lo que sea, nada será demasiado grande, y *te lo daré*, no a lo mejor o quizá, sino *te lo daré*”.

¿Qué pediría? ¿Sería dinero a espuestas (no para usarlo egoístamente, claro)? ¿Querría poder pagar todas sus facturas, ayudar a algunos amigos, asegurar el futuro de sus hijos, ayudar a su iglesia, apoyar a unos cuantos misioneros y pagar para encontrar una cura para el cáncer o el SIDA? Puede que se le pase por su mente que tener una casa nueva y un auto de lujo podría ser una manera de mostrarle a la gente que Dios no es un Dios tacaño. Después de todo, está bien tener dinero mientras el dinero no le tenga a usted.

¿O se haría una transformación total? ¿Querría ser un modelo más joven, con mejor aspecto, más fuerte y saludable? Quizá desee una versión más alta, rubia o bonita, ¿o pediría la edición alto, moreno y elegante? Por supuesto, la razón por la que querría este mejor cuerpo sería para poder compartir su fe con más confianza y servir al Señor de manera más eficaz.

O quizá pediría algunos súper poderes. Piense en toda la gente a la que podría ayudar si pudiera sanar a multitudes de personas enfermas como hizo Jesús. Resucitar a los muertos seguro que glorificaría a Dios. Alimentar a miles con la merienda de un niño es una capacidad beneficiosa.

Oír a Dios decir que le daría gustosamente cualquier cosa que le pidiera sería una situación imposible. ¿Ha dicho imposible? No lo creo. Hace unos tres mil años, Dios le dio esta misma oportunidad a un hombre llamado Salomón (1 Crónicas 1:7).

Salomón tenía las manos llenas. Como segundo hijo de la fatídica unión entre David y Betsabé, nació con una mancha en su historial. Su vida en casa no fue nada fácil con cinco madrastras y algunos hermanastros un tanto salvajes. Un hermanastro, Amnón, violó a su hermanastra Tamar. Su

hermano Absalón, después buscó venganza y asesinó a Amnón (2 Samuel 13). Más adelante, Absalón cometió un violento ataque, que finalmente llegaría a ser suicida, para llegar al trono (2 Samuel 14-18).

Sin embargo, Salomón recibiría las riendas del reino de su padre, el rey David. David fue el súper hombre de acción del año 1000 a.C. Era de buen aspecto, apuesto, inteligente, muy talentoso, y fue una leyenda fuera de lo corriente. Era un héroe y un donjuán, y a la vez fue un hombre conforme al corazón de Dios. El currículum vitae de David es como una fantasía. De joven fue pastor, y luego héroe militar, talentoso compositor, leyenda del folk, líder espiritual nacional y rey. Había matado a Goliat, eludido al ejército de Saúl, reclutado a una banda de hombres felices, se convirtió en rey, dirigió a una pequeña nación hasta convertirse en una potencia mundial, escribió muchos Salmos, creó el escándalo “Betsabégate”, sobrevivió a un feo complot miliar dirigido por su propio hijo y planificó la construcción de un gran templo para Dios.

Cuando David murió, el peso de una nación joven recayó sobre los hombros no experimentados aún de su hijo Salomón. Éste tuvo que dar un paso al frente y tomar el lugar de David como rey. ¡Y eso era una gran tarea!

A la vez, Dios sabe cuándo estamos llevando más de lo que podemos soportar, y sabe lo que necesitamos. Así que Dios se le apareció a Salomón en un sueño y le hizo esta proposición incondicional: “Pídeme lo que quieras y te lo daré”. Para mérito de él, destacar que Salomón supo lo que pedir.

Aquella noche Dios se le apareció a Salomón y le dijo: —Pídeme lo que quieras. Salomón respondió: —Tú trataste con mucho amor a David mi padre, y a mí me has permitido reinar en su lugar. Señor y Dios, cumple ahora la promesa que le hiciste a mi padre David, pues tú me has hecho rey de un pueblo tan numeroso como el polvo de la tierra. Yo te pido sabiduría y conocimiento para gobernar a este gran pueblo tuyo; de lo contrario, ¿quién podrá gobernarlo?

2 CRÓNICAS 1:7-10

Dame sabiduría.

Salomón pidió lo que consideraba ser el regalo más importante que cualquiera podría recibir: sabiduría. Él catalogó la sabiduría por delante del dinero, o el aspecto, o los poderes milagrosos.

Salomón era un estudiante diligente y usaba su tiempo creciendo en la corte de un rey para estudiar y aprender de las mejores mentes de su país. Acumulaba las enseñanzas de los siglos y coleccionaba las parábolas de los sabios. Su conclusión fue que el camino hacia la bendición atraviesa la puerta de la sabiduría. En su libro de los Proverbios, escribió lo siguiente.

Dichoso el que halla sabiduría, el que adquiere inteligencia. Porque ella es de más provecho que la plata y rinde más ganancias que el oro. Es más valiosa que las piedras preciosas: ¡ni lo más deseable se le puede comparar! Con la mano derecha ofrece larga vida; con la izquierda, honor y riquezas. Sus caminos son placenteros y en sus senderos hay paz. Ella es árbol de vida para quienes la abrazan; ¡dichosos los que la retienen.

PROVERBIOS 3:13-18

Para Salomón, si hubiera que adquirir un sólo artículo, ese artículo sería la sabiduría.

Adquiere sabiduría, adquiere inteligencia; no olvides mis palabras ni te apartes de ellas. No abandones nunca a la sabiduría, y ella te protegerá; ámala, y ella te cuidará.

PROVERBIOS 4:5-6

En su mente, la sabiduría era la búsqueda más valiosa de la vida.

La sabiduría es lo primero. ¡Adquiere sabiduría! Por sobre todas las cosas, adquiere discernimiento. Estima a la sabiduría, y ella te exaltará; abrázala, y ella te honrará; te pondrá en la cabeza una hermosa diadema; te obsequiará una bella corona.

PROVERBIOS 4:7-9

Un cuidadoso estudio del libro de Proverbios revela que la sabiduría es el arte diligentemente adquirido para vivir con destreza. Es el cuidadoso cultivo de una manera de vivir centrada en Dios, semejante a Cristo, dirigida por el carácter y el sentido común. La sabiduría es el camino que lleva a Dios. Está caracterizado por la justicia, la misericordia, el tacto, la humildad, la disciplina, el respeto a la autoridad, la “educabilidad” y la honestidad.

Por tanto, cuando tuvo la oportunidad de pedirle a Dios algo, Salomón pidió sabiduría. “Dame sabiduría” es una de las oraciones más eficaces que encontramos en las páginas de las Escrituras, y una que a Dios le encanta contestar. El libro de 1 Reyes relata la respuesta de Dios.

Al Señor le agradó que Salomón hubiera hecho esa petición, de modo que le dijo: —Como has pedido esto, y no larga vida ni riquezas para ti, ni has pedido la muerte de tus enemigos sino discernimiento para administrar justicia, voy a concederte lo que has pedido. Te daré un corazón sabio y prudente, como nadie antes de ti lo ha tenido ni lo tendrá después.

1 REYES 3:10-12

En 2 Crónicas leemos este relato de la respuesta del Señor:

Entonces Dios le dijo a Salomón: —Ya que has pedido sabiduría y conocimiento para gobernar a mi pueblo, sobre el cual te he hecho rey, y no has pedido riquezas ni bienes ni esplendor, y ni siquiera la muerte de tus enemigos o una vida muy larga, te los otorgo. Pero además voy a darte riquezas, bienes y esplendor, como nunca los tuvieron los reyes que te precedieron ni los tendrán los que habrán de sucederte.

2 CRÓNICAS 1:11-12

Poco después, la sabiduría de Salomón comenzó a verse. Dos rameracudieron a Salomón en busca de un veredicto. Ambas vivían en la misma casa y ambas eran madres de niños recién nacidos. La mujer número uno decía que el bebé de la mujer número dos murió por la noche y que la mujer número dos cambió a los bebés mientras la mujer número uno dormía. La mujer número uno lo negaba. Le tocaba a Salomón decidir quién decía la verdad.

Sagazmente, ordenó a uno de sus hombres que cortara al bebé en dos y diera

la mitad a cada una. La primera mujer gritó diciendo: “Dénle el bebé. ¡No lo maten!” La segunda mujer dijo: “Para ninguna de las dos. Que corten al bebé en dos”.

El plan funcionó a la perfección, y Salomón ordenó: “No maten a ese bebé. Dénselo a la primera mujer. Obviamente, ella es la verdadera madre”.¹ No es de extrañar que la reputación de Salomón de tener una sabiduría excepcional se esparciera por toda la nación.

Salomón pidió sabiduría y Dios dijo: “Sí”. En el libro de 1 Reyes podemos leer un resumen de la sorprendente manera en que Dios respondió la oración de Salomón pidiendo sabiduría.

Dios le dio a Salomón sabiduría e inteligencia extraordinarias; sus conocimientos eran tan vastos como la arena que está a la orilla del mar. Sobrepasó en sabiduría a todos los sabios del Oriente y de Egipto. En efecto, fue más sabio que nadie: más que Etán el ezraíta, y más que Hemán, Calcol y Dardá, los hijos de Majol. Por eso la fama de Salomón se difundió por todas las naciones vecinas. Compuso tres mil proverbios y mil cinco canciones. Disertó acerca de las plantas, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que crece en los muros. También enseñó acerca de las bestias y las aves, los reptiles y los peces. Los reyes de todas las naciones del mundo que se enteraron de la sabiduría de Salomón enviaron a sus representantes para que lo escucharan.

1 REYES 4:29-34

Salomón llegó a ser conocido como uno de los hombres más sabios y ricos que haya vivido nunca. Los libros “sapienciales” de la Biblia —Proverbios, El Cantar de los cantares y Eclesiastés— salieron de su pluma divinamente inspirada. Fue Dios quien respondió a su oración por sabiduría.

Como Salomón, la adolescencia de Jesús y sus primeros años de adulto estuvieron caracterizados por un progreso en sabiduría (Lucas 2:52). Si Jesús como ser mortal necesitó crecer en sabiduría, ¿cuánto más lo necesitamos usted y yo?

De modo personal

Pedir a Dios sabiduría y recibirla no es un trato que sólo se hizo puntualmente en cierta ocasión y Salomón fue el afortunado ganador. “Dame sabiduría” es una oración que todos podemos hacer con confianza. El libro de Santiago, en el Nuevo Testamento, nos anima a pedir sabiduría con esta promesa: “Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios, y *él se la dará*, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie” (Santiago 1:5).

De las veintiuna oraciones más eficaces, la que yo uso más a menudo es: “Dame sabiduría”. Tengo tres hijos adolescentes y dirijo una iglesia. Siempre necesito tomar decisiones importantes o dar un consejo a alguien. He aprendido a pedir sabiduría, y Dios es fiel en contestar.

¿Con qué decisiones está usted luchando en este día? ¿Necesita sabiduría para llevar a cabo su ministerio de manera más eficaz? ¿Está intentando descubrir la mejor manera de dirigir a su familia? ¿Necesita un consejo para alguna relación? ¿Sus responsabilidades laborales le exigen tomar decisiones que afectan al sustento de otras personas? ¿Hay otras áreas en las que necesite sabiduría?

Cuando Salomón oró diciendo: “Dame sabiduría”, Dios respondió “¡Sí!”. Deténgase en este instante y pídale a Dios que le dé sabiduría para cada decisión que tenga que tomar y cada situación que tenga que afrontar hoy.

NOTAS

¹ Véase 1 Reyes 3:16–28.

RESPÓNDEME:
La oración de Elías
1 REYES 18:37

Elías necesitaba un milagro. Hay muchas veces en que lo que necesitamos es una respuesta a una oración, y hay otras raras ocasiones, que probablemente nos ocurren una sola vez en la vida, en que necesitamos tener un milagro. El profeta del Antiguo Testamento no necesitaba una respuesta agradable, común y corriente y fácil de explicar a una oración. La situación demandaba un milagro verificable, impresionante, que sobrepasara las leyes de la naturaleza, innegable, que dejara a todos con la boca abierta, ¡y que fuera rotundo! Sin él, Elías estaría muerto y el pueblo escogido de Dios caería en el olvido de los paganos.

Como diría Charles Dickens, era el peor de los momentos. El rey Acab y la reina Jezabel habían conducido a la nación de Israel por un camino que se desviaba del Señor, y luego pisaron el acelerador; ¡y ay de aquel que causara un atasco! Acab era un hombre cuya maldad solamente quedaba sobrepasada por la maldad de su esposa, Jezabel. Todo lo tocante a esta mujer destilaba iniquidad y emanaba maldad. Juntos, promovieron públicamente la adoración del dios pagano Baal.

Para impactar a la nación para que no siguiera por ese peligroso camino, el Señor envió una sequía. No fue una señal estacional, sino una plaga enviada del cielo que duró tres largos años. La falta de lluvia era una obvia bofetada en la cara del supuesto dios de la lluvia: Baal.

Después de tres años de no llover, la gente se encontraba precariamente con un pie en cada lado, siguiendo parcialmente al falso dios y de algún modo intentando seguir también al Señor. Sin duda, no es un buen lugar donde estar.

A este caldero hirviendo de caos envió Dios a su hombre, Elías, el profeta tosco. Era un mensajero salvaje, excéntrico y osado del Dios Todopoderoso. Arriesgando su vida, Elías se enfrentó a Acab y le retó a juntar a la gente para un duelo de poderes entre los dioses.

Cuando llegó el día de la decisión, Elías estaba solo en el monte Carmelo,

frente a 450 profetas de Baal y 400 profetas de la diosa Asera ante la nación reunida de Israel. Las apuestas eran 950 a 1. Parecía que el duelo estaba desequilibrado, y como luego resultó, así fue.

Dejando a un lado lo políticamente correcto, Elías confrontó a la gente con el desafío: “¡Dejen de estar sentados en la valla! Si el Señor es el Dios verdadero, síganle. Si es Baal el verdadero, síganle a él” (1 Reyes 18:21, parafraseado).

La gente se quedó en medio de un silencio pasmoso mientras él procedió: “Tengamos un duelo entre los dioses. Ambas partes ofreceremos un buey en el altar. Los profetas de Baal orarán a su Dios, y yo oraré al mío. El dios que responda con fuego demostrará ser el verdadero Dios. El ganador se lo lleva todo” (1 Reyes 18:22-24, parafraseado).

Como se supone que Baal controlaba los relámpagos, los truenos y la lluvia, todo el mundo estuvo de acuerdo. A los seres humanos nos encanta ver autos destrozados. El show prometía ser un espectáculo.

Los profetas de Baal comenzaron primero. Oraron toda la mañana: “Baal, respóndenos”. La única respuesta que recibían era un muro de silencio absoluto. Cuando Elías comenzó a mofarse de ellos, oraron más alto, más fuerte y con más pasión. Hicieron todo lo que se les ocurrió para conseguir una respuesta de su deidad. Sin embargo, no hubo ni tan siquiera un destello como respuesta. Oraron toda la tarde. Nada. Cero. Baal había fracasado (véase 1 Reyes 18:27-29).

Luego fue el turno de Elías. Primero reparó el altar que los otros profetas habían destruido en sus vanos intentos por atraer la atención de Baal. Cavó una zanja todo alrededor del altar y luego puso madera sobre ella y otro buey. Después hizo algo totalmente estrafalario. Elías empapó todo el altar de agua, una y otra vez, hasta que el exceso de agua llenó la zanja. Debía de haberse vuelto loco. Si 950 profetas orando no pudieron hacer que su dios mandara ni una chispa, ¿cómo pensaba él que un hombre podría hacer que su Dios consumiera el sacrificio empapado de agua?

De pie frente al altar ante toda una nación y los cientos de falsos profetas y el rey Acab, Elías necesitaba un milagro. Si fallaba, le matarían, y el Señor sería echado de la nación a través de la influencia política del rey.

Así que Elías hizo lo único que un hombre con una desesperada necesidad de un milagro hace. Se puso a orar. ¿Cuán grande es Dios? ¡Suficientemente

grande! Por tanto, Elías ofreció una de las oraciones más eficaces que se han escrito en la Biblia, y le pidió a Dios algo verdaderamente grande:

A la hora del sacrificio vespertino, el profeta Elías dio un paso adelante y oró así: «Señor, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, que todos sepan hoy que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo y he hecho todo esto en obediencia a tu palabra ¡Respóndeme, Señor, respóndeme, para que esta gente reconozca que tú, Señor, eres Dios, y que estás convirtiendo a ti su corazón!».

1 REYES 18:36-37

Respóndeme.

Elías ofreció una simple petición con una sola palabra: “Respóndeme”, y Dios lo hizo.

En ese momento cayó el fuego del Señor y quemó el holocausto, la leña, las piedras y el suelo, y hasta lamió el agua de la zanja.

1 REYES 18:38

Les leí esta historia a mis hijos cuando eran pequeños. Uno gritó de alegría y otro miró a su alrededor y dijo: “¡Caramba!”. El tercero sonrió y dijo: “Bien”.

Me hubiera encantado ver el fuego del Señor descendiendo del cielo. ¿No hubiera sido increíble ver las miradas en los rostros de la gente? ¿Qué sacudida ser testigo de la humillación y el bochorno total de los falsos profetas! ¿No hubiera sido todo un deleite ver la ira y la frustración en la malvada cara del rey?

La petición de Elías fue poderosa. Los profetas de Baal oraron todo el día y Baal no pudo ni tan siquiera hacer que saltara un chispa para encender la madera seca. Luego Elías oró durante menos de un minuto y Dios envió fuego del cielo tan poderoso, que encendió el sacrificio empapado y consumió la madera mojada, las piedras saturadas y la tierra. Y por si eso no fuera suficiente, la llamarada consumió toda el agua que había en la zanja.

Yo digo: “¡Increíble!”, y lo mismo dijo la gente que fue testigo del milagro.

Cuando todo el pueblo vio esto, se postró y exclamó: «¡El Señor es Dios, el Dios verdadero!».

1 REYES 18:39

¿Cuán grande es Dios? ¡Suficientemente grande!

La dirección espiritual de toda una nación giró de nuevo hacia Dios porque un hombre no tuvo miedo de confrontar al enemigo y pedirle un milagro a Dios. Elías vivió en la grandeza de Dios, y los milagros fueron el resultado. Elías oró: “Respóndeme”, y Dios lo hizo; oró: “¡Respóndeme!”, y muchas personas volvieron al buen camino. Él pidió un milagro que produjese una

victoria, y el enemigo fue aplastado.

Hace veinticinco años tuve el privilegio de oír hablar a una mujer maravillosa. Helen Roseveare era una doctora misionera que pasó veinte años ministrando en el Congo. Esta es una de las increíbles historias que contó:

Una noche había trabajado mucho para ayudar a una madre en la sala de parto, pero a pesar de todo nuestro esfuerzo, murió, dejándonos un diminuto bebé prematuro y una niña llorando de dos años. Nos estaba costando mantener al bebé vivo, ya que no teníamos incubadora. (No teníamos electricidad para enchufar una incubadora.) Tampoco teníamos instrumental para una alimentación especial.

Aunque vivíamos en el Ecuador, a menudo las noches eran frías con corrientes de aire muy traicioneras. Una estudiante para comadrona fue a buscar la caja que teníamos para estos bebés y el algodón hidrófilo con el que envolver al bebé. Otra fue a encender el fuego y llenar una bolsa de agua caliente. Volvió poco después angustiada para decirme que al llenar la bolsa, estalló. La goma se estropea fácilmente en los climas tropicales. “Yera nuestra última bolsa de agua caliente”, exclamó.

Como en Occidente no sirve de nada llorar por haber derramado la leche, también en África central se puede decir que no sirve de nada llorar por una bolsa de agua estallada. No crecen en los árboles, y no hay tiendas en los caminos de la selva.

Yo dije: “De acuerdo, pon al bebé lo más cerca del fuego que puedas sin que peligre, y duerme entre el bebé y la puerta para evitarle las corrientes de aire. Tu tarea es mantener al bebé calentito”.

Al día siguiente, como hacía la mayoría de los días, me fui a orar con alguno de los niños huérfanos que querían venir conmigo. Les daba a los niños varias sugerencias de cosas por las que orar, y les hablé del bebé prematuro. Les expliqué nuestro problema con mantener al bebé calentito, mencionándoles el incidente de la botella de agua caliente. El bebé podía morir fácilmente si se enfriaba. También les hablé de su hermana de dos años, la cual lloraba porque su madre había muerto. Durante el tiempo de

oración, una niña de diez años, Rut, oró con la usual brevedad directa de nuestros niños africanos. “Por favor Dios”, oró, “envíanos una bolsa de agua. No servirá de nada que sea mañana, Dios, porque el bebé estará muerto, así que por favor envíala al mediodía”.

Mientras yo gritaba por dentro por la audacia de la oración, ella añadió una coletilla: “Y mientras lo haces, ¿podrías por favor enviar una muñeca para su hermana a fin de que sepa que Tú realmente la amas?”.

Como sucede a menudo con las oraciones de los niños, me puso en un aprieto. ¿Podía yo decir honestamente: “Amén”? Simplemente no creía que Dios pudiera hacer eso. Oh sí, sé que Dios puede hacer cualquier cosa, eso dice la Biblia, pero hay límites, ¿no es así? La única manera en que Dios podía responder a esa oración en particular sería enviándome un paquete desde la tierra natal. Yo llevaba en África casi cuatro años en ese entonces, y nunca había recibido un paquete de la tierra natal. De cualquier modo, si alguien me enviara un paquete, ¿quién pondría en él una bolsa de agua caliente? ¡Yo vivía en el ecuador!

A media tarde, mientras estaba enseñando en la escuela de entrenamiento de enfermeras, llegó un mensaje de que había un auto en la puerta de mi casa. Cuando llegué a casa, el auto ya se había ido, pero ahí

en la terraza, había un gran paquete de diez kilos. Sentí que las lágrimas llenaban mis ojos. No podía abrir el paquete yo sola, así que mandé llamar a los niños del orfanato. Juntos le quitamos la cuerda, deshaciendo cuidadosamente cada nudo. Doblamos el papel, cuidando que no se rompiera en exceso.

La emoción iba aumentando. Unos treinta o cuarenta pares de ojos estaban enfocados en esa gran caja de cartón. Desde arriba, saqué unos jerséis de punto muy coloridos. Los ojos se iluminaban mientras los iba repartiendo. Luego había vendajes para los pacientes de lepra, y los niños parecían un poco aburridos. Después apareció una caja de pasas (con ellas haríamos un buen lote de bollos el fin de semana).

Después, al meter mi mano de nuevo, sentí ...¿sería cierto? Lo

agarré y lo saqué. Sí, ¡era una bolsa de agua caliente totalmente nueva!

Me puse a llorar. No le había pedido a Dios que la enviara; no había creído verdaderamente que Él pudiera enviarla. Rut estaba en la primera fila de los niños, y se apresuró a gritar: “Si Dios ha mandado la bolsa, ¡también debe de haber enviado la muñeca!”.

Hurgando en el fondo de la caja, sacó la muñequita, perfectamente vestida. ¡Sus ojos brillaron! Ella nunca lo había dudado, y mirándome, me preguntó: “¿Puedo ir contigo mami, y darle esta muñeca a la niña, para que sepa que Jesús realmente la ama?”.

Ese paquete había estado en camino durante cinco meses. Lo había mandado mi antigua clase de escuela dominical, cuyo líder había oído y obedecido el impulso de Dios de enviar una bolsa de agua caliente, incluso al Ecuador. Y una de las niñas había puesto una muñeca para una niña africana, hacía cinco meses, como respuesta a una oración de una niña de diez años,

¡para que llegara esa tarde precisamente! “Antes que me llamen, yo les responderé” (Isaías 65:24).¹

De modo personal

Leo historias como esta y me recuerdan que Dios verdaderamente es sorprendente. Él puede hacer milagros. Él lo puede todo, y nada es demasiado grande, demasiado difícil o demasiado complicado para Él. Es el Dios de todo. Puede enviar fuego del cielo en respuesta a una oración, y puede enviar una bolsa de agua caliente y una muñeca al Congo en el día exacto.

¿Cuán grande es Dios? ¡Suficientemente grande! Podría contar historia tras historia de cómo Dios obró de formas increíbles como resultado de una oración desesperada, pero usted no necesita oír la historia de otra persona; usted necesita su propia historia.

¿Cuál es su situación imposible? ¿Dónde necesita un milagro? ¿Por qué no se lo dice a Dios? ¡Pídale que responda para que pueda darle la gloria!

NOTAS

¹ Helen Roseveare, misionera de Inglaterra en Zaire, África, contó esto según le había ocurrido a ella en África. Lo compartió en su testimonio en un miércoles por la noche en la iglesia Thomas Road Baptist Church. También se encuentra en su libro, *Living Faith*, Bethany House, Minneapolis, MN: 1987.

10

LÍBRANOS:

La oración de Ezequías

2 REYES 19:19

El pobre rey Ezequías tuvo que afrontar una situación peor que su propia muerte. La pesadilla tenía el nombre de Senaquerib, el rey invicto de Asiria. Senaquerib tenía un gran ejército, y en sentido literal, los carros más modernos. Senaquerib ya había derrotado a todas las naciones alrededor de Judá, desde el Líbano al norte hasta Egipto en el sur, y ahora se disponía a llevar sus poderosos carros de guerra directamente hacia Judá.

Para intimidar a Ezequías, Senaquerib envió un mensaje para recordarle a Judá su total destrucción de nueve ciudades que le habían hecho frente. Su mensaje era claro, pretendía hacer de Judá la número diez a menos que ellos alzarán incondicionalmente una bandera blanca y se rindieran, convirtiéndose así en esclavos que serían llevados cautivos a Asiria.

Ezequías se enfrentaba a un dilema mortal. La opción A era ver cómo su nación era conquistada por una fuerza superior bajo las ruedas de los carros. La opción B era ver a su pueblo encadenado y con dirección a Asiria para ser esclavos allí. ¿Qué podía hacer? ¿Qué haría usted?

Ezequías escogió la opción C. Hizo lo que todos deberíamos hacer cuando nos enfrentamos a una presión extrema y ante el ataque de un feroz enemigo. Se puso a orar.

Ezequías tomó la carta de mano de los mensajeros, y la leyó. Luego subió al templo del Señor, la desplegó delante

del Señor, y en su presencia oró así: «Señor, Dios de Israel, entronizado sobre los querubines: sólo tú eres el Dios de todos los reinos de la tierra. Tú has hecho los cielos y la tierra. Presta atención, Señor, y escucha; abre tus ojos, Señor, y mira; escucha las palabras que Senaquerib ha mandado a decir para insultar al Dios viviente.

«Es verdad, Señor, que los reyes asirios han asolado todas estas naciones y sus tierras. Han arrojado al fuego sus dioses, y los han

destruido, porque no eran dioses sino sólo madera y piedra, obra de manos humanas. Ahora, pues, Señor y Dios nuestro, por favor, sálvanos de su mano, para que todos los reinos de la tierra sepan que sólo tú, Señor, eres Dios».

2 REYES 19:14-19

Líbranos.

Preste mucha atención a la frase “Ahora, pues, Señor y Dios nuestro, por favor, sálvanos de su mano, para que todos los reinos de la tierra sepan que sólo tú, Señor, eres Dios”. Esta fue la expresión del corazón de Ezequías y el corazón de su oración. Ezequías hizo una oración muy simple. La esencia de ella está resumida en esa palabra: “Líbranos”. ¿Qué más se puede decir en momentos como ese?

Resultó que la opción C fue una gran idea. Observe lo que ocurrió.

Esa misma noche el ángel del Señor salió y mató a ciento ochenta y cinco mil hombres del campamento asirio. A la mañana siguiente, cuando los demás se levantaron, ¡allí estaban tendidos todos los cadáveres!

2 REYES 19:35

Ezequías estaba en una batalla que no tenía ninguna probabilidad de ganar. Sin embargo, Dios luchó la batalla por

él. En la oscuridad de la noche, el ángel del Señor llegó y mató a una cantidad tan grande de soldados enemigos que Senaquerib entendió el mensaje de Dios. Senaquerib quedó tan conmocionado que él y su ejército recogieron y regresaron directamente a casa. No pasaron por la casilla de “Salida” ni cobraron el billete de 20. No molestaron a nadie más, y corrieron a casa como perros asustados.

A Dios no le había impresionado la arrogancia de Senaquerib, pero le gustó la oración de Ezequías. ¡Los soldados de Ezequías ni siquiera tuvieron que luchar! Lo único que tuvieron que hacer los soldados de Ezequías fue recoger el botín que dejaron los asirios en su huida. Ezequías entregó su problema a Dios y Dios peleó la batalla y ganó.

¿No es maravilloso servir a un Dios que puede y quiere libranos cuando se lo pedimos? Esa es la promesa del Salmo 91. Léalo despacio.

El que habita al abrigo del Altísimo se acoge a la sombra del Todopoderoso. Yo le digo al Señor: «Tú eres mi refugio, mi fortaleza, el Dios en quien confío.» Sólo él puede librar te de las

trampas del cazador y de mortíferas plagas, pues te cubrirá con sus plumas y bajo sus alas hallarás refugio ¡Su verdad será tu escudo y tu baluarte! No temerás el terror de la noche, ni la flecha que vuela de día, ni la peste que acecha en las sombras ni la plaga que destruye a mediodía. Podrán caer mil a tu izquierda, y diez mil a tu derecha, pero a ti no te afectará. No tendrás más que abrir bien los ojos, para ver a los impíos recibir su merecido. Ya que has puesto al Señor por tu refugio, al Altísimo por tu protección, ningún mal habrá de sobrevenirte, ninguna calamidad llegará a tu hogar. Porque él ordenará que sus ángeles te cuiden en todos tus caminos. Con sus propias manos te levantarán para que no tropieces con piedra alguna. Aplastarás al león y a la víbora; ¡hollarás fieras y serpientes! «Yo lo libraré, porque él se acoge a mí; lo protegeré, porque reconoce mi nombre. Él me invocará, y yo le responderé; estaré con él en momentos de angustia; lo libraré y lo llenaré de honores. Lo colmaré con muchos años de vida y le haré gozar de mi salvación».

Qué promesa tan increíble tenemos: “Él me invocará, y yo le responderé; estaré con él en momentos de angustia; lo libraré”. Preparando este capítulo, me acordé de muchas historias modernas de hijos de Dios que han clamado a Él y Dios les ha respondido y librado. No tengo espacio suficiente para contarlas todas, pero permítame resumirle unas cuantas.

Nebio, un hombre que conoció a Cristo en Ecuador, y dos evangelistas misioneros se vieron atrapados en una emboscada por enojados aldeanos. A los pocos minutos, los atacantes se fueron. Cuando Nebio regresó a la aldea, un hombre explicó: “Cuando ellos vieron a todos esos soldados en la cumbre, ¡salieron corriendo para salvar la vida!”.

Nebio usó su experiencia para guiar a toda su familia al Señor. Hoy, hay una iglesia cristiana en esa comunidad con muchas personas aceptando a Cristo.¹

Corrie Ten Boom contó un evento durante la rebelión Jeunesse en el Congo. Un ejército de rebeldes se acercó a una escuela donde vivían los niños de los misioneros. Mientras avanzaban los cientos de soldados, los niños y sus maestros estaban reunidos orando. De repente, la fuerza rebelde se detuvo y se retiró. Esto ocurrió de nuevo al día siguiente, y después los rebeldes se fueron a luchar a otro lugar.

Más adelante, uno de ellos fue herido y le llevaron a la escuela misionera para recibir tratamiento. El doctor le preguntó: “¿Por qué no entraron en la escuela como tenían planeado?”.

“No pudimos”, dijo el soldado. “Cuando vimos a los cientos de soldados con uniformes blancos, nos asustamos”.²

Joan Wester Anderson narró la historia de Steve y Phil, dos oficiales de policía cristianos de simple vestimenta con la misión de descubrir el suministro de droga que estaba arruinando la comunidad de Nutley, Nueva Jersey. Después de orar, descubrieron que la guarida era una cueva. Una noche siguieron a un grupo de jóvenes adultos hasta la cueva. Orando el Salmo 91, encontraron en la cueva a una docena de jóvenes adultos muy violentos, incluyendo su líder, el Sr. Big, que era el traficante de la droga.

Desarmados, pero llenos de valor, entraron y apresaron con calma al Sr. Big y al resto. Mientras sacaban a los prisioneros, llegó un coche de policía para llevarlos a la comisaría.

Allí le preguntaron al Sr. Big: “¿Por qué ni usted ni ninguno de los demás intentaron atacarnos cuando entramos?”.

“¿Cree usted que yo estoy loco o algo así? Había al menos veinte tipos con uniformes azules”.

“¿Veinte? No, solo éramos dos”, contestó el oficial.

“Oye, Belinda”, dijo el Sr. Big a otra joven prisionera, “¿cuántos policías entraron en la cueva?”.

Belinda se encogió, “por lo menos veinticinco”.³

En el año 2002 el incendio del bosque Rodeo-Chediski consumió casi medio millón de acres, crepitando por gran parte de Arizona. Los bomberos trabajaron valientemente para salvar la Misión Cristiana de Indios Americanos, pero se vieron obligados a irse cuando el incendio se hizo demasiado peligroso. Las oraciones de miles de personas se entremezclaron con las de los niños que le pedían a Dios que salvara la misión.

Parecía como si Dios no hubiera oído sus oraciones por liberación cuando el incendio se acercó a pocos metros de la escuela de la misión por tres lados. Pero Dios intervino. Ningún edificio resultó afectado.

Curiosamente, había tres cruces cerca de la entrada de la escuela. En el infierno, sólo se quemó una. Fue la que estaba en medio. Para los de la

misión, esa cruz quemada fue un poderoso recordatorio de que Jesucristo había salvado la misión al igual que había salvado nuestras almas, al ser el único que fue consumido.⁴

Myra trabajaba para Teen Challenge en un vecindario muy difícil de Filadelfia. Una banda imponía su ley en la calle donde se encontraba el edificio de este ministerio, molestando a cualquier joven que quisiera entrar al centro a solicitar ayuda. Una noche, cuando apareció la banda, Myra de repente se sintió inspirada a hablarles de Jesús. Abrió la puerta y salió. En vez de escucharla, la banda profirió amenazas de ahogarla en un río cercano. Myra suspiró una oración a Jesús. “Señor, que tus ángeles me acompañen y me protejan”, murmuró.

Después abrió la puerta, y estaba a punto de hablar cuando los miembros de la banda de repente dejaron de gritar, se volvieron para mirarse los unos a los otros, y se fueron en silencio y apresuradamente. Myra se quedó sorprendida. ¿Por qué se habían ido?

La banda no volvió durante varios días. Después, una tarde, para sorpresa de todos, entraron en el centro de manera ordenada. Mucho después, tras haber desarrollado entre ellos una amistad, les preguntaron qué les había hecho irse de manera tan pacífica esa noche.

Un joven dijo: “No nos hubiéramos atrevido a tocarla cuando vimos aparecer a su novio. Ese tipo debía de medir más de dos metros de altura”.

“No sabía que Myra tuviera novio”, les dijeron. “Pero con toda seguridad que esa noche ella estaba aquí sola”.

“No, todos le vimos”, insistió otro miembro de la banda. “Estaba justamente detrás de ella. Era grande y vestía un elegante traje blanco”.⁵

De modo personal

Pedirle a Dios que nos libre del mal es definitivamente una oración que a Dios le agrada contestar. No tenemos que estar en medio de un peligro urgente para usarla. Usted puede acordarse de que cuando Jesús nos dio la oración modelo, nos enseñó a orar regularmente: “Líbranos del mal o del maligno” (Mateo 6:13).

Sólo Dios sabe qué males le esperan a usted hoy. No necesita afrontarlos solo. Dios lucha muchas batallas por nosotros, especialmente cuando le pedimos que nos salve. Que “Líbranos” sea una de sus oraciones diarias. Cuando usted llegue al cielo, podrá ver “detrás del velo” cuántas veces Dios respondió, incluso veces en que usted ni siquiera le pidió ayuda.

NOTAS

¹ Dr. Ron Cline, “Protecting Angels”, un mensaje dado en HCJB World Radio, martes, 8 de mayo, 2004.

² Corrie Ten Boom, *Marching Orders for the End Battle* (Fort Washington, PA: Christian Literature Crusade, 1969), pp. 89–90.

³ Joan Wester Anderson, *Where Angels Walk* (New York, NY: Ballantine Books, 1992), pp. 216–18.

⁴ Rachel Clark, “Arizona Fire Leaves Long Term Burden”, *Disaster News Network* (www.disasternews.net), septiembre 2002.

⁵ Betty Malz, *Angels Watching Over Me* (Old Tappan, NJ: Chosen Books, 1986), pp. 97–98.

AYÚDANOS:

La oración de Asá

2 CRÓNICAS 14:11

Si aún no le ha pasado, le ocurrirá. Anótelo. Llegarán esos momentos en que no hay nada más que pueda hacer, ningún lugar adonde ir. Necesita ayuda y la necesita ahora. Necesita a Dios.

Quizá leyó este primer párrafo y asintió con la cabeza. Cuando se mencionan la desesperación y la impotencia, resuenan en lo más hondo de su ser, y entiende lo que significa ser arrastrado por esa corriente y de algún modo vivir para contarlo. Usted sabe exactamente de lo que estoy escribiendo, porque ha pasado por ello y lo ha hecho. ¿Y adivina qué? Puede que esos momentos vuelvan a presentarse.

Quizá no cree que esas crisis le vayan a ocurrir a usted, pero pregúntele a Asá.

Todo le iba bien a Asá. Era el chico de oro. Como rey de Judá, parecía estar haciéndolo todo bien. Durante sus primeros diez años en el cargo, limpió radicalmente la nación y la edificó de manera significativa.

Abías murió y fue sepultado en la Ciudad de David, y su hijo Asá lo sucedió en el trono. Durante su reinado, el país disfrutó de diez años de paz. Asá hizo lo que era bueno y agradable ante el Señor su Dios. Se deshizo de los altares y santuarios paganos, destrozó las piedras sagradas, y derribó las imágenes de la diosa Aserá. Además, ordenó a los habitantes de

Judá que acudieran al Señor, Dios de sus antepasados, y que obedecieran su ley y sus mandamientos. De este modo Asá se deshizo de los santuarios paganos y de los altares de incienso que había en todas las ciudades de Judá, y durante su reinado hubo tranquilidad. Asá construyó en Judá ciudades fortificadas, pues durante esos años el Señor le dio descanso, y el país disfrutó de paz y no estuvo en guerra con nadie. Asá les dijo a los de Judá: «Reconstruyamos esas ciudades, y levantemos a su alrededor

murallas con torres, puertas y cerrojos. El país todavía es nuestro, porque hemos buscado al Señor nuestro Dios; como lo hemos buscado, él nos ha concedido estar en paz con nuestros vecinos.» Y tuvieron mucho éxito en la reconstrucción de las ciudades. Asá contaba con un ejército de trescientos mil soldados de Judá, los cuales portaban lanzas y escudos grandes, y de doscientos ochenta mil benjaminitas, los cuales portaban arcos y escudos pequeños. Todos ellos eran guerreros valientes.

2 CRÓNICAS 14:1-8

Hubo una década impresionante en la que Asá hizo lo recto ante los ojos de Dios. Derribó las herramientas de adoración pagana. Guió a su pueblo a buscar a Dios y obedeció sus mandamientos. Fortaleció las ciudades fortificadas y reunió un gran ejército bien equipado. Tenía muchas razones para suponer que su buena suerte continuaría y la paz se perpetuaría.

Pero estaba muy equivocado.

Zera el cusita marchó contra ellos al frente de un ejército de un millón de soldados y trescientos carros de guerra, y llegó hasta Maresá. Asá le salió al encuentro en el valle de Sefata, y tomó posiciones cerca de Maresá.

2 CRÓNICAS 14:9-10

Todo era dulce y alegre en Judá hasta un día decisivo en que una nube oscura ascendió desde Egipto. En el centro de la terrible tempestad estaba Zera, guiando una gigante máquina de guerra de un millón de etíopes y trescientos flamantes carros. Asá tendría que hacer frente a un hábil oponente que le sobrepasaba en más de cuatrocientos mil hombres, lo cual era algo bastante malo. Pero lo que empeoraba las cosas eran esos trescientos carros de guerra. Judá no tenía forma de defenderse contra la increíble velocidad y poder de las armas de destrucción masiva más modernas del planeta en el año 900 a. C. Sería una de las masacres más grandes de la Historia.

¿Cómo manejaría usted la terrible desesperación de enfrentarse a una derrota y destrucción definitivas? ¿Qué hace normalmente cuando las cosas se ponen lúgubres?

Asá hizo lo correcto. Hizo una de las oraciones más eficaces narradas en la Biblia.

Allí Asá invocó al Señor su Dios y le dijo: «Señor, sólo tú puedes ayudar al débil y al poderoso. ¡Ayúdanos, Señor y Dios nuestro, porque en ti confiamos, y en tu nombre hemos venido contra esta multitud! ¡Tú, Señor, eres nuestro Dios! ¡No permitas que ningún mortal se alce contra ti!».

2 CRÓNICAS 14:11

Ayúdanos, Señor y Dios nuestro.

¡Qué patrón tan excelente para una oración eficaz! La oración es corta, sólo tiene veintisiete palabras en hebreo, y completa. Además, la simple petición de Asá contiene tres componentes destacados de una oración eficaz:

1. *Comenzó con apropiadas palabras de alabanza:* “Señor, sólo tú puedes ayudar al débil y al poderoso”. La alabanza nos predispone a orar.

2. *Expuso la petición de forma clara y sucinta.* “Ayúdanos, Señor y Dios nuestro”.

3. *Le dio a Dios las razones por las que esperaba que contestase, en su caso cuatro razones.* Primera, Judá estaba dependiendo de Dios, no de ellos mismos o de ningún otro: “porque en ti confiamos”. Segunda, Judá estaba representando a Dios en esta causa: “en tu nombre hemos venido contra esta multitud”. Tercera, Israel le pertenecía y estaba aliado con Dios: “¡Tú, Señor, eres nuestro Dios!”. Cuarta, finalmente la batalla era del Señor: “¡No permitas que ningún mortal se alce contra ti!”.

Funcionó, y más aún. Dios oyó la oración de Asá y le dio una respuesta milagrosa, mucho más grande y abundante de lo que había pedido o pensado.

El Señor derrotó a los cusitas cuando éstos lucharon contra Asá y Judá. Los cusitas huyeron, pero Asá y su ejército los persiguieron hasta Guerar. Allí cayeron los cusitas, y ni uno de ellos quedó con vida, porque el Señor y su ejército los aniquilaron. Los de Judá se llevaron un enorme botín, luego atacaron todas las ciudades que había alrededor de Guerar, las cuales estaban llenas de pánico ante el Señor, y las saquearon, pues había en ellas un gran botín. Además, atacaron los campamentos, donde había mucho ganado, y se llevaron una gran cantidad de ovejas y camellos. Después de eso, regresaron a Jerusalén.

2 CRÓNICAS 14:12-15

Dios envió tal terror sobre los cusitas que corrieron despavoridos antes de que comenzara la batalla. La Biblia no relata la manera exacta en que Dios lo hizo, eso es algo que descubriremos en el cielo cuando veamos la película en el “Cine Usted Estaba Allí”. Quizá envió un ejército de ángeles

resplandecientes que les cegaron al amanecer. Quizá Dios habló con voz de trueno. Quizá pintó un millón de imágenes diferentes de sus pesadillas secretas en los lienzos de sus mentes. Será divertido saber cómo fue.

Tenían demasiado miedo de luchar y fueron derrotados por el ejército de Judá. Lo único que Asá y sus hombres tuvieron que hacer fue perseguirles. Sorprendentemente, el enorme ejército etíope había sido completamente conquistado por el reducido ejército de Asá.

Sin embargo, Dios no sólo les dio la victoria, sino también un botín prodigioso. Los de Judá tomaron lo que los cusitas dejaron al huir y también saquearon los pueblos filisteos que cometieron el craso error de albergar a esos cusitas. Además de todo esto, Judá pudo derrotar y desplumar los ricos campos de los pesados pastores nómadas que habían estado siguiendo al ejército cusita vendiéndoles ovejas, cabras y camellos.

¿Se imagina lo emocionados y felices que estaban todos cuando las tropas victoriosas marcharon de regreso a Jerusalén con los preciosos tesoros y el abundante botín? No sólo se libraron de una posible aniquilación y una esclavitud segura, sino que eran libres. El margen de victoria era mínimo, pero aplastaron totalmente a su oponente.

La oración de Asá fue más que eficaz. Fue milagrosa, poderosa, liberadora y ricamente potente.

Ayúdanos, Señor y Dios nuestro.

De modo personal

1. *Puede sintonizar con el poder de Dios pidiendo ayuda.* Considere la historia del profeta Jonás, que estaba huyendo de Dios. Cuando fue arrojado desde un barco en medio de una terrible tormenta, tuvo delante de él dos opciones: ahogarse u orar. Oró y le pidió ayuda a Dios: “En mi angustia clamé al Señor, y él me respondió. Desde las entrañas del sepulcro pedí auxilio, y tú escuchaste mi clamor” (Jonás 2:2).

Dios envió un gran pez para tragarse a Jonás. El pez salvó la vida de Jonás y le llevó donde se supone que debía haber ido desde el primer momento: la malvada ciudad de Nínive.

Entonces Jonás oró al Señor su Dios desde el vientre del pez. Dijo: «En mi angustia clamé al Señor, y él me respondió. Desde las entrañas del sepulcro pedí auxilio, y tú escuchaste mi clamor ... Entonces el Señor dio una orden y el pez vomitó a Jonás en tierra firme.

JONÁS 2:1-2, 10

Navegar por el mar dentro de un gran pez no debió de haber sido la forma más lujosa de viajar, y ser vomitado no es la manera favorita de hacer la entrada en cualquier lugar. Pero para un hombre que debería estar muerto no debió de resultar tan malo. ¡Sintonice con el poder de Dios y sálvese!

2. *Hacer la oración de Asá puede terminar en una respuesta mucho mayor y más abundante de lo que usted podría haber pedido o pensado.* Acuérdesse de Daniel el profeta, que pasó casi toda su vida como exiliado en Babilonia. Cuando Daniel descubrió que su compromiso con Dios le llevaría a ser arrojado al foso de los leones, le pidió ayuda a Dios: “Cuando aquellos hombres llegaron y encontraron a Daniel orando e implorando la ayuda de Dios” (Daniel 6:11).

Dios respondió la oración de ayuda de Daniel y le dio, como resultado, muchas bendiciones. En primer lugar, Daniel fue milagrosamente protegido de los leones. Le dijo al rey: “Mi Dios envió a su ángel y les cerró la boca a los leones. No me han hecho ningún daño, porque Dios bien sabe que soy inocente.” (Daniel 6:22). Además, los enemigos de Daniel fueron destituidos

y el rey pagano Darío glorificó al Señor contando el testimonio de Daniel a toda la nación.

«¡Paz y prosperidad para todos!» He decretado que en todo lugar de mi reino la gente adore y honre al Dios de Daniel.» Porque él es el Dios vivo, y permanece para siempre. Su reino jamás será destruido, y su dominio jamás tendrá fin. Él rescata y salva; hace prodigios en el cielo y maravillas en la tierra. ¡Ha salvado a Daniel de las garras de los leones!».

Fue así como Daniel prosperó durante los reinados de Darío.

DANIEL 6:25-28

3. Si usted necesita ayuda hoy, Dios está escuchando. Los Salmos están llenos de ejemplos de oraciones de supervivencia. Observe la palabra “ayuda” en cada uno de estos versículos.

Dios es nuestro amparo y nuestra fortaleza, nuestra ayuda segura en momentos de angustia. Por eso, no temeremos aunque se desmorone la tierra y las montañas se hundan en el fondo del mar.

SALMO 46:1-2

A las montañas levanto mis ojos; ¿de dónde ha de venir mi ayuda? Mi ayuda proviene del Señor, creador del cielo y de la tierra.

SALMO 121:1-2

Señor de mi salvación, ¡ven pronto en mi ayuda!

SALMO 38:22

Por favor, Señor, ¡ven a librarme! ¡Ven pronto, Señor, en mi auxilio!

SALMO 40:13

Cuando yo te pida ayuda, huirán mis enemigos. Una cosa sé: ¡Dios está de mi parte!

SALMO 56:9

Apresúrate, oh Dios, a rescatarme; ¡apresúrate, Señor, a socorrerme!

SALMO 70:1

Yo soy pobre y estoy necesitado; ¡ven pronto a mí, oh

Dios!

SALMO 70:5

*Oh Dios y salvador nuestro, por la gloria de tu nombre, ayúdanos;
por tu nombre, líbranos y perdona nuestros pecados.*

SALMO 79:9

*Nuestra ayuda está en el nombre del Señor, creador del cielo y de
la tierra.*

SALMO 124:8

¿Necesita ayuda hoy? Pídasela a Dios. Él está escuchando. Él puede dársela y está dispuesto a hacerlo.

DAME FAVOR:

La oración de Nehemías

NEHEMÍAS 1:11

Quizá usted sepa exactamente lo que tiene que ocurrir y dónde necesita que Dios obre. No obstante, puede que Dios obre primero a través de alguien que esté en autoridad sobre usted. Esa persona podría ser un oficial del gobierno, maestro, pastor, ¡o quizá incluso su jefe, entrenador, padre o cónyuge! Pero para conseguir lo que usted necesita, Dios tiene que mover sus corazones para que le ayuden.

Como copero del rey Artajerjes, Nehemías ocupaba una posición de mucha responsabilidad; sin embargo, anhelaba estar a mil kilómetros de distancia, con su pueblo en la ciudad destruida de Jerusalén. Se encontraban ante una posible aniquilación, y Nehemías necesitaba regresar para reconstruir las murallas de la ciudad. Más concretamente, ¡necesitaba tres años de excedencia laboral y suministros necesarios para reconstruir un muro alrededor de toda la ciudad de Jerusalén! Sin embargo, primero tenía que producirse un cambio enorme en el corazón del hombre en autoridad, el cual era el rey Artajerjes. El superior de Nehemías, un no creyente, tenía la desagradable reputación de cortarles la cabeza a los subordinados que le defraudaban. El hecho de que Nehemías entrara en el despacho oval del rey y le pidiera una excedencia y materiales de construcción sería como firmar su propia sentencia de muerte. ¿Qué podía hacer?

Si lee la historia de Nehemías, encontrará a un hombre que sistemáticamente convertía sus problemas en oraciones.

Vivía en base al consejo: “Ora cuando los problemas te atribulen”. Le vemos convirtiendo sus problemas en oraciones en casi cada uno de los doce capítulos del libro que lleva su nombre (Nehemías 1:5-11; 2:5; 4:4-5, 9; 5:19; 6:9-14; 9:32; 13:14, 22, 29, 31). Así pues, cuando se enteró de la necesidad que había en Jerusalén, hizo lo que hacía siempre, o sea, llevar ese problema ante Dios. Su oración, una de las más eficaces de la Biblia, es un seminario sobre cómo orar. Veamos lo que podemos aprender de él.

Nehemías comenzó con palabras de alabanza y perspectiva. El domicilio de

Dios es la alabanza. La alabanza y la gratitud son puertas de entrada a la presencia de Dios (véase Salmo 100:4). También menciona la perspectiva de que el Dios a quien él se dirige sabe cumplir su pacto. La importancia de esto se aclara más a medida que transcurre la oración.

Le dije: Señor, Dios del cielo, grande y temible, que cumples el pacto y eres fiel con los que te aman y obedecen tus mandamientos.

NEHEMÍAS 1:5

Nehemías no oró una sola vez y se fue, sino que llevó sus cargas a Dios repetidamente, día y noche. Quizá pasaron semanas o incluso meses desde que empezó a orar por la súplica de Jerusalén hasta que Dios le concedió su petición.

Jesús hizo una promesa cuando dijo: “seguid pidiendo y se os dará” (una traducción literal de Mateo 7:7). También nos anima a ser persistentes en nuestras oraciones como el amigo que llegó a medianoche (Lucas 11:5-10) y la viuda que le rogó insistentemente al juez injusto (Lucas 18:1-8).

Te suplico que me prestes atención, que fijes tus ojos en este siervo tuyo que día y noche ora en favor de tu pueblo Israel.

NEHEMÍAS 1:6

Nehemías después entró en un tiempo de evaluación y confesión de pecados. Como el pecado crea una barrera entre Dios y nosotros (Isaías 59:1-2), esto anula la obligación de Dios de oír y responder a la oración (Salmo 66:18), así que Nehemías confesó sus pecados.

Confieso que los israelitas, entre los cuales estamos incluidos mi familia y yo, hemos pecado contra ti. Te hemos ofendido y nos hemos corrompido mucho; hemos desobedecido los mandamientos, preceptos y decretos que tú mismo diste a tu siervo Moisés.

NEHEMÍAS 1:6-7

Observe que Nehemías confiesa no sólo sus propios pecados sino también los de su pueblo. La gran petición que va a hacer no es algo solamente suyo. Si Dios decía “Sí” a la petición de Nehemías, la respuesta sería una bendición para todo el pueblo de Dios.

Nehemías le recordó a Dios la promesa que Él hizo a través de Moisés. Dios

había prometido que el pueblo sería esparcido por la desobediencia, y así había sido. También prometió que ellos regresarían mediante la obediencia. Esta era la clave de la expectación de Nehemías: que Dios actuara a su favor, y que Dios tuviera un corazón blando para con su pueblo en el que tanto había invertido ya.

Recuerda, te suplico, lo que le dijiste a tu siervo Moisés: “Si ustedes pecan, yo los dispersaré entre las naciones: pero si se vuelven a mí, y obedecen y ponen en práctica mis mandamientos, aunque hayan sido llevados al lugar más apartado del mundo los recogeré y los haré volver al lugar donde he decidido habitar”. Ellos son tus siervos y tu pueblo al cual redimiste con gran despliegue de fuerza y poder.

NEHEMÍAS 1:8-10

Los que tienen destreza en el arte de la intercesión aplican la importancia del oportuno uso de las promesas de Dios. Hay cientos de promesas en la Biblia, una para cada necesidad. Reclamarlas en oración y recordarle a Dios sus promesas nos da confianza cuando oramos.

Cuando los israelitas escaparon de Egipto y vagaron por el desierto, se rebelaron contra Dios. Dios le dijo a Moisés que les destruiría (Éxodo 32:7-10); sin embargo, Moisés imploró las promesas que Dios le había hecho a Abraham, a Isaac y a Israel (Éxodo 32:11-13). ¡La apelación de Moisés funcionó! Dios se ablandó y perdonó a toda la nación (Éxodo 32:14; Salmo 106:23).

Nehemías fue directo al grano y ofreció su petición:

Señor, te suplico que escuches nuestra oración, pues somos tus siervos y nos complacemos en honrar tu nombre. Y te pido que a este siervo tuyo le concedas tener éxito y ganarse el favor del rey.

NEHEMÍAS 1:11

Concede favor.

Nehemías debía de estar familiarizado con el libro de Génesis y con la oración del siervo de Abraham: “Que hoy me vaya bien”, pero él no se detuvo ahí, sino que le dijo a Dios concretamente cómo necesitaba el éxito: “Que a este siervo tuyo le concedas tener éxito y ganarse el favor del rey”. “El rey” no era otro que el jefe de Nehemías, el hombre más poderoso del planeta: el rey Artajerjes. La petición de Nehemías era que Dios tocara el corazón del rey de tal forma que le diera favor a Nehemías y le diera lo que le pidiese. Nehemías iba a pedirle al rey que le enviara con su bendición para reconstruir las murallas, ¡y suministros para hacer frente a los gastos!

La naturaleza, tamaño y ámbito de la petición de Nehemías era tal que las probabilidades de que Artajerjes dijera

“Sí” eran mínimas. Por eso Nehemías fue primero a Dios. Dios tendría que tocar el corazón del rey antes de que éste pudiera otorgar la petición de Nehemías.

Y lo hizo, pero no sin un poco de angustia. Véalo usted mismo:

Un día, en el mes de nisán del año veinte del reinado de Artajerjes, al ofrecerle vino al rey, como él nunca antes me había visto triste, me preguntó: —¿Por qué estás triste? No me parece que estés enfermo, así que debe haber algo que te está causando dolor. Yo sentí mucho miedo.

NEHEMÍAS 2:1-2

¡Por supuesto que tenía miedo! Era una ofensa capital aparecer en presencia del rey sin un rostro de felicidad, así que esperaba que su oración le ayudara, o de lo contrario, ¿qué otra cosa podría hacer?

Nehemías actuó creyendo que Dios le respondería. Hay un momento para orar, y hay un momento para actuar. Ahora era el momento de actuar.

Y le respondí: —¡Qué viva Su Majestad para siempre! ¿Cómo no he de estar triste, si la ciudad donde están los sepulcros de mis padres se halla en ruinas, con sus puertas consumidas por el fuego? —¿Qué quieres que haga? —replicó el rey.

NEHEMÍAS 2:3-4

Ese era el gran momento. Si Nehemías no obtenía el favor del rey, pedir algo tan estrafalario sería algo fatal. Si obtenía el favor del rey para una petición tal, sería un milagro. Dios tenía que intervenir, así que le recordó a Dios su petición.

Nehemías siguió orando hasta que llegó la respuesta.

Encomendándome al Dios del cielo, le respondí: —Si a Su Majestad le parece bien, y si este siervo suyo es digno de su favor, le ruego que me envíe a Judá para reedificar la ciudad donde están los sepulcros de mis padres.

NEHEMÍAS 2:4-5

Trago. La suerte de Nehemías, la suerte de Jerusalén y la suerte de los israelitas dependían de la respuesta del rey.

—¿Cuánto durará tu viaje? ¿Cuándo regresarás? —me preguntó el rey, que tenía a la reina sentada a su lado. En cuanto le propuse un plazo, el rey aceptó enviarme.

NEHEMÍAS 2:6

¿Se dio usted cuenta? Dijo: “El rey aceptó enviarme”. ¡Increíble, imposible, sorprendente! Dios intervino. Nehemías estaba en racha. En vez de irse cuando tuvo la oportunidad, siguió presionando.

Nehemías no abandonó hasta que recibió todo lo que necesitaba.

Entonces añadí: —Si a Su Majestad le parece bien, le ruego que envíe cartas a los gobernadores del oeste del río Éufrates para que me den vía libre y yo pueda llegar a Judá; y por favor ordene a su guardabosques Asaf que me dé madera para reparar las puertas de la ciudadela del templo, la muralla de la ciudad y la casa donde he de vivir.

NEHEMÍAS 2:7-8

Primero, Dios actuó para que el rey le permitiera ir. Ahora, Nehemías le estaba pidiendo al rey que pagara la seguridad del viaje y los suministros. ¿Se excedió demasiado?

El rey accedió a mi petición, porque Dios estaba actuando a mi favor. Cuando me presenté ante los gobernadores del oeste del río Éufrates, les entregué las cartas del rey. Además el rey había ordenado que me escoltaran su caballería y sus capitanes.

NEHEMÍAS 2:8-9

¡El rey le dio a Nehemías todo lo que pidió más un ejército de escolta! ¿Coincidencia? De ninguna manera. Nehemías sabía por qué el rey le concedió un favor tan increíble. Él dijo que fue porque Dios estaba actuando a su favor.

Obtener el favor de Artajerjes era un gran obstáculo para Nehemías, pero el poder del Dios de Nehemías lo eclipsó. El corazón del rey quedó en manos de Dios. Nehemías recibió mucho más abundantemente de lo que había pedido o imaginado.

De modo personal

Dios *puede* cambiar el corazón de los que están en autoridad. Un amigo que trabaja como pastor asociado me dijo recientemente lo desanimado que estaba por el rechazo del liderazgo de su iglesia a permitirle hacer los cambios necesarios en la forma en que la iglesia ministraba. Después de que este amigo hubiera orado pidiendo favor, Dios tocó sus corazones y se están produciendo los cambios. ¡Además recibió un aumento de sueldo y de posición!

Dios puede cambiar los corazones, y lo he visto recientemente en mi propia vida. Después de semanas de oración, Dios le concedió favor a mi hijo con el director de su escuela en relación con una decisión desafiante y muy difícil. El favor de Dios despejó el camino para una respuesta positiva a favor de mi hijo.

¿Quién tiene que darle favor a usted si quiere llevar a cabo su ministerio?
¿Con quién necesita favor si va a ser capaz de seguir el corazón de Dios?
“Dame favor” es una oración que tenemos que usar frecuentemente. Comience a pedirlo ahora mismo, y vea lo que Dios puede hacer por usted.

FORTALECE MIS MANOS:

La oración de Nehemías

NEHEMÍAS 6:9

Cansado y tambaleante al borde de la desesperación, Nehemías había estado trabajando durante días brutalmente largos semana tras semana. Estaba intentando lo imposible. Su trabajo era el de dirigir al remanente del pueblo de Dios en la imposible tarea de reconstruir los muros de Jerusalén.

Durante todas las semanas de trabajo, un fuerte enemigo llamado Sambalat y sus amigos habían intentado desanimar a Nehemías y a sus trabajadores burlándose de su visión (Nehemías 2:19) y después criticando y haciendo de menos sus esfuerzos (4:1-3). Cuando eso fracasó, reunieron una fuerza de coalición para asustar e intimidar a los trabajadores con la amenaza de un ataque por sorpresa (4:7-12). Además de eso, había división en las filas de la fuerza de trabajo de Nehemías (5:1-13). Sin embargo, a través de todo ello, la integridad, valor y ánimo enfocado en Dios de Nehemías hicieron que el trabajo siguiera hacia adelante hasta que los muros estaban casi terminados.

En ese momento, Nehemías necesitaba desesperadamente algo de alivio y descanso, pero en vez de eso, las cosas empeoraron. Antes de que pudiera tomar aliento, su astuto enemigo Sambalat intentó una nueva táctica. En repetidas ocasiones, pidió reunirse con Nehemías; sin embargo, Nehemías rechazó cada petición sabiamente, al intuir lo que Sambalat quería, que era, al menos, distraerle de la tarea. Lo más probable es que Sambalat quisiera seducir a Nehemías para luego poder secuestrarle o matarle.

Tras cuatro negativas, Sambalat lanzó de nuevo un enrevesado y nuevo plan. Astutamente, tergiversó los motivos, el carácter y los métodos de Nehemías en una carta abierta. En ella, Sambalat incluso dijo que Nehemías estaba reconstruyendo la muralla para enriquecerse y hacerse poderoso. Esos rumores infundados e inciertos estaban pensados para minar la autoridad de Nehemías (véase Nehemías 6:5-7).

¡Oh, la ruinoso naturaleza de los rumores! Se clavan en lo más hondo, como lo hicieron las malintencionadas mentiras de Sambalat sobre Nehemías. No obstante, Nehemías no tiró la toalla.

Observe que Dios no hace que las cosas sean fáciles para su pueblo. Sólo porque estemos intentando hacer lo que Dios quiere no significa que seamos inmunes a los problemas, las frustraciones y los ataques, sino todo lo contrario.

Sin embargo, Nehemías luchó de rodillas, convirtiendo sus problemas en oraciones. Eso no fue algo nuevo para Nehemías. La oración era parte de su estilo de vida. Mirando el libro que lleva su nombre vemos que éste revela su continua confianza en la oración. Primero, Nehemías convirtió su carga por la muralla en oración (Nehemías 1:5-11); luego convirtió el posible desastre de su cita con el rey en oración (2:4). Cuando comenzó a construir el muro, salió orando de los primeros asaltos de Sambalat (4:4-5). Ahora que estaba sufriendo un cansancio terrible y un ataque que no merecía, Nehemías volvió a orar de nuevo:

En realidad, lo que pretendían era asustarnos. Pensaban desanimarnos, para que no termináramos la obra. Y ahora, Señor, ¡fortalece mis manos!

NEHEMÍAS 6:9

Fortalece mis manos.

Nehemías no le pidió a Dios que hiciera desaparecer a sus enemigos, como yo podría haber pedido. Tampoco le pidió a

Dios que le diera esta desmoralizante responsabilidad a otro, como probablemente yo habría hecho. Ni siquiera pidió que la muralla se construyera de forma milagrosa por medio de la intervención de legiones de ángeles de la noche a la mañana, cosa que yo al menos habría intentado. En vez de todo esto, oró diciendo: “Fortalece mis manos”.

A veces Dios prefiere hacer el milagro *en* nosotros.

“Fortalece mis manos”, y Dios respondió, como está revelado en las primeras palabras del versículo 15: “La muralla se terminó el día veinticinco del mes de Elul. Su reconstrucción había durado cincuenta y dos días” (Nehemías 6:15).

El muro se terminó en sólo cincuenta y dos días. Nadie hubiera creído que eso fuera posible. Los ingenieros todavía se maravillan del logro. ¡Una misión imposible se convirtió en una misión terminada!

Y no nos equivoquemos: esta estructura material fue el resultado de la actividad espiritual. La oración guió, propulsó, forzó y terminó lo imposible. Nehemías rehusó abandonar, y Dios no falló a la hora de bendecir. Pero esto no es todo; cuando Dios le dio a Nehemías la fortaleza para terminar el proyecto, sus enemigos se desanimaron tanto, ¡que tuvieron que reconocer que la reconstrucción de la muralla fue obra de Dios!

Cuando todos nuestros enemigos se enteraron de esto, las naciones vecinas se sintieron humilladas, pues reconocieron que ese trabajo se había hecho con la ayuda de nuestro Dios.

NEHEMÍAS 6:16

Charles Swindoll ha escrito: “Esa tuvo que haber sido la experiencia más emocionante de todas: ver que Dios desciende a rescatarlo a uno cuando ha estado impotente. En medio del asalto incesante del enemigo, a pesar de la interminable andanada verbal, ¡el muro fue construido! Mientras el enemigo destruye, Dios construye”.¹

De modo personal

1. *Nehemías no fue el primero en descubrir que Dios es la fuente de su fortaleza.* En los Salmos leemos:

El Señor es la fortaleza de su pueblo, y un baluarte de salvación para su unguido.

SALMO 28:8

Dios es nuestro amparo y nuestra fortaleza, nuestra ayuda segura en momentos de angustia.

SALMO 46:1

Podrán desfallecer mi cuerpo y mi espíritu, pero Dios fortalece mi razón; él es mi herencia eterna.

SALMO 73:26

Canten alegres a Dios, nuestra fortaleza; ¡aclamen con regocijo al Dios de Jacob!

SALMO 81:1

2. *Nehemías tampoco fue el único que le pidió a Dios fortaleza.* El salmista oró diciendo: “De angustia se me derrite el alma: susténtame conforme a tu palabra” (Salmo 119:28). El profeta Isaías oró: “Señor, ten compasión de nosotros; pues en ti esperamos. Sé nuestra fortaleza cada mañana, nuestra salvación en tiempo de angustia” (Isaías 33:2).

Sansón, el hombre más fuerte del mundo, perdió su fuerza cuando perdió su conexión con Dios, debido a su corte de cabello en el salón de belleza de Dalila (Jueces 16:4-21), lo que le costó su ceguera y encarcelamiento. Puede que no recuerde el resto de la historia. Los filisteos estaban dando una fiesta en honor a su dios, Dagón, y trajeron a Salomón para entretener a sus huéspedes. Cuando hubo terminado,

le encadenaron entre los pilares del gran templo de Dagón. Entonces Sansón hizo algo que debía haber estado haciendo siempre (Jueces 16:23-27):

Entonces Sansón oró al Señor: Oh soberano Señor, acuérdate de mí. Oh Dios, te ruego que me fortalezcas sólo una vez más, y

déjame de una vez por todas vengarme de los filisteos por haberme sacado los ojos.

JUECES 16:28

Tristemente, la muerte de Sansón fue su mayor triunfo. Finalmente aprendió la fragilidad de la fortaleza humana y la necesidad del poder divino. Él oró: “Fortaléceme”, y Dios lo hizo.

“Fortaléceme”. Me doy cuenta de que yo uso muy a menudo esta oración. La vida nos agotará y las responsabilidades nos desgastarán, y la presión añadida de los ataques de un “enemigo” consume rápidamente nuestra fortaleza.

Muchos pastores son un poco como Nehemías cuando se trata de proyectos de construcción. He ayudado a dirigir nuestra iglesia durante cuatro grandes proyectos de construcción, y cada uno de ellos tuvo sus propios desafíos, oposiciones y frustraciones intrínsecos. He aprendido a pedirle a Dios que fortalezca mis manos, y Él ha intervenido en cada ocasión.

3. Dios puede darle la fuerza necesaria hoy para cualquier desafío que esté viviendo. Cuanto mayor sea el obstáculo, mayor es la fuerza de Él. Un hombre experimentó esto de una forma milagrosa.

Stanley se levantó temprano el 11 de septiembre de 2001, y se fue a trabajar a una de las torres gemelas donde trabajaba como vicepresidente adjunto de préstamos para un banco. Esa mañana en su tiempo a solas con Dios, Stanley sintió una necesidad inusual de pedirle a Dios fuerza y protección.

Después, mientras se sentaba en su oficina a hablar por teléfono, vio lo que después se sabría que era el vuelo 175

de United Airlines dirigiéndose directamente hacia él. “Lo único que puedo ver es este gran avión gris con letras rojas en el ala y el alerón, dirigiéndose hacia mí”.

Justamente antes de que el avión se estrellara, Stanley se metió bajo su escritorio. Inmediatamente el avión entró en el lado del edificio y explotó. Escombros ardiendo llenaron la habitación.

De algún modo, Stanley resultó ileso, pero desde debajo de su escritorio pudo ver el ala ardiendo del avión bloqueando la entrada. Sabía que tenía que salir de su oficina, ¿pero cómo? Estaba atrapado entre escombros hasta la altura de sus hombros.

“Señor, toma tú el control, este es tu problema”, oró. Más tarde dijo: el Señor “me dio tanta fuerza y poder en mi cuerpo que pude quitar todo lo que había a mi alrededor. Me sentí como el hombre más forzado del mundo”.

La oficina de Stanley parecía una zona de guerra, con las paredes reducidas a montones de polvo, el mobiliario de la oficina esparcido violentamente por los alrededores, llamas bailando de modo amenazador y escombros pesados por todos lados. De algún modo tendría que atravesar todo eso para poder escapar.

“Todo lo que intentaba escalar [para salir] se derrumbaba”, recordaba. “Me hacía heridas y me daba golpes, pero seguía diciendo: ‘Señor tengo que llegar a casa con mis seres queridos, tengo que lograrlo, pero me tienes que ayudar’“. En otras palabras: “Fortaléceme”.

Su corazón desfalleció cuando se topó con una pared. No podía regresar a las llamas y tampoco podría atravesar la pared, así que nuevamente oró para pedir fortaleza. “Me levanté, y sentí como si un poder viniera sobre mí”, dijo. “Sentí la carne de gallina por todo mi cuerpo y me puse a temblar, y le dije a la pared: “Tú no vas a ser impedimento para mí y para mi Señor”. Y luego atravesó a golpes la pared.

Al otro lado había un hombre llamado Brian que necesitaba desesperadamente ayuda. Para salir vivos, tenían que bajar de alguna forma ochenta y un pisos de escaleras llenas de escombros en el corazón de un edificio en llamas. Orando por fortaleza, bajaron peldaño a peldaño, piso a piso. Finalmente, llegaron a la explanada, donde las únicas personas que había eran los bomberos.

Estos hombres cansados ahora se enfrentaban a una pared de llamas. Se empaparon en el sistema antiincendios del edificio para correr a través de las llamas. Orando todo el trayecto, atravesaron las llamas y salieron del edificio, para llegar a la seguridad de una iglesia que estaba a dos calles. “Tan pronto como me agarré a la puerta de esa iglesia, el edificio [la segunda de las torres gemelas] se derrumbó”, recordaba Stanley.

Horas más tarde, magullado y ensangrentado, con la ropa hecha trizas y vistiendo una camisa prestada, Stanley Praisnath llegó hasta su esposa Jennifer, y sus dos hijas, Stephanie, de 8 años, y Caitlin de 4. “Me abracé a mi esposa y mis dos hijas y lloramos —dijo Stanley—. Después, le dimos gracias a Dios”.²

Si Dios pudo fortalecer a Nehemías, Sansón y Stanley, seguro que puede darle a usted también la fortaleza que necesita. Pídaselo.

NOTAS

¹ Charles Swindoll, *Pásame otro ladrillo* (Nashville, TN: Grupo Nelson), p. 132.

² Adaptado de Dan Van Veen, “Surviving the 81st Floor of World Trade Tower Two,” Servicio de noticias de Asambleas de Dios, 14 de septiembre de 2001. Copyright © 2002 El consejo general de Asambleas de Dios, 1445 North Boonville Ave., Springfield, MO 65802. Usado con permiso de Stanley Praimnath.

ENVÍAME A MÍ:

La respuesta de Isaías al llamado de Dios

ISAÍAS 6:8

¿Qué dice usted normalmente cuando Dios le llama? ¿Qué debería decir?

Su manera de responder puede cambiar su vida ... y las vidas de muchos otros. Permítame explicárselo usando la vida de un israelita llamado Isaías.

En el año 739 a.C., Isaías era un joven inquieto en una nación llena de furia. El último rey bueno había muerto, dejando a los israelitas suspendidos en equilibrio entre la prosperidad y la destrucción. Como joven justo y sensible, Isaías sintió el dolor de su país y anheló hacer algo al respecto. Como buscador de Dios, anhelaba una relación más íntima con Dios, y Dios le concedió ambas pasiones. Leamos cómo ocurrió.

El año de la muerte del rey Uzías, vi al Señor excelso y sublime, sentado en un trono; las orlas de su manto llenaban el templo. Por encima de él había serafines, cada uno de los cuales tenía seis alas: con dos de ellas se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies, y con dos volaban. Y se decían el uno al otro: «Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria». Al sonido de sus voces, se estremecieron los umbrales de las puertas y el templo se llenó de humo. Entonces grité: «¡Ay de mí, que estoy perdido! Soy un hombre de labios impuros y vivo en medio de un pueblo de labios blasfemos, ¡y no obstante mis ojos han visto al Rey, al Señor Todopoderoso!». En ese momento voló hacia mí uno de los serafines. Traía en la mano una brasa que, con unas tenazas, había tomado del altar. Con ella me tocó los labios y me dijo: «Mira, esto ha tocado tus labios; tu maldad ha sido borrada, y tu pecado, perdonado». Entonces oí la voz del Señor que decía: —¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros? Y respondí: —Aquí estoy. ¡Envíame a mí!

ISAÍAS 6:1-8

Isaías fue una de las pocas personas que viviendo aún en la tierra tuvieron el

privilegio de ver lo que sucedía en el cielo. ¿Se imagina lo que es ver al Señor? La visión de Isaías del trono puso a Dios en perspectiva. Él es muy diferente a todos los demás. Dios es majestuoso, sentado en un trono. Es supremo, alto y excelso, pero sobre todo, es santo, muy santo.

Sabemos que Dios es santo porque es el único en el universo adorado por serafines. La palabra hebrea *seraf* significa “ardiente”. Pensamos que Dios es un Dios grande, blandito, como un oso de peluche, pero la Biblia nos dice que Dios es fuego consumidor (Hebreos 12:29). Los serafines son ángeles únicos que vuelan constantemente alrededor del trono de Dios. Estas maravillas semejantes al amianto sufren una combustión espontánea y eterna sin consumirse debido a que están muy cerca de Dios.

La santidad de Dios se ve claramente en los llamados antifonales de los serafines. Ellos claman perpetuamente: “Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso”; toda la tierra está llena de su gloria”. Dios tiene muchos atributos, pero los que están más cerca de Él reconocen que el que predomina es su increíble santidad. Es tan abrumadoramente dominante que lo único que pueden hacer los serafines es repetir una y otra vez: “Santo, santo, santo”, en una sinfonía eterna dedicada a Él.

En tercer lugar, la respuesta de Isaías a Dios indica su increíble santidad. Cuando Isaías vio a Dios tan de cerca y de manera personal, no se sentó a charlar, ni se levantó y aplaudió, ni se sentó y se relajó, sino que cayó al suelo y se arrepintió. “Pobre de mí”, clamó, “estoy perdido”. Una traducción literal podría ser: “He sido declarado culpable de pecado y me estoy derritiendo en el brillo ardiente de la santidad de Dios”.

En su misericordia, Dios no dejó a Isaías en la miseria de la condenación, sino que vio que Isaías estaba limpio. Sin embargo, lo que es especialmente impactante para mí es que Dios no sólo limpió a Isaías, sino que le llamó. Tanto Isaías como Dios eran muy conscientes de la necesidad que tenía Israel de un nuevo profeta. En Isaías, Dios había encontrado a uno. Lo que Dios está buscando son vasos humildes y limpios a través de los cuales Él pueda derramarse. Cuando Isaías quedó limpio, Dios dijo: “¿A quién enviaré? ¿Y quién irá por nosotros?”.

Este llamado resonó muy dentro de Isaías. Debió de haber estado atado a algo que Dios ya había escrito en el corazón de Isaías antes de que naciera. Quizá Isaías había sido consciente de ello anteriormente, o quizá era esta la primera vez que se daba cuenta. De cualquier forma, Isaías no dudó en

responder. No pudo esperar, así que dijo: “Heme aquí ¡Envíame a mí!”.

Envíame a mí.

“Envíame a mí”. Esta oración eficaz hizo que Dios respondiera enviando a Isaías a su propio pueblo a llevar un mensaje tras otro de aviso necesario y convincente. Y Dios también nos envió a Isaías a nosotros, al registrar sus mensajes en lo que se convertiría en sesenta y seis capítulos en el libro que lleva su nombre.

Isaías es uno de los libros más increíbles que se han escrito jamás. Las promesas que encontramos en él, especialmente en los capítulos 40 en adelante, son algunas de mis favoritas. No obstante, además de las promesas están las increíbles profecías. Hay profecías sobre Israel y sus naciones vecinas que se cumplieron durante la vida del propio Isaías, así como docenas de predicciones sobre el Mesías setecientos años antes de que naciera Jesús. Todas se cumplieron con una precisión impresionante. Además, sus múltiples profecías escatológicas nos dan una gran perspectiva sobre el final de los tiempos y el reino venidero de Dios.

“Envíame a mí” es una oración que a Dios le encanta responder. Lo sé por experiencia.

Ese día me desperté como cualquier otro día. Leí unos pocos capítulos de mi Biblia y oré brevemente por el día. Lo único extraordinario fue que hice algo que sólo había hecho unas cuantas veces anteriormente. Resulta que hice una oración específicamente del tipo “envíame a mí”, diciéndole a Dios que me enviara para marcar la diferencia en la vida de alguien para Él. Después me olvidé de ello y me fui a trabajar.

Durante toda la mañana tuve un pensamiento persistente. Necesito un corte de cabello. Tengo que ir al centro comercial y cortármelo. Soy una persona muy ahorrativa (algunos incluso podrían decir que tacaño). Nunca antes había ido a cortarme el cabello a un centro comercial, ya que normalmente ahorraba el dinero dejando que algún estudiante del campus lo hiciera por poco dinero. Pero una y otra vez seguí pensando que necesitaba ir al centro comercial a cortarme el cabello.

Justamente antes de comer, me acordé que había hecho una oración de tipo “envíame a mí” por la mañana, y me sacudió como un rayo. “¡Debe de ser Dios!”, me di cuenta. “¿Pero por qué me está enviando al centro comercial? ¿Qué podría querer que hiciera por Él cortándome el cabello?”.

Sin embargo, cuando volvió inmediatamente el pensamiento, me levanté, tomé mi abrigo y me dirigí hacia el auto. Debo confesar que fui refunfuñando durante el corto trayecto en auto hasta el centro comercial. ¿Cuánto me irá a costar este corte de cabello? ¿Cómo le explico a Cathy mi urgencia repentina por esta extravagancia? ¿Por qué querrá Dios que vaya al centro comercial? ¿Por qué no me dará Dios una tarea un poco más glamurosa?

Entré en la peluquería y me sentaron en la única silla vacía. Una joven me puso una sábana alrededor del cuello y me preguntó cómo quería mi corte de cabello. Luego comenzamos a hablar. Mientras lo hacíamos, me preguntó dónde trabajaba. Le dije que era el pastor del campus de la universidad cristiana que había cerca del centro comercial.

“No es posible”, dijo ella. (En ese momento me preocupé porque tenía unas tijeras en sus manos y yo estaba desarmado). “¡No me lo puedo creer!”, dijo mientras comenzaba a llorar. “Esta mañana mientras me preparaba para el trabajo, le dije a Dios que le daría una última oportunidad. Si Él no me enviaba alguien cristiano con el que hablar hoy, terminaría con todo esta misma noche”.

En ese instante entendí por qué fui enviado al centro comercial a cortarme el cabello. Como resultado de nuestra conversación, ella volvió a ponerse a cuentas con Dios, y yo obtuve un mayor entendimiento del poder de las oraciones de “envíame a mí”.¹

Cuando el autor cristiano Henry Blackaby pastoreaba la iglesia Faith Baptist Church en Saskatoon, Saskatchewan, comenzó a sentir que Dios estaba guiando a la congregación a un ministerio de alcance en el campus de la universidad. Ni él ni la iglesia habían trabajado antes con estudiantes, y además, durante dos años la iglesia había intentado comenzar un estudio bíblico en la residencia pero no había tenido éxito. Un domingo, decidieron

preguntarle a Dios cuál era su voluntad para la congregación y para usarlos. Lea cómo respondió Dios:

El miércoles, una de las chicas dijo: “Pastor, una chica que ha estado en clase conmigo durante dos años vino a mí después de la clase de hoy, y me dijo: ‘Imagino que debes de ser cristiana. Necesito hablar contigo’. Me acordé de lo que usted dijo, y aunque tenía una clase, me la salté para ir con ella a hablar a la cafetería, y me dijo: ‘Once de las chicas que estamos en la residencia hemos estado estudiando la Biblia, y ninguna somos cristianas. ¿Conoces a alguien que pueda dirigirnos con algún estudio bíblico?’”. Como resultado de ese contacto comenzamos tres estudios bíblicos en la residencia de las chicas y dos en la de los chicos. Durante los años siguientes, muchos de esos estudiantes confiaron en Cristo como su Salvador y Señor. Muchos de ellos entraron en un ministerio a tiempo completo y ahora están sirviendo como pastores y misioneros por todo el mundo.”²

Tras contar esta historia, Blackaby dio una sabia palabra de precaución y ánimo.

Cuando la relación de amor [con Dios] está bien, Él es libre para darle tareas de su propia iniciativa. Siempre que crea no estar recibiendo tareas de Dios, céntrese en la relación de amor y quédese ahí hasta que llegue la tarea.”³

Bruce Wilkinson cuenta la rápida y específica respuesta de Dios a la petición de su esposa de ser usada por Dios. “Una vecina a quien escasamente conocíamos vino a tocar a nuestra puerta. ‘Señora —dijo en medio de sus lágrimas—, mi esposo está muriéndose y no tengo a nadie con quien hablar. ¿Puede ayudarme?’”⁴

Hablando sobre la aventura de pedirle a Dios que nos use, Wilkinson escribe:

“Las personas aparecerán en su puerta o en la mesa contigua a la suya. Comenzarán a decir cosas que hasta a ellas mismas les sorprenderán. Van a preguntar algo —ni siquiera están seguros de qué— y confían en tener una respuesta”⁵.

De modo personal

Siempre me sorprende que, cuando Dios responde la oración de “envíame a mí”, también se asegura de que la persona a la que está enviando esté peculiarmente cualificada para cumplir la tarea. Dios le ha moldeado a usted para servir a través de sus experiencias, educación, dones, personalidad, pasiones y relaciones. Dios tiene personas y situaciones a las que usted podrá tocar de una manera divinamente preparada.

Me pregunto qué tendrá Dios preparado para usted *hoy*. Tengo curiosidad por saber qué aventura querrá Dios enviarle hoy, si está dispuesto a ir. Pídale a Dios que le envíe hoy, y prepárese para una aventura que marcará la diferencia en la vida de la gente.

NOTAS

¹ Adaptado de Dave Earley, *Prayer Odyssey* (Shippensburg, PA; Destiny Image, 2004), p. 14.

² Henry Blackaby y Claude King, *Experiencing God* (Nashville, TN: Broadman and Holman, 1994), pp. 44–45. Usado con permiso.

³ *Ibid.*, pp. 45–46.

⁴ Bruce Wilkinson, *La oración de Jabes* (Miami, Fl: Editorial Unilit, 2001), p. 42.

⁵ *Ibid.*, p. 36.

SÁLVANOS: ***La oración de los discípulos*** **MATEO 8:25**

Sandy y Joe estaban navegando por el Golfo de México cuando se vieron atrapados en una inesperada tormenta. El viento les empujó hacia el mar abierto. Cuando la tormenta amainó, estuvieron sin rumbo durante dos días, cociéndose bajo el sol ardiente. Sus reservas de agua se redujeron, y sabían que sus vidas estaban en peligro.

La pareja oró a Dios pidiendo ayuda, pero la ayuda no llegaba.

Entonces Sandy oró una vez más. “Oh Señor, Tú eres nuestra única esperanza. Por favor, sálvanos”.

Cuando hubo terminado, miró hacia arriba y vio en la distancia lo que parecía ser una cruz que avanzaba hacia ellos. Pensó que debía de estar alucinando y parpadeó para aclarar su visión pero, sin duda, se trataba de una cruz en el horizonte. Despertó a su esposo, Joe, quien también pudo vislumbrar una cruz moviéndose en dirección a ellos.

A medida que se acercaba la cruz, pudieron ver que, de hecho, era el mástil principal de un gran yate, ¡y definitivamente se dirigía hacia ellos! La pareja se levantó, moviendo sus brazos a lo alto para llamar su atención.

Cuando se encontraban a salvo en cubierta, Sandy dijo: “¡Es increíble que nos encontraran! ¡Pensábamos

que nunca nos rescatarían!”. Pero la explicación que les dio el propietario del yate dejó a Joe y Sandy incluso más convencidos de que su rescate no había sido una casualidad. El yate había estado viajando con el piloto automático durante varias horas, pero inexplicablemente el barco terminó viajando a diez millas de distancia de lo que pretendían.¹

“Sálvanos”. Quizá se encuentre navegando por la vida, progresando y disfrutando de su viaje, cuando de la nada se levanta una tormenta. En cuestión de segundos, se ve abrumado, al ver cómo las enormes olas le golpean y luego le arrojan al aire sin misericordia. El agua entra sin cesar en su barca más rápidamente de lo que usted puede desaguarla. Los fuertes vientos le hacen tambalearse y le desvían de su trayecto original, perdiendo así su orientación y también su esperanza. Las abiertas fauces de un destino funesto empiezan a cerrarse a su alrededor.

Nadie es inmune a las tormentas de la vida. Aunque esté haciendo todas las cosas bien y vaya en la dirección correcta, las tormentas le alcanzarán. La cuestión no es *si* las tendrá o no, sino *cómo* responderá.

Una de las oraciones más eficaces de la Biblia vino de los discípulos cuando navegaban por el mar de Galilea. En ese tiempo, el ministerio de Jesús iba viento en popa. Los discípulos estaban navegando para alejarse de la multitud con el fin de descansar cuando se levantó la tormenta. Mateo narró el evento:

Luego subió a la barca y sus discípulos lo siguieron. De repente, se levantó en el lago una tormenta tan fuerte que las olas inundaban la barca. Pero Jesús estaba dormido. Los discípulos fueron a despertarlo. —¡Señor —gritaron—, sálvanos, que nos vamos a ahogar!

MATEO 8:23-25

Cuando se dieron cuenta de que la tormenta era demasiado grande para ellos, ni siquiera intentaron manejarla por ellos mismos, ya que era una situación que se les escapaba de las manos. Entonces acudieron a Jesús.

Señor, ¡sálvanos!

Cuando acudieron a Jesús, pudieron decirlo en dos palabras: “Señor, ¡sálvanos!”. No había tiempo para discursos preparados, ni tampoco era ocasión para intentar impresionar ofreciendo pensamientos profundos o palabras polisílabas. Esta oración tenía que ser como una flecha, delgada y puntiaguda, dirigida al corazón del asunto.

No le contaron a Jesús todos los detalles de la tormenta; de hecho, ni siquiera mencionaron la tormenta. Él ya lo sabía.

No le dijeron a Jesús cómo tenía que salvarles, pues la situación les sobrepasaba. No necesitaban que Él les ayudara a achicar agua o a bajar las velas, sino que necesitaban que hiciera algo, ¡y pronto!

Simplemente le pidieron que les salvara.

—Hombres de poca fe —les contestó—, ¿por qué tienen tanto miedo? Entonces se levantó y reprendió a los vientos y a las olas, y todo quedó completamente tranquilo. Los discípulos no salían de su asombro, y decían: «¿Qué clase de hombre es éste, que hasta los vientos y las olas le obedecen?».

MATEO 8:26-27

De modo personal

Hay varias lecciones sencillas que podemos aprender de esta historia.

1. *Las tormentas son inevitables.* Las tormentas no están reservadas para la gente mala. Estos discípulos no eran hombres que iban de crucero jugando y bebiendo, ni tampoco estaban en el barco engañando a sus esposas, ni acababan de robar un banco y estaban huyendo de las autoridades, y tampoco eran piratas asaltando barcos desventurados. Eran los discípulos de Jesucristo.

Usted se verá envuelto en tormentas; quizá sean tormentas de disciplina o tormentas de desarrollo, pero llegarán. Incluso las grandes personas de Dios que encontramos en la Biblia afrontaron tormentas. Adán y Eva tuvieron un hijo rebelde. Noé experimentó un diluvio global y más adelante su propio fracaso. José fue echado a un pozo, vendido como esclavo y después encarcelado injustamente. Moisés perdió los nervios y mató a un hombre. Más tarde tuvo la responsabilidad de guiar a una multitud de quejicosos inmaduros. David se vio obligado a huir para salvar la vida cuando su suegro, el rey, se puso celoso de su éxito. Nehemías tuvo un fuerte enemigo. Tras su conversión, Pablo fue golpeado en repetidas ocasiones, encarcelado y perseguido.

2. *A veces seguir a Jesús nos lleva a las tormentas.* Los hombres que había en la barca no eran Jonás en el mar, intentando alejarse inútilmente del plan de Dios para sus vidas. Ni siquiera estaban en el agua pescando para divertirse o para hacer dinero. Estaban en la barca sólo porque habían seguido a Jesús hasta allí. Fue Jesús quien entró primero en el barco.

Hay una idea equivocada de que seguir a Jesús nos lleva a una prosperidad y una paz inmediatas, y no necesariamente tiene que ocurrir así. Es cierto que el camino de la cruz lleva a la vida eterna y a las glorias del cielo. Llegará un día en que no habrá enfermedad ni dolor, pero mientras tanto, experimentaremos algunos tiempos malos.

3. *Las tormentas son pruebas de fe.* Antes de calmar la tormenta, Jesús aclaró que la presencia del temor era una indicación de la ausencia de fe. La fe es el primer requisito para agradar a Dios (Hebreos 11:6). La fe vence al mundo (1 Juan 4:4). La fe es el combustible de una vida de justicia (Habacuc

2:4).

A veces, cuando llega la tormenta me pregunto si Dios realmente me ama. Mi vida está siendo golpeada por varias tormentas mientras escribo estas palabras. Me avergüenza confesar que el dolor me agobió y dije estúpidamente: “Dios, pensaba que me amabas”.

El pensamiento es que si Dios realmente me amase, me protegería de las tormentas, pero ese claramente no es el caso. Jesús amaba a sus discípulos; sin embargo, éstos se vieron en medio de una tormenta mortal. Dios Padre ama a Dios Hijo, y sin embargo Jesús, el Hijo de Dios, estaba en una barca que estaba a punto de ser tragada por unas olas feroces.

4. *Jesús va con nosotros en las tormentas.* Jesús estaba con ellos en la barca. En otra ocasión, cuando los discípulos se toparon con otra tormenta en el mar, Jesús llegó a ellos caminando por el agua. Si Jesús no viniera con nosotros en las tormentas, entonces tendríamos motivos para tener miedo. Pero Él viene.

5. *Jesús puede ocuparse de la tormenta.* Ninguna tormenta es demasiado grande, ningún viento es demasiado feroz, ninguna ola demasiado alta. Jesús puede ocuparse de todo ello. Jesús estaba tan poco asustado por esta tormenta que se durmió mientras tanto. Sin embargo, tenía el poder de calmar las olas con sólo una palabra.

No sé qué tormentas esté usted atravesando. Quizá la pérdida de su trabajo, una grave enfermedad, o la muerte de un ser querido le está haciendo tambalearse. Uno de sus hijos se encuentra en problemas, o tuvo un accidente de tráfico, o está en la cárcel. Podría usted estar en la agonía de un divorcio. Al igual que Jesús estaba allí para sus discípulos, y para innumerables otros, Él estará ahí para usted. La solución puede que no sea rápida o sin dolor, pero Jesús puede hacer que todo obre para bien. Usted sabe que Él puede. Confíe en Él.

6. *Tenemos que pedir.* Los discípulos no esperaron a que la barca volcase y estuvieran perdidos a la deriva sin esperanza alguna en los peligros de las profundidades. Acudieron a Jesús y le pidieron que les salvara antes de esperar demasiado. Pedir en oración a menudo era algo que Jesús demandaba. Estas son algunas de mis peticiones favoritas:

Mateo 7:7: “Pidan y se les dará”.

Mateo 7:11: “¡Cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas

buenas a los que le pidan!”. Juan 14:14: “Lo que pidan en mi nombre, yo lo haré”. Juan 15:7: “Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran, y se les concederá”.

Juan 15:16: “Así el Padre les dará todo lo que le pidan en mi nombre”.

Juan 16:24: “Hasta ahora no han pedido nada en mi nombre. Pidan y recibirán, para que su alegría sea completa”.

Santiago 1:5: “Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios, y él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie”. Santiago 4:2: “No tienen, porque no piden”.

Si se ve envuelto en una tormenta en este instante, no tema pedirle a Dios que le salve.

NOTAS

¹ Bob Russell y Rusty Russell, *When God Answers Prayer* (West Monroe, LA: Howard Publishing Company, 2003), pp. 98–100.

TEN COMPASIÓN DE NOSOTROS:

La oración de los ciegos

MATEO 9:27

Es una historia muy corta que a menudo la gente pasa por alto. De hecho, todo se desarrolla simplemente en cinco versículos y en menos de cien palabras. Sin embargo, para dos hombres fue el evento más grande, mejor y más hermoso de sus vidas. Ni siquiera conocemos sus nombres, pero sabemos que estos hombres hicieron una de las oraciones más eficaces de la Biblia. Esta es su historia:

Al irse Jesús de allí, dos ciegos lo siguieron, gritándole: —¿Ten compasión de nosotros, Hijo de David! Cuando entró en la casa, se le acercaron los ciegos, y él les preguntó: —¿Creen que puedo sanarlos? —Sí, Señor —le respondieron. Entonces les tocó los ojos y les dijo: —Se hará con ustedes conforme a su fe. Y recobraron la vista. Jesús les advirtió con firmeza: —Asegúrense de que nadie se entere de esto. Pero ellos salieron para divulgar por toda aquella región la noticia acerca de Jesús.

MATEO 9:27-31

Lo más probable es que nacieran ciegos, y lo más probable es que nunca antes hubieran experimentado el gozo indescriptible de ver una puesta de sol o ver las hojas de un árbol moviéndose con el viento. En vez de ver un arco iris atravesando el cielo húmedo, sólo habían visto oscuridad. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana, 365 días al año, ninguna otra cosa salvo oscuridad. No tenían esperanza de librarse de la prisión de una noche interminable.

Además de la frustración física de ser ciegos, tenían que soportar una presión social monumental. En su tiempo, a los ciegos no se les consideraba personas normales. No se casaban y les costaba mucho encontrar trabajo. Estaban excluidos de las sinagogas al ser considerados “inmundos”, según la errónea creencia de que su pecado fue la causa de su discapacidad. Estaban destinados a una vida de muy pocas alegrías y bendiciones.

Sin embargo, habían oído hablar de Jesús. El rumor local era que este rabino itinerante e ilegal podía sanar a los enfermos. Había estado sanando por todos los alrededores de la zona; por tanto, quizá, y sólo quizá, podría sanarles a ellos también.

Así que, por desesperación, buscaron a ese sanador. Abriéndose paso a trompicones en una dolorosa búsqueda, le siguieron. Seguir a Jesús era conectarse con lo milagroso. Niños cojos caminando, endemoniados liberados, una niña muerta resucitó; seguro que Él podía sanarles. Además, no tenían ninguna otra esperanza ni ningún otro plan.

Finalmente, un día oyeron que Él pasaba por esa calle, al alcance de sus oídos. Una cruda emoción, anticipación, temor, desesperación, dolor y alegría les inundó. Gritando en la oscuridad, comenzaron a dar voces diciendo: “¡Ten compasión de nosotros, Hijo de David!”. Nuevamente volvieron a gritar. Toda una vida de ceguera, años de vivir la vida como marginados sociales, y docenas de sueños frustrados les empujaban. “¡Ten compasión de nosotros, Hijo de David!”.

Ten compasión.

Jesús los oyó y se detuvo. Con entusiasmo, cautela, pero de manera irresistible, llegaron a Él, quien calmadamente les preguntó: “¿Creen que puedo sanarlos?”.

No sabemos si hicieron una pausa para estimular su fe o si tan sólo dejaron escapar su respuesta; lo único que sabemos es que dijeron: “Sí, Señor”.

Durante todo el tiempo que habían estado tras de Él, habían pensado largos discursos del porqué Él debía sanarlos. Sin embargo, en la crisis de la decisión lo único que pudieron decir fue: “Ten compasión de nosotros” y “Sí, Señor”.

Pero esas palabras fueron suficientes. “Entonces les tocó los ojos y les dijo: ‘Se hará con ustedes conforme a su fe’. Y recobraron la vista”.

Una pequeña oración produjo una gran respuesta. El relato bíblico es muy sutil y prosaico. Lo único que dice es que recobraron la vista. Estas maravillosas palabras no están en letras mayúsculas, ni en los colores del arco iris, y ni siquiera hay admiraciones.

Pero debe creer que, en lo que respecta a los hombres, fue como si hubiera habido fuegos artificiales. Los cañones comenzaron a disparar, los meteoritos surcaban el cielo, la orquesta comenzó a tocar y los bailarines a bailar; se veían pancartas, y ellos no eran capaces de asimilar todo. Casi puedo oírles decir: “¡Caramba, mira eso! ¡No puedo creer que sea tan hermoso! Mira aquello. ¿Has visto eso?”.

Después Jesús hizo algo que me hace ver que Él tiene un maravilloso sentido del humor. La Biblia dice: “Jesús les advirtió con firmeza: ‘Asegúrense de que nadie se entere de esto’”.

¡Claro! Debía de estar de broma. Esos hombres habían sido ciegos, no podían ver, se habían pasado casi una eternidad sin vista. Y con un simple toque Él había cambiado su mundo de manera total, radical y maravillosa. Jesús debía de tener una sonrisa en su rostro mientras lo decía, porque sería un milagro aún mayor el que no dijeran a nadie que Él les había sanado.

Y no pudieron. Su historia termina con estas palabras: “Pero ellos salieron para divulgar por toda aquella región la noticia acerca de Jesús”.

“Ten compasión”. Tan sólo dos palabras, pero increíblemente poderosas, y que todavía funcionan hoy. Roy Mansfield es el dinámico y joven pastor de la iglesia Manhattan Bible Church en la ciudad de Nueva York. El domingo 25 de enero de 2003 sufrió seis derrames en un día, y prácticamente debería haber muerto. A continuación hay algunos mensajes de correo electrónico que envió a su congregación y compañeros de oración.

2 de febrero de 2003

Mis queridos amigos:

Como muchos de ustedes saben, el domingo de la semana pasada tuve 6 derrames cerebrales, y al día siguiente casi muero en la UCI del hospital Columbia Presbyterian. El lunes me dijeron que había probablemente entre 10 000 y 20 000 hijos de Dios intercediendo por mí. Soy un milagro vivo que respira, habla, escribe en la computadora, e incluso a veces camina. Hasta los doctores y las enfermeras reconocieron la sanidad de Dios en mi vida, al ver entrar una persona tras otra en la habitación y orar por mí. Si no se habían enterado de este incidente lamentó inquietarles, pero estoy seguro de que muchos de ustedes se han enterado de mi estado y han orado por mí. Pensaba compartir con ustedes cada día o a días alteros un poco de cómo Dios ha respondido a sus oraciones por mí.

He estado en el plan de recuperación sobrenatural y súper intensivo de Jesús. Si continúan orando por mí y sigo en este plan de recuperación, espero asistir a la iglesia el domingo y saludar a nuestra gente en el ministerio inglés y español. Por la gracia de Dios, espero predicar al otro domingo (2 de marzo). Gracias por su continuo apoyo en oración.

9 de febrero de 2003

Queridos amigos:

Gracias por seguir orando. Hace dos semanas tuve seis derrames cerebrales en la sala de urgencias de St. Joseph. Hoy fui a la iglesia y alcé mis manos en alabanza (algo que supuestamente no debería poder hacer) y saludé a nuestras congregaciones americana e hispana. Por favor, continúen orando por mí.

10 de febrero de 2003

Mis queridos amigos:

[Mansfield comienza describiendo lo que ocurrió el día después de sus seis derrames. Después cuenta la siguiente historia]. Tuve muchas visitas, y parecía que estaba mejorando de manera continuada. Una amiga muy cercana me dijo esa mañana que Dios la había guiado a orar para que Él “derramara agua” antes de que descendiera el fuego para darle gloria. Se refería al encuentro de Elías con los profetas de Baal. Elías derramó agua sobre el sacrificio antes de que Dios enviara su fuego para consumirlo. A través de esto se acentuó más la gloria de Dios. Realmente yo no entendía las implicaciones de lo que Dios le había dirigido a orar en ese momento. En realidad, estaba orando para que Dios empeorase las cosas antes de mejorarlas, para que su gloria se acentuara aún más. Empezó a ser obvio que Dios le había guiado a orar de esa forma, porque alrededor de la 1:00 de la madrugada comencé a sentir la mitad de mi cuerpo adormecido. Inmediatamente, un equipo completo de doctores entró a prisa a la habitación y comenzaron a trabajar conmigo. Comenzaron a intentar ponerme vías intravenosas en cada parte imaginable (e incluso inimaginable) de mi cuerpo. De nuevo me paralicé, pero podía ver y oír y (desgraciadamente)

sentir todo lo que ocurría. Inclinaron mi cama hacia atrás para que todo fluyera hacia mi cabeza. Recuerdo que pensaba: Esto es igual que en la televisión. Todo el mundo corría de manera frenética a mi alrededor salvo un doctor. Recuerdo que el doctor al mando estaba inmóvil en medio de toda esa frenética actividad, y me miró fijamente durante varios segundos. Pronto desapareció, y más tarde supe que se fue a hablar con Natalie. Le dijo que estaban haciendo todo lo posible, pero que el derrame seguía progresando. Le dijo que podían intentar una técnica de muy alto riesgo que no habían intentado nunca en ningún paciente. Dijo que si intentaban la técnica, las probabilidades de que muriera eran altas. Si no lo intentaban, era probable que pasara el resto de mi vida sin poder mover ninguna parte de mi cuerpo salvo mis ojos.

Permítanme decir que a Natalie por naturaleza no se le da muy bien tomar decisiones. Cuando tiene que decidir entre leche entera o semidesnatada, se apoya mucho en la multitud de consejeros. Estaba rodeada de miembros de la iglesia, pero parece que nadie decía nada. Y es de entender. ¿Quién querría tomar una decisión que matara al pastor? Se imaginan diciendo: “Y este es el anciano fulanito de tal, el que mató a nuestro último pastor”. Finalmente, uno de nuestros ancianos, Charles Delph, le preguntó al doctor qué haría él si se tratara de uno de sus seres queridos. Él dijo que optaría por intentar la técnica. En ese momento habría unas 10 000-15 000 personas orando por mí. Entiendo que Dios había guiado a Victoria, de nuestra iglesia, a orar específicamente para que los doctores estuvieran dispuestos a intentar algo nuevo. Creo que Dios tomó todas esas oraciones y las concentró en esa sala en un momento climático, y Natalie le dijo al doctor que comenzaran la técnica que Dios usaría para salvar mi vida.

En ese momento yo había dejado de respirar, y habían tenido que poner un tubo hasta mis pulmones y ponerme un respirador artificial. Creo que tengo el record del mundo de la persona con más cosas metidas dentro del cuerpo...

Después de dos horas los doctores consiguieron estabilizarme. El doctor principal volvió a las dos horas y comenzó a hacerme pruebas neurológicas. Después de cada prueba decía una palabra: “Increíble”.

Continuaré con la historia de la gracia de Dios dentro de un día o dos. Si conocen a alguien que oró por mí, por favor dñle las gracias y siéntanse libres para reenviarle este mensaje para que también puedan gozarse con nosotros por la respuesta misericordiosa de Dios a sus oraciones.

Gracias por seguir orando.

Roy¹

Dios tuvo compasión y sanó a Roy Mansfield. En la actualidad ha regresado a su enérgico e intenso ministerio. Es un milagro y un testimonio vivo del poder de Dios.

De modo personal

Cuando se trata de la aflicción física y la sanidad, hay varias verdades que conocemos:

- Dios puede sanar todas las aflicciones, incluyendo la última de las aflicciones: la muerte.
- A veces Él usa la medicina moderna. Otras veces se salta la medicina y sana sin ella.
- Hay veces en que pedimos y Dios dice “No” a nuestra sanidad porque tiene un propósito mayor que lograr. En vez de darnos sanidad, nos da gracia para resistir.
- También hay ocasiones en que su respuesta es “Espera”.
- Un día, todos los hijos de Dios experimentarán una sanidad total y permanente en el cielo.
- No nos hace daño pedir compasión. Los ciegos persiguieron a Jesús y le pidieron que les sanara por compasión. Roy Mansfield tuvo miles de personas orando por él.

No conozco la naturaleza o el grado de su aflicción física, pero sé que Dios no podrá responder a su oración si usted no ora. No se detenga y pida. Ore así: “Ten compasión de mí”. Dé a Dios la oportunidad de responder, y cuando Él lo haga, dele la gloria.

NOTAS

¹ Usado con permiso de Roy Mansfield, pastor de la iglesia Manhattan Bible Church, Nueva York, Nueva York.

SEÑOR, ENSEÑANOS A ORAR:

La oración de los discípulos

LUCAS 11:1

“Estoy demasiado ocupado”.

“Aunque intento ir más deprisa, me sigo quedando atrás”.

“Estoy haciendo todo lo que puedo, aunque no sé bien dónde me va a llevar todo esto”.

“Quiero preocuparme de las necesidades de los que me rodean, pero no tengo fuerzas”.

¿Alguna vez se ha sentido como cualquiera de las frases anteriores?
¿Desearía saber qué hacer?

En otro tiempo y en otro lugar, doce hombres cansados luchaban con muchas de estas corrosivas frustraciones. Estaban intentando desesperadamente seguir el ritmo de Jesús mientras éste intentaba satisfacer las arremetidas diarias de personas muy necesitadas y de situaciones que suponían un reto muy grande. Dilemas agobiantes y cargas asombrosas llegaban a Jesús a un paso de vértigo. Sin embargo, Él las atendía todas sin dudar con una paz, pose y poder sorprendentes. ¿Cuál era su secreto? ¿De dónde sacaba su increíble fuerza interior y su increíblemente encantadora sabiduría?

Tras una cuidadosa observación la respuesta se vio con claridad. Este Hombre tenía una vida de oración extraordinaria. S. D. Gordon ha resumido el papel central que jugaba la oración en la vida de Jesús:

¡Cuánto significaba la oración para Jesús! No sólo era su hábito regular, sino su recurso para cada emergencia, ya fuera esta ligera o seria. Cuando estaba confuso, oraba; cuando estaba presionado por el trabajo, oraba; cuando necesitaba comunión, la encontraba en la oración. Escogió a sus asociados y recibió sus mensajes de rodillas. Si era tentado, oraba; si le criticaban, oraba; si se sentía fatigado físicamente o desgastado espiritualmente, recurría a su hábito infalible de la oración. La oración le aportó un poder

desmesurado en el comienzo, y mantuvo el fluir sin romperse ni disminuir. No había emergencia, dificultad, necesidad, tentación que no sucumbiera a la oración de Jesús ... oraba tanto y tan a menudo que para Él llegó a ser como el respirar: algo involuntario.¹

Los discípulos, al notar la autoridad con la que Jesús hablaba, la compasión que mostraba a los quebrantados, y su milagroso poder, observaron que todo fluía de su vida de oración. Por eso, cuando tuvieron la oportunidad de pedirle cualquier cosa, hicieron esta petición: “Señor, enséñanos a orar”. El evangelio de Lucas registra este incidente.

Un día estaba Jesús orando en cierto lugar. Cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: —Señor, enséñanos a orar, así como Juan enseñó a sus discípulos.

LUCAS 11:1

De manera un tanto inocente e inadvertida, los discípulos se toparon con una de las oraciones más eficaces escritas en la Biblia: “Señor, enséñanos a orar”. Esta oración se podría considerar como el fundamento de donde se forman todas las demás peticiones.

La petición de los discípulos es muy significativa por varias razones. Primero, porque fue respondida. Segundo,

porque la respuesta cambió sus vidas. Tercero, porque podemos hacer hoy la misma oración.

Jesús no denegó, ignoró o retrasó su respuesta a la petición de ellos, sino que su respuesta afirmativa fue inmediata. Esto es porque “Enseñanos a orar” es una oración que a Dios le encanta contestar por varias razones. Primero, Dios se deleita en nuestras oraciones. Demasiadas veces suponemos erróneamente que Dios tolera nuestras oraciones cuando, en realidad, se alegra en ellas. De hecho, para Él son tan preciosas que las colecciona como hermosas copas de incienso que perfuman su trono (Apocalipsis 5:8). Como nuestras oraciones terminan en el cielo, son una de las pocas cosas que tienen una naturaleza eterna. (Las otras son Dios, la Palabra de Dios y el alma de los seres humanos.)

Dios también quiere enseñarnos a orar porque la oración es conversar con Dios, y a Él le encanta pasar tiempo con nosotros. A medida que las personas

se hacen mayores pueden obtener más conocimiento y sabiduría. Recuerdo cuando estaba con mi mentor, Elmer Towns, en su sesenta cumpleaños. Le pregunté qué era importante para él en esa edad, y sin dudarlo un momento me dijo: “Las relaciones; he aprendido que las relaciones son la parte más importante de la vida”. Dios ya sabe esto, y valora nuestras oraciones porque solidifican nuestra relación con Él y la de Él con nosotros.

Además, Dios está dispuesto a enseñarnos a orar porque tiene un corazón de Padre inmenso que nos ama y quiere suplir nuestras necesidades. La oración toca su corazón, y por tanto, es la clave para todo lo demás. Todo lo que necesitamos está a disposición de la oración. El pastor David Jeremías ha escrito: “Busqué por todo el Nuevo Testamento hace algún tiempo, para encontrar cosas que Dios hace en el ministerio que no están provocadas por la oración, ¿y sabe lo que descubrí? Nada. No me refiero a que me costara encontrar una cosa o dos: quiero decir que no encontré *nada*. Todo lo que Dios hace en la obra del ministerio lo hace a través de la oración. Considere lo siguiente:

- A través de la oración usted derrota al enemigo (Lucas 22:23; Santiago 4:7).
- A través de la oración usted hace que los perdidos se salven (Lucas 18:13).
- A través de la oración usted adquiere sabiduría (Santiago 1:5).
- A través de la oración el descarriado es restaurado (Santiago 5:16-20).
- A través de la oración los santos son fortalecidos (Judas 20; Mateo 26:41).
- A través de la oración se consiguen obreros para el campo misionero (Mateo 9:38).
- A través de la oración curamos al enfermo (Santiago 5:13-15).

- A través de la oración logramos lo imposible (Marcos 11:23-24).

... todo lo que Dios quiere hacer en su vida lo ha subyugado a una cosa: la oración”.²

Cuando los discípulos oraron diciendo: “Señor, enséñanos a orar”, Jesús respondió dándoles lo que se ha convertido en el patrón más popular de la oración que se haya usado jamás. A menudo conocida como el Padrenuestro, este ejemplo de oración contiene ideas sorprendentes y para todos los tiempos sobre los cómo y los porqués de la oración.

Él les dijo: —Cuando oren, digan: “Padre, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Danos cada día nuestro pan cotidiano. Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos ofenden. Y no nos metas en tentación”.

LUCAS 11:2-4

Esta oración es un pequeño tesoro maravilloso, simple, elocuente, robusto y rico. La mayoría de los estudiosos están de acuerdo en que ésta no es solamente una oración para hacerla de carrerilla, sino que es una oración que sirve como un mapa de carreteras para los tiempos de oración, proveyendo un bosquejo de los elementos clave de la oración. Este modelo de oración tiene seis puntos principales:

Adoración: “Padre, santificado sea tu nombre”.

Sumisión: “Venga tu reino”.

Petición: “Danos cada día nuestro pan cotidiano”. Confesión: “Perdónanos nuestros pecados”. Perdón: “Porque también nosotros perdonamos a todos los que nos ofenden”.

Protección: “Y no nos metas en tentación”.

Hace varios años establecí el hábito de dar un paseo de oración cada mañana usando esta oración como mi bosquejo. En el momento en que salgo por la puerta y comienzo a andar, empiezo: “Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre”. En ese momento entro en un tiempo de adoración, como “te alabo y te adoro hoy porque no hay nadie como Tú, Tú eres creativo y haces todas las cosas hermosas en tu tiempo, y eres

incomparablemente poderoso”, y continuó así. Muchos grandes guerreros de la oración han usado esta oración como su guía.

Observe cuidadosamente las palabras exactas de la petición de los discípulos. Dijeron: “Enséñanos *a* orar”. No dijeron: “Enséñanos *cómo* orar”. Reconocieron que la clave *para* orar se encuentra *en* ponerse a orar.

Los secretos más hondos y las mayores experiencias de oración no se pueden revelar en libros o en clases, sino que las experiencias más personales y poderosas surgen cuando nos ponemos de rodillas, en nuestro rincón de oración, ante el trono de Dios. Chester Toleson y Harold Koenig han escrito: “Realmente no necesitamos saber mucho sobre la oración o las técnicas de la oración. Lo que necesitamos es practicarla. Cuanto más oremos, más lo entenderemos y prosperaremos en ello”.³ El erudito bíblico Andrew Murray dijo: “Leer un libro sobre la oración, oír clases y hablar de ello es muy bueno, pero no le enseñará a orar. No conseguirá nada si no lo ejercita, si no lo practica”.⁴

Observe también que los discípulos no dijeron: “Enséñanos a predicar, a pastorear, a cantar, a servir, a hacer milagros o a testificar”. Dijeron: “Señor, enséñanos a *orar*”. Reconocieron la gran importancia de la oración. Como nos ha recordado Oswald Chambers: “La oración no nos prepara para las grandes obras; la oración es la gran obra”.⁵

¡Y los discípulos oraron! Cuando Jesús ascendió al cielo, inmediatamente acordaron una reunión de oración de diez días (Hechos 1:14, 24). Cuando nació la iglesia, transcribieron la oración en su ADN (Hechos 2:42). En medio de la persecución, se pusieron de rodillas a orar (Hechos 4:24-31). A medida que aumentó la responsabilidad administrativa, rehusaron estancarse en la tiranía de lo urgente y en su lugar volvieron a priorizar la oración como la tarea más importante (Hechos 6:4). Las decisiones difíciles se tomaban como resultado de la oración (Hechos 1:24, 6:6). Cuando se intensificó la oposición mortal, la oración también se intensificó (Hechos 12:5). Por encima de todo, si los discípulos eran algo, fueron hombres de oración.

De modo personal

“Señor, enséñanos a orar” es el fundamento sobre el que podemos construir nuestra vida de oración. Reconoce que Dios es el maestro y la oración es el curso. Una vez que empezamos a orar, podemos comenzar a experimentar también las riquezas de la oración. Y no se equivoque, aún quedan muchísimos tesoros esperándole en su lugar de oración.

Éxito, bendición, dirección, sueños cumplidos, perdón, sabiduría y milagros están disponibles. Hemos hablado de los tesoros de fuerza, liberación, una mayor influencia ministerial, ayuda para criar a sus hijos, misericordia, sanidad, fe y libertad de la cárcel del resentimiento a través de las páginas de este libro, y se experimentan en su lugar de oración. Aquí tiene algunas “ayudas de la oración” adicionales.

1. *Un momento del día para orar.* Intente establecer un tiempo fijo cada día para leer un capítulo de este libro y orar. Podría ser lo primero del día o lo último que haga por la noche, o incluso en su rato de comer.

2. *Una cantidad de tiempo para orar.* Cada día tiene 24 horas o 1440 minutos. Apartar 15, 20 ó 30 minutos al día para estudio y oración puede convertirse en una experiencia que cambie su vida.

3. *Un lugar para orar.* Jesús habló de un cuarto de oración. Su cuarto podría ser en su despacho, o en la mesa de la cocina, o en su cama, o podría dar una “caminata de oración”.

4. *Un amigo con el que orar.* Jesús prometió dar ideas y respuestas adicionales cuando dos o tres se pongan de acuerdo en oración (Mateo 18:19). Pídale a un amigo que lea este libro con usted. Véanse o hálense por teléfono o escríbanse por correo electrónico, y oren juntos las oraciones que vayan aprendiendo.

Un último consejo ... no espere más tiempo. Decida no posponer la oración ni un día más. De hecho, ¿por qué no comienza a hacer la oración de los discípulos, “Señor, enséñanos a orar”? Pase algún tiempo en oración pidiéndole a Dios que le ayude a hacer su parte para que pueda crecer lo más posible como una persona de oración.

NOTAS

¹ S. D. Gordon, *Quiet Talks On Prayer* (Grand Rapids, MI: Baker Book House, 1980), pp. 209, 233.

² David Jeremiah, *Prayer: The Great Adventure* (Sisters, OR: Multnomah Publishers, 1997), pp. 40–41.

³ Chester Toleson y Harold Koenig, *The Healing Power of Prayer* (Grand Rapids, MI: Baker Book House, 2003), p. 66.

⁴ Donald S. Whitney, citando a Andrew Murray, *Spiritual Disciplines for the Christian Life* (Colorado Springs, CO: NavPress, 1991), p. 66.

⁵ Oswald Chambers, *Prayer—A Holy Occupation* (Grand Rapids, MI: Discovery House, 1992), p. 7.

SEÑOR, AYÚDAME:
La oración de una madre desesperada
MATEO 15:25

Nadie en la tierra tiene el poder de romperle el corazón como su propio hijo. Verles sufrir o metidos en problemas es una experiencia que retuerce las tripas y conmueve el alma. Uno puede sentir el dolor, pues ellos tienen el poder de saltarte las lágrimas en un segundo. Cuando te hacen sentir orgulloso, el corazón se llena de un gozo incontenible, y cuando te decepcionan es como si un cuchillo se te clavara en lo más hondo del corazón. Cuando les tratan injustamente, la indignación santa es mayor que su sentido común, y cuando alguien les hiere, usted haría cualquier cosa para cambiarse por ellos si pudiera.

Mientras escribo esto, tengo tres hijos en la secundaria. Desde hospitales, hasta ceremonias de entrega de premios, la plataforma de la iglesia, el departamento de policía, el baile de gala de fin de curso y sí, también la sala de urgencias, Cathy y yo hemos subido en la montaña rusa emocional que supone la crianza de los hijos. Hemos llorado, reído, orado, nos hemos preocupado, hemos perdido el sueño y hemos hecho más sacrificios como padres que en cualquier otra función de nuestras vidas.

Entre las muchas oraciones que hago como padre están las de “dame sabiduría”, “que hoy me vaya bien” y “fortalece mis manos”. Le he pedido a Dios que proteja a mis hijos, les bendiga, les haga crecer y les use, pero como padres a veces la necesidad es mayor que nuestros recursos.

En Mateo 15 encontramos una oración muy especial que es el llanto de una madre desesperada. Mientras Jesús descansaba de su cargado programa de actividades en una región no judía al este del mar Mediterráneo, se encontró con una mamá desesperada.

Una mujer cananea de las inmediaciones salió a su encuentro, gritando: —¡Señor, Hijo de David, ten compasión de mí! Mi hija sufre terriblemente por estar endemoniada.

MATEO 15:22

Hay mucho que realmente no entendemos del todo sobre los endemoniados. Sabemos que tiene resultados físicos y feos, y expresiones emocionales; reconocemos que las personas poseídas por el diablo tienen un dolor extremo; vemos que aunque las medicinas humanas pueden aliviar los síntomas, son inefectivas para producir curas duraderas. Podemos apreciar el reto que afronta hoy la psicología moderna al tratar de entender, explicar o tratar adecuadamente esta maldición.

Pero sobre todo, podemos afirmar con fiabilidad que para esta madre era agobiante ver a su hija experimentar tal angustia en el alma. Pero cuando esta madre clamó a Jesús implorando compasión, Él no respondió.

Jesús no le respondió palabra.

MATEO 15:23

Como seguidor de Jesús, me resulta difícil entender los silencios inexplicables de Dios, y seguro que usted sabe de qué estoy hablando. Quizá tenía una necesidad imperiosa, acudió a la fuente correcta para buscar ayuda, pidió compasión, pero la única respuesta que recibió fue el silencio atronador de Dios. La mayoría de la gente tira la toalla cuando esto ocurre.

Esta mujer, cananea, estaba acostumbrada a la falta de respuesta de sus dioses; por tanto, no era algo nuevo para ella. Podía haber tachado a Jesús fácilmente de despreocupado o impotente.

Pero no lo hizo.

Así que sus discípulos se acercaron a él y le rogaron: —Despídela, porque viene detrás de nosotros gritando.

MATEO 15:23

Sin embargo, ella seguía acosándoles para que la ayudasen, seguía buscando alivio, pues su dolor era más grande que su orgullo. Ante su insistencia, Jesús respondió.

—No fui enviado sino a las ovejas perdidas del pueblo de Israel— contestó Jesús.

MATEO 15:24

¡Muchas gracias! Ni siquiera le habló directamente a ella. Este comentario

se lo hizo a sus discípulos, y no era lo que ella quería oír.

La mujer sabía que no tenía el derecho de pedirle a un hombre judío que la ayudara; sabía que no tenía ninguna base para esperar que Él respondiera, pero había oído que Él era poderoso y compasivo. Y ella estaba desesperada, así que volvió a insistir.

*La mujer se acercó y, arrodillándose delante de él, le suplicó:—
¡Señor, ayúdame!*

MATEO 15:25

Señor, ayúdame.

¡Qué oración tan simple! “Señor, ayúdame”. ¡Qué oración tan poderosa!

Con toda su fe, todas sus emociones, y todo su amor por su hija, oró. El peso de su necesidad, cada gramo de su dolor, y la totalidad de su desesperación fueron personificadas en estas dos palabras: “Señor, ayúdame”.

¿Qué dice usted cuando no tiene nada más que decir? ¿Qué palabras pueden expresar mejor la carga de un padre o una madre con el corazón partido? “Señor, ayúdame”.

¿Cuál es su punto de dolor en este día? ¿Qué ocurre con esa situación de su hijo que le supera? ¿Qué carga está totalmente fuera de su control? ¿Dónde necesita ayuda?

“Señor, ayúdame”. Diga estas palabras lentamente. Vea el alma sufriendo de su hijo amado, vea sus propias manos vacías, vea al Salvador que todo lo puede. Póstrase ante Él y abra su corazón.

Jesús fue movido a actuar en su favor.

Él le respondió:—No está bien quitarles el pan a los hijos y echárselo a los perros. —Sí, Señor; pero hasta los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus amos. —¡Mujer, qué grande es tu fe! —contestó Jesús—. Que se cumpla lo que quieres. Y desde ese mismo momento quedó sana su hija.

MATEO 15:26-28

Vuelva a leer el versículo 28. Primero Jesús alaba su fe. Luego promete que su petición será cumplida. Su pequeña oración produjo una respuesta grande, y su hija fue sanada.

De modo personal

¿Qué podemos aprender de esta mamá desesperada?

La oración necesita toda la fe que tenemos.

Jesús dijo: “¡Mujer, qué grande es tu fe!”. Otra mirada a este pasaje nos da algunas ideas sobre el tipo de fe que ella mostró. Para ser cananea, no judía y sin ser aún seguidora de Jesús, tuvo una gran fe. Su fe era grande para la poca cantidad de conocimiento y luz que había recibido. Ella no había tenido el privilegio de crecer oyendo sobre el poderoso amor del Dios de la Biblia. Esa era una nueva aventura para ella. Tuvo que dejar sus deidades paganas para creer que Jesús la ayudaría. Se encontraba fuera de su zona de comodidad, y acudir a Jesús, pedirle insistentemente y no tirar la toalla hasta que recibió la ayuda, requirió toda la fe que tenía.

1. *La oración necesita una fe que renuncie a abandonar.* No entendemos del todo los caminos de Dios. No sabemos que, a veces, Dios retiene respuestas para permitir que nuestra fe florezca del todo. Esta madre desesperada no abandonó, incluso cuando inicialmente no obtuvo respuesta. No dejó de pedir hasta que los discípulos le pidieron de nuevo a Jesús que hiciera algo. Siguió pidiendo incluso cuando Jesús le dijo “No”. Su amor por su hija y su confianza en la capacidad de Jesús para sanar no la dejaron abandonar.

2. *La oración necesita una fe que sea humildemente dependiente.* Su fe era grande porque no estaba basada en su sentido de la dignidad, sino en su convicción de que Jesús finalmente responderá a los que tienen necesidad. Si un amo le daba migajas a los perros, seguro que Jesús respondería la oración de una cananea.

3. *La oración funciona.*

—¡Mujer, qué grande es tu fe! —contestó Jesús—. Que se cumpla lo que quieres. Y desde ese mismo momento quedó sana su hija.

MATEO 15:28

Su oración funcionó. Dios escuchó su corazón, vio su fe persistente, honró su humilde dependencia, y tocó a su hija. Me imagino el gozo que explotó en

el corazón de ella. Apuesto a que se fue de regreso a su casa bailando. Probablemente tuviera una gran sonrisa en su rostro que le duró varios años.

Es maravilloso cuando Dios responde a las oraciones de padres desesperados; y todos los padres se desesperan en algún momento. Entre muchas preocupaciones dolorosas, nos preguntamos si estarán bien de salud, con quién irán, qué universidad elegirán o cuál les admitirá y que carrera harán.

La desesperación nos supera cuando los hijos comienzan a ir por el camino del hijo pródigo. Uno de mis buenos amigos, que también es un líder de alabanza fantástico. Andy Bullard, es el hijo de un querido pastor y su esposa. En la universidad, Andy pasó por un periodo de su vida como la del hijo pródigo. Esta es la historia de cómo el amor y la oración de su padre le ayudaron a darse cuenta de que vivir para Dios es la única alternativa.

Crecí en el hogar de un pastor. Mis padres amaban a Dios con todo su corazón, ¡y como padres eran magníficos! Durante los últimos dos años de la secundaria y los primeros dos años de la universidad, caí poco a poco en un mal estilo de vida, ignorando la convicción que el Espíritu Santo ponía en mi corazón. Decidí involucrarme a gran escala en una vida de alcohol y fiestas.

Una noche solitaria, cuando tenía veinte años, estuve bebiendo y de fiesta. Alguien vino y me dijo que mi padre estaba afuera. Eran cerca de las 2:00 de la madrugada, así que inmediatamente sentí un gran bulto en mi garganta y salí. Avergonzado, me acerqué a mi padre, quien de manera calmada me miró y me dijo: “Hijo, el Espíritu Santo me despertó hace un rato y sentí que me decía que saliera a dar una vuelta. Me dijo: ‘Tu hijo está en problemas y te necesita’. Así es como te encontré aquí. Andy, creo que Dios tiene un plan y un diseño para tu vida y quiere usarte para su gloria, pero si sigues viviendo así vas a tirarlo todo por la borda. Te amo, te veré en casa”.

Ese mismo fin de semana me postré delante de Dios, llorando y arrepintiéndome por la manera en que había estado viviendo. Me sentí muy sucio por dentro y decidí, desde ese momento, que reconocería la grandeza de Dios. Le temía y dejé que Él cambiara mi vida. Por la gloria de Dios, no he vuelto a vivir de esa manera

*desde entonces. Sé que Dios usó a mi padre y a mi madre y sus oraciones, amor y mansa reprobación para atraerme de nuevo al Señor. ¡Estoy muy agradecido por tener unos padres tan honestos, amorosos y que oran!*¹

Recientemente hablé en una conferencia de entrenamiento de misioneros, y tuve un tiempo excelente de comunión con estos siervos pioneros de Dios. Una mamá que me había oído hablar en años anteriores, me detuvo después de mi segundo día de enseñanza. El año anterior, me había contado la difícil transición que sus hijos estaban experimentando al regresar a los Estados Unidos del campo misionero.

Después dijo: “La primera vez que le oí hablar, sentimos la convicción de ayunar y orar por nuestros hijos una vez a la semana, pero no lo hicimos. Ese año fue un año frustrante para ellos. Al año siguiente hicimos el compromiso de ayunar y orar por ellos un día a la semana. Mi marido y yo orábamos juntos durante el tiempo de la comida. No fue fácil”, dijo ella, haciendo una pausa, con lágrimas brotando de sus ojos, “pero marcó la diferencia”.

Dios ama a nuestros hijos porque Él es su Padre, y quiere darnos toda la ayuda que pueda para educarles.

Mientras escribo esto, mis tres hijos adolescentes están todos en la secundaria al mismo tiempo. Ninguno es tímido ni son los feos del baile. Parece que todos tienen el don de saber comportarse en situaciones complejas. Como hijos de pastores y cristianos de segunda o tercera generación, les cuesta encontrar su propia relación con Dios. Como jóvenes que son no están inmunes a la tentación, las pruebas o los problemas. Educar a tres adolescentes, aunque a menudo es muy divertido, también es un reto. La crianza de los hijos “no es pan comido”, y casi todos los días hago la oración de la mujer desesperada: “Señor, ayúdame”.

Si usted es padre o madre, probablemente se haya identificado con este capítulo en varias ocasiones. Aprenda a hacer la oración que la madre desesperada hizo por su hija: “Señor, ayúdame”. Si aún no tiene hijos, comience ahora a orar por los hijos que quizá tenga en el futuro. Pídale a Dios que le ayude, u ore por sus sobrinos y sobrinas. Pídale a Dios que les ayude a ellos y a sus padres.

Si ya se le pasó la época de tener hijos, no se preocupe. Ore por Cathy y por mí, y por nuestros tres hijos. Necesitamos todas las oraciones que podamos

conseguir.

NOTAS

¹ Usado con permiso de Andy Bullard.

AUMENTA NUESTRA FE: *La oración de los discípulos* **LUCAS 17:5**

Aprecio mucho a los discípulos. Su sincera humanidad brilla una y otra vez. Repetidamente terminan con huevos en la cara o hablando de más. Temor, duda, ignorancia, confusión, arrogancia y terquedad: mostraron todo esto y mucho más. Leer acerca de ellos en los Evangelios siempre me aporta esperanza. Si ellos pudieron ser discípulos, entonces yo también tengo la oportunidad de serlo.

Un día Jesús les estaba hablando de la necesidad de perdonar repetidamente a los pecadores que se arrepienten. Los discípulos regresaron con una respuesta sincera pero cómica a la vez. Léalo usted mismo.

Así que, ¡cuídense! Si tu hermano peca, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo. Aun si peca contra ti siete veces en un día, y siete veces regresa a decirte “Me arrepiento”, perdónalo. Entonces los apóstoles le dijeron al Señor: —¡Aumenta nuestra fe!

LUCAS 17:3-5

¿Acaso no le encanta? Jesús les dijo que perdonaran siete veces al día si era necesario. Sólo pensar en un “perdón tan radical” les pareció algo tan imposible que tan sólo pudieron decir “Aumenta nuestra fe”.

De forma un tanto inocente e inadvertida, los discípulos de nuevo hicieron una de las oraciones más eficaces escritas en la Biblia: “Aumenta nuestra fe”. No podían haber hecho una oración mejor.

La Biblia señala persistentemente la valiosísima personalidad de la fe. La fe es retratada como el requisito para agradar a Dios (Hebreos 11:6). Ha de ser algo esencial en nuestras vidas (Romanos 1:17; Gálatas 3:11; Hebreos 10:38). Es el medio de salvación para vida eterna (Juan 3:16; Hechos 16:31). La fe es la actividad que lleva a un estatus correcto ante Dios (Gálatas 2:16) y a un corazón puro con Dios (Hechos 15:9). La fe nos ayuda a caminar en la luz (Juan 12:36, 46) y a experimentar la vida espiritual (Juan 20:31). Es la victoria que vence al mundo (1 Juan 5:4).

Jesús ejemplificó y trató continuamente la capacidad de la fe en Dios para lograr cosas increíbles. Los discípulos le oyeron felicitar al centurión por su gran fe y luego sanar a su siervo sin tan siquiera verle en persona (Mateo 8:5-13). Vieron a Jesús sanar a un paralítico debido a la fe de sus amigos (Mateo 9:2). Presenciaron el momento en que sanó a una mujer que tuvo la fe de tocar el borde de su manto (Mateo 9:23), a unos ciegos que tuvieron fe para pedirle compasión (Mateo 9:29) y a una niña endemoniada gracias a la fe insistente de su madre (Mateo 15:28).

Oyeron a Jesús decir que la fe tiene el poder de mover montañas y de desarraigar árboles (Lucas 17:6; Mateo 17:18-21; Marcos 11:22-24). Él también dijo que todo es posible para el que tiene fe (Marcos 9:23). Más adelante, les dijo que la fe era clave para la oración respondida (Marcos 11:24). Él demostró el potencial de la fe de sanar enfermedades, echar fuera demonios y liberar el poder para hacer milagros (Mateo 8:2-3, 8, 13; 9:20-22; Marcos 9:21-26).

Lo único por lo que Jesús reprendió repetidamente a sus discípulos y les advirtió sobre ello fue el hecho de tener poca fe (Mateo 6:30; 8:26; 14:31; 16:8; 17:20; Lucas 12:28). Los discípulos se acobardaron en la barca cuando se levantó la tormenta porque les faltó fe (Mateo 8:23-28). Tras caminar sobre el agua con éxito, Pedro se hundió cuando perdió su fe (Mateo 14:22-33). Los discípulos eran incapaces de entender las verdades espirituales cuando les faltaba la fe (Mateo 16:5-12). De igual modo, no pudieron echar fuera un demonio (Mateo 17:14-21).

Parece como si la lección principal que Jesús quería que ellos aprendieran de su ministerio era a confiar en Dios. Y finalmente lo entendieron. Tras varios incidentes de temor y fracaso, se dieron cuenta de que lo que necesitaban era fe, y mucha; así que cuando Jesús de nuevo desafió su nivel de espiritualidad pidiéndoles que perdonaran de forma radical, la bombilla se encendió. Por fin se dieron cuenta y ofrecieron una oración corta, dulce y poderosa.

Aumenta nuestra fe.

Una primera lectura del resto del capítulo podría llevarle a creer que Jesús hizo caso omiso de su petición, pero no fue así. La respuesta a su oración no está en el resto del capítulo, ni tan siquiera en el Evangelio de Lucas. Para ver cómo respondió Jesús, tiene que leer el libro de Hechos, la segunda parte del Evangelio de Lucas. Es un libro que bien se podría titular: “Los hechos del Espíritu Santo a través de los apóstoles”.

La gran fe de los discípulos se ve en cada página de la primera parte del libro de Hechos. Aunque no siempre se usa la palabra *fe*, el concepto queda demostrado a través de cada historia descrita.

En el capítulo uno, la fe de los discípulos había crecido lo suficiente como para provocar el derramamiento del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, trayendo consigo el nacimiento de la iglesia. En el capítulo dos, la fe valiente de Pedro fue evidente cuando, el que antes fue cobarde, se levantó ante miles y proclamó con confianza la resurrección de Jesús. ¡Su fe valiente llevó a la conversión de tres mil personas!

En el capítulo tres, la fuerte fe de Pedro y de Juan llevó a la sanidad milagrosa del hombre cojo. Pedro lo explicó de esta manera:

Por la fe en el nombre de Jesús, él ha restablecido a este hombre a quien ustedes ven y conocen. Esta fe que viene por medio de Jesús lo ha sanado por completo, como les consta a ustedes.

HECHOS 3:16

Después, la fe estimuló a Pedro a predicar a otra multitud enorme sobre la crucifixión y resurrección de Jesús.

El capítulo cuatro muestra a Pedro y a Juan siendo arrestados por su valiente predicación. Por la fe, proclamaron sin temor la resurrección de Cristo en medio de la firme oposición y rehusaron guardar silencio. Tras su liberación, los demás discípulos se unieron a ellos en una oración saturada de fe pidiendo más valentía en medio de la gran persecución, y no ser librados de ella.

El capítulo cinco es el relato dramático de Ananías y Safira, los cuales fueron expuestos por Pedro por mentir al Espíritu Santo y las consecuencias

de tal acto. También muestra la fe poderosa de los apóstoles al hacer muchas señales y prodigios, e incluso ser encarcelados por su testimonio cristiano. Después fueron puestos en libertad por un ángel y salieron caminando, para que más tarde los volvieran a llevar ante las autoridades. Su fe atrevida les llevó a ser golpeados pero también sacudió a los líderes judíos hasta el punto de que les dejaron ir.

El capítulo seis comienza con la fe que produce sabiduría cuando vemos a los discípulos desarrollando un plan y seleccionando a las personas para lograr una pesadilla logística. Seleccionaron a sus ayudantes de ministerio en base a su fe (Hechos 6:5). El capítulo seis y siete nos cuentan cómo uno de sus discípulos, Esteban, un hombre “lleno de la gracia y del poder de Dios” (Hechos 6:8), había sido desafiado grandemente por la fe contagiosa de los apóstoles a predicar a Jesús con tanta valentía que incluso lo mataron, convirtiéndose en el primer mártir cristiano.

A medida que las llamas de la feroz persecución se inflamaron, la fe de los discípulos se hizo más evidente en las vidas de *sus* discípulos. El capítulo ocho cuenta cómo comenzaron a esparcir el evangelio fuera de Jerusalén hasta Samaria y más lejos aún. Tanto un mago muy influyente como un eunuco etíope abrazaron la fe salvadora a través del testimonio de ellos.

En el capítulo diez, el evangelio cruzó las divisiones raciales y étnicas para alcanzar a los gentiles. El instrumento fue Pedro, el hombre cuya fe había fallado la noche en que Jesús fue arrestado.

En el capítulo doce, la fe de la iglesia primitiva es probada de forma severa. Santiago, el hermano de Juan, fue arrestado y ejecutado. Herodes, sintiendo una bonanza en las relaciones públicas, arrestó a Pedro y le puso al cuidado de dieciséis hombres que lo vigilaban de cuatro en cuatro, en turnos de cuatro horas. Durante ese tiempo estaba encadenado entre dos de los soldados mientras los otros guardaban la puerta.

La iglesia cambió sus problemas por oraciones y afrontó las batallas de rodillas. Dios escuchó y envió un ángel, que apareció de repente al lado de Pedro. Inmediatamente las cadenas se cayeron de sus muñecas. Sin darse cuenta, Pedro salió caminando por delante de los guardas hasta llegar a la puerta de salida y al exterior; era libre. Pedro fue a buscar a sus amigos, ¡y terminó siendo el invitado sorpresa a su propia reunión de oración!

Los discípulos oraron: “Señor, aumenta nuestra fe”, y Dios lo hizo. Esos hombres, que habían sido culpables de tener poca fe, terminaron como

hombres de fe extraordinaria. Tuvieron fe suficiente para lanzar la iglesia en menos de dos meses después de ver cómo Jesús era brutalmente ejecutado en Jerusalén. Tuvieron fe suficiente para seguir predicando en medio de una fulminante persecución. Todos experimentarían torturas y unas muertes horribles.

La historia de la iglesia es rica a la hora de describir el martirio de los fundadores de la iglesia. El historiador de la iglesia Gottlieb Schumacher investigó las vidas de los apóstoles. Descubrió que Mateo sufrió martirio en Etiopía, fue muerto a filo de espada. Juan sufrió el martirio al ser quemado en un recipiente enorme de aceite hirviendo durante una ola de persecución en Roma. Milagrosamente librado de la muerte, fue sentenciado a las minas de la prisión en la isla de Patmos.

Pedro fue crucificado boca abajo en una cruz en forma de X porque les dijo a sus verdugos que no era digno de morir igual que lo había hecho Jesucristo. Santiago el justo, el líder de la iglesia en Jerusalén, fue arrojado desde el pináculo sureste del templo, desde una altura de treinta y cinco metros, cuando rehusó negar su fe en Cristo. Cuando descubrieron que sobrevivió a la caída, sus enemigos lo golpearon hasta matarlo con un palo.

Santiago el mayor, hijo de Zebedeo, fue decapitado en Jerusalén. El oficial romano que custodiaba a Santiago observó asombrado cómo Santiago defendió su fe en su juicio. Después, el oficial caminó junto a Santiago hasta el lugar de su ejecución. Superado por la convicción, declaró su nueva fe ante el juez y se arrodilló junto a Santiago para aceptar el ser decapitado como cristiano.

Bartolomé, también conocido como Natanael, fue misionero en Asia. Dio testimonio de nuestro Señor en la actual Turquía. Bartolomé fue martirizado por su predicación en Armenia cuando fue despellejado hasta morir con un látigo.

Andrés fue crucificado en una cruz en forma de X en Patras, Grecia. Tras ser flagelado severamente por siete soldados, ataron su cuerpo a la cruz con cuerdas para prolongar su agonía. Sus seguidores dijeron que cuando iba siendo guiado hacia la cruz, Andrés la saludó con estas palabras: “He deseado y esperado desde hace mucho este feliz momento. La cruz ha sido consagrada por el cuerpo de Cristo al colgar en ella”. Siguió predicando a sus verdugos durante dos días hasta que expiró.

El apóstol Tomás fue atravesado con una lanza en India durante uno de sus

viajes misioneros para establecer la iglesia en el subcontinente. Matías, el apóstol escogido para reemplazar a Judas Iscariote el traidor, fue apedreado y luego decapitado.¹

De modo personal

1. *Las grandes peticiones puede que tarden un rato en ser contestadas del todo.* Después de pedirle a Jesús que aumentara su fe, los discípulos no tuvieron una fe inmensa inmediatamente después. Tenían miedo de proclamar a Cristo. Pedro negó a Jesús, Tomás dudó, y salvo Juan, los otros le abandonaron. Su fe no se desarrolló hasta después de la resurrección. Aunque Dios puede darnos grandes respuestas de forma instantánea, puede que seamos nosotros los que no estemos listos para recibirlas. Después de que los discípulos pidieran que aumentara su fe, tuvieron que crecer a través de experiencias que desarrollaron su carácter. Dios siempre es fiable y veraz, pero tenemos que crecer hasta llegar a ser el tipo de personas que puede confiar plenamente en Él.

2. *Somos la clave para la respuesta de algunas de nuestras oraciones.* La fe es una decisión. Dios puede proporcionar las razones para creer, pero creer, a fin de cuentas, es decisión nuestra.

3. *Dios se deleita en la fe y está dispuesto a responder cuando le pedimos más.* De todas las cosas que podemos pedir, la fe es una de las que Dios siempre está listo para dar. ¿Por qué no pedir?

NOTAS

¹ Grant R. Jeffrey, *The Signature of God* (Toronto, Canada: Frontier Research Publications, Inc., 1996), pp. 254–57.

Observe que los detalles de los martirios de los discípulos y apóstoles se encuentran en fuentes tradicionales de la iglesia primitiva. Estas tradiciones se contaron en los escritos de los padres de la iglesia y la primera historia oficial de la iglesia que escribió el historiador Eusebio en el año 325 d.C. Aunque en este momento no podemos verificar cada detalle históricamente, la creencia universal de los escritores primitivos cristianos fue que cada uno de los apóstoles sufrió fielmente el martirio sin negar su fe en la resurrección de Jesucristo.

OH DIOS, TEN COMPASIÓN DE MÍ, QUE SOY PECADOR: *La oración del recaudador de impuestos* LUCAS 18:13

¿Cómo sabe usted si Dios realmente está oyendo sus oraciones? ¿Cómo puede estar seguro de que su petición es el tipo de petición que a Dios le gusta responder? ¿Qué tipo de conducta le impresiona a Dios?

Jesús quería ayudarnos a entender las respuestas a estas preguntas. Como mejor maestro del mundo, Él relató una historia de dos hombres que respondieron a estas preguntas, y más.

A algunos que, confiando en sí mismos, se creían justos y que despreciaban a los demás, Jesús les contó esta parábola: «Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo, y el otro, recaudador de impuestos. El fariseo se puso a orar consigo mismo: “Oh Dios, te doy gracias porque no soy como otros hombres — ladrones, malhechores, adúlteros— ni mucho menos como ese recaudador de impuestos. Ayuno dos veces a la semana y doy la décima parte de todo lo que recibo.” En cambio, el recaudador de impuestos, que se había quedado a cierta distancia, ni siquiera se atrevía a alzar la vista al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: “¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!”». Les digo que éste, y no aquél, volvió a su casa justificado ante Dios. Pues todo el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

LUCAS 18:9-14

Esta breve parábola contiene una oración diminuta que produjo una respuesta dinámica. Pero antes de poder apreciar totalmente la oración, tenemos que entender el contexto.

1. *La audiencia.* Jesús, en presencia de sus discípulos, se estaba dirigiendo específicamente a algunos que “se creían justos y que despreciaban a los demás”. Probablemente se trataba de los fariseos, ya que uno de los dos

personajes de la historia era un fariseo. Los fariseos, una secta judía, cumplían estrictamente la ley de Moisés del Antiguo Testamento. Les encantaba lo externo, los detalles de la ley y, cuando no era suficientemente específica, ellos añadían sus propias tradiciones: cientos de ellas. Desgraciadamente, estos cumplidores de la ley extra celosos valoraban el hecho de cumplir sus reglas externamente por encima de todo. Como grupo, debido a que se habían vuelto personas excesivamente farisaicas, menospreciaban a cualquiera que no formase parte de su secta.

2. *El escenario.* Los dos hombres de los que habló Jesús en esta breve historia tenían una similitud y muchas diferencias. Su similitud era que ambos “iban al templo a orar”. Para un judío que vivía en los tiempos de Jesús, el templo era el lugar principal de oración. Cuando Salomón dedicó el primer templo, su oración fue que los ojos de Dios estuvieran abiertos en el templo día y noche. Iba a ser el lugar donde Dios oiría las oraciones y perdonaría (ver 2 Crónicas 6:20-21).

Los judíos siguen considerando el templo de Jerusalén como el lugar supremo de oración. Hoy día, en la Jerusalén moderna, se puede ver a judíos reunidos en el muro occidental de lo que queda del templo de Salomón. Este lugar sagrado se conoce comúnmente como el muro de las lamentaciones,

y se cree que es la pared trasera del Lugar Santísimo en el monte del templo. Tres veces al día, durante miles de años, las oraciones de los judíos de todo el mundo han sido dirigidas hacia el muro occidental.

La tradición mística judía enseña que todas las oraciones del mundo ascienden al muro occidental, y desde ahí al cielo. El Talmud dice: “Si alguien está orando fuera de la tierra de Israel, debería dirigir su corazón en dirección a Israel. Si la persona está orando en Israel, debería dirigir su corazón hacia Jerusalén. Los que están en Jerusalén deberían dirigir su corazón hacia el templo”.¹

3. *Los personajes principales.* En la historia de Jesús, un hombre era un fariseo y el otro un recaudador de impuestos. Jesús, sin duda, usó estos dos tipos de hombres porque representaban los extremos de la cultura. Los fariseos representaban la rectitud superficial, el ala externamente moral, legalista, autosuficiente y extrema del judaísmo. El recaudador de impuestos representaba a los malos de la película.

Debido a que Israel estaba bajo ocupación romana, los judíos estaban

cargados con el pago de los tributos, que era muy alto. Los recaudadores de impuestos eran judíos que recaudaban los impuestos de sus hermanos y hermanas judíos para los romanos. Eso les hizo ser traidores a ojos de su propio pueblo. Para empeorar aún más las cosas, a menudo se les hallaba culpables de extorsión, así como de asociarse con prostitutas y otros “desechos de la sociedad”.

¡Le va a encantar!

4. *La oración ineficaz del fariseo.*

El fariseo se puso a orar consigo mismo: “Oh Dios, te doy gracias porque no soy como otros hombres —ladrones, malhechores, adúlteros— ni mucho menos como ese recaudador de impuestos. Ayuno dos veces a la semana y doy la décima parte de todo lo que recibo.”

LUCAS 18:11-12

Los buenos cuentacuentos siguen este axioma: “Enseña pero no digas”. Hábilmente, Jesús nos enseña cinco razones por las que Dios rehusó responder la oración del fariseo.

Él oró desde una posición de autopromoción. Cuando oró, “se puso en pie”. Era costumbre que los hombres se levantaran cuando oraban en el templo, pero este fariseo se estaba levantando con una actitud. Un estudio profundo del lenguaje revela que se levantó ostentosamente. La postura de la oración dice mucho sobre la naturaleza de la oración y del que ora. Los hombres orgullosos se levantan para ser vistos, especialmente cuando oran. La oración del fariseo fue pretenciosa y ostentosa; y Dios no se dejó impresionar.

El fariseo era egocéntrico. “Oró *consigo* mismo” [las cursivas son mías]. Esta versión de la Biblia dice que “oró consigo mismo”. Una versión inglesa dice que “oró para sí mismo”. Su oración no salió de él mismo. Era para él mismo, consigo mismo y sobre él mismo. Las personas egocéntricas enfocan sus conversaciones y oraciones en ellos mismos. El corazón de Dios es totalmente desinteresado.

El fariseo se creía justo. Oró así: “Oh Dios, te doy gracias porque no soy como otros hombres —ladrones, malhechores, adúlteros— ni mucho menos como ese recaudador de impuestos”. Le está diciendo a Dios todas las cosas malas que él no podía hacer por ser demasiado bueno. Este fariseo se veía a sí

mismo demasiado justo como para robar, hacer mal o cometer adulterio. Se veía como por encima de ese vil comportamiento. A las personas que se creen justas les encanta señalar y criticar las faltas de otros. Dios no necesita nuestra ayuda para ver los defectos de los demás.

El fariseo estaba absorto consigo mismo. Oraba: “Ayuno dos veces a la semana y doy la décima parte de todo lo que recibo”. No sólo le dijo a Dios lo que no hacía, sino también lo que hacía para separarle de los hombres pecadores ordinarios. Este hombre encaja en la descripción de los oyentes de Jesús, los que “se creían justos y que despreciaban a los demás” (versículo 9). A los hombres absortos en sí mismos les gusta hablar de todas las cosas buenas que hacen. No podemos impresionar a Dios con nuestras obras de justicia.

El rabino Simeón, el hijo de Jochai, ejemplificó este tipo de orgullo:

*Si hubiera sólo treinta personas justas en el mundo, mi hijo y yo seríamos dos de ellas; pero si hubiera sólo veinte, mi hijo y yo seríamos dos de ellas; y si hubiera sólo diez, mi hijo y yo seríamos dos de ellas; y si hubiera sólo cinco, mi hijo y yo seríamos dos de ellas; y si hubiera sólo dos, mi hijo y yo seríamos esas dos personas; y si hubiera sólo una, esa persona sería yo.*²

La oración suele revelar muy bien lo que hay en el corazón. El fariseo tenía un corazón orgulloso, egocéntrico, se creía justo y absorto en sí mismo. Pero la causa principal de su ineficacia en la oración era su *autosuficiencia*. No sentía la necesidad de pedirle nada a Dios. Lo tenía todo, y bajo control. El mayor problema con la religión legalista es que rápidamente divaga hasta el punto en el que Dios ya no es necesario. Para el fariseo, la oración se había convertido en poco más que una oportunidad para hacer alarde. 5. *La oración eficaz del recaudador de impuestos.*

En cambio, el recaudador de impuestos, que se había quedado a cierta distancia, ni siquiera se atrevía a alzar la vista al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: “¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!”.

LUCAS 18:13

Jesús comenzó con las palabras “en cambio”, queriendo decir que, en todo, el recaudador de impuestos era lo opuesto al fariseo. Como resultado, la

oración del recaudador de impuestos fue muy eficaz. Hay varias razones por las que su oración tuvo éxito.

En primer lugar, el recaudador de impuestos no tenía ninguna pretensión. Se quedó a cierta distancia. No se consideraba digno de sentarse adelante en el templo. En lugar de estar donde se le pudiera ver fácilmente, era totalmente modesto.

El recaudador de impuestos también fue humilde. En vez de mirar fija y confiadamente al cielo, oró con la cabeza inclinada. Las personas modestas inclinan su cabeza por respeto a los que consideran superiores.

Además, no juzgó ni condenó. No le dijo a Dios que él era mejor que otros; en lugar de mirar la paja en el ojo ajeno, su visión estaba nublada con la viga de su propio ojo.

En vez de pregonar su propia justicia, simplemente se llamaba pecador. El recaudador de impuestos sabía que no podía intentar engañar a Dios o negar lo obvio. Sabía lo que él era: un pecador. A diferencia del fariseo, era dependiente. No pensaba que lo tenía todo o que podía manejarlo. Sabía que era insuficiente, conocía su necesidad y quién podía suplirla. Así que le pidió a Dios que le supliera.

Cuando alguien se acerca a Dios con la actitud humilde, dependiente y sin pretensiones del recaudador de impuestos, su corazón está sintonizado con las necesidades reales y las direcciones correctas. La oración del recaudador de impuestos estaba bien orientada. No sólo pidió *algo*, sino que pidió *lo correcto*.

Dios quiere responder nuestras oraciones, pero a menudo pedimos las cosas erróneas. Oramos por las cosas no esenciales y nos perdemos las necesidades reales del corazón. Este recaudador de impuestos acertó con su petición, al igual que le sucedió a Salomón cuando pidió sabiduría, y a los discípulos cuando querían que se les enseñara a orar. El recaudador de impuestos le pidió a Dios misericordia. Ofreció una de las oraciones más eficaces que encontramos en la Biblia.

Ten compasión de mí, que soy pecador.

Nuestra relación con Dios está cimentada sobre la compasión de Dios. Como atestiguó Isaías, Dios es totalmente santo, sin pecado de ningún tipo. Su nivel de santidad es tan intenso que los serafines literalmente arden en la llama brillante de su santidad.

Nosotros no somos santos de ninguna manera, sino pecadores por naturaleza y obra, actitud y hecho. La paga del pecado es muerte, y merecemos un severo castigo por nuestro continuo pecado. Lo máximo que logra nuestra justicia es un destierro total y eterno de la presencia de Dios y de la bendición de cualquier tipo.

Sí, Dios es compasivo. Él puede quitar legalmente nuestro castigo porque su compasión llevó a Jesús a morir en la cruz en nuestro lugar. El Padre puede perdonarnos porque rehusó perdonar a Jesús. Jesús llevó nuestro castigo, Él murió en nuestro lugar. Ahora podemos ser salvos.

Al vivir en este mundo consumista y lleno de anuncios por todos lados, constantemente nos están diciendo que tenemos *derecho* a tener más y mejor. Este mensaje puede estar bien para un anuncio eficaz, pero su teología es muy deficiente. El recaudador de impuestos sabía lo que merecía, y no era más ni mejor, sino la separación eterna de Dios en el oscuro abismo. Así que, en vez de decirle a Dios que debía darle las grandes riquezas a las que tenía derecho, le pidió a Dios compasión para no recibir el juicio que verdaderamente merecía.

La palabra usada aquí para compasión es *hilaskomai*, que es la palabra usada para un sacrificio de expiación. En su sentido más amplio, el recaudador de impuestos está diciendo: “Dios, ten compasión de mí a través de Tu sacrificio expiatorio por los pecados, porque soy pecador”.

El recaudador de impuestos entendió lo que muchos pasan por alto. Sabía que no podía merecer una relación con

Dios a través de su propia justicia o sus buenas obras. Pablo resumió esta realidad:

Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras,

para que nadie se jacte.

EFESIOS 2:8-9

De modo personal

Si nunca antes lo ha hecho, este es el momento de decirle a Dios las palabras que dijo el recaudador de impuestos: “Oh Dios, ten compasión de **mí**, que soy pecador” [cursivas mías]. Si lo dice de verdad, esta puede ser una oración que salve su alma y cambie su vida. Lo fue para el recaudador de impuestos y lo ha sido para muchos otros. Hacer esta oración es nuestra parte para ser justificados o estar bien delante de Dios.

Les digo que éste, y no aquél, volvió a su casa justificado ante Dios.

LUCAS 18:14

Aprenda a orar la oración del recaudador de impuestos, no la del fariseo. Deshágase de cualquier atisbo de arrogancia, pretensión, justicia propia, egocentrismo y autosuficiencia al vivir su vida en general y al orar en particular. Viva y ore con humildad, honestidad y modestia. Acuda a Dios de manera dependiente en oración. Aprenda a decirle lo que realmente necesita.

Pues todo el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

LUCAS 18:14

NOTAS

¹ b. Berachot 30a.

² Adam Clarke, *Adam Clarke's Commentary on the Bible* (Nashville, TN:Abingdon Press, 1977), p. 401.

PADRE, PERDÓNALOS:

La oración de Jesús

LUCAS 23:34

Puede que haya sido la petición más difícil que se haya hecho jamás. Sin duda alguna, fue una de las más poderosas.

Sé que ha oído esta historia antes, pero permítame pedirle que lea estos hechos como si estuvieran en la historia de la página central del periódico de hoy.

En las veinticuatro horas previas, Jesús había vivido un infierno emocional. Un cercano seguidor le había traicionado egoístamente para que Jesús fuera injustamente arrestado. Uno de sus mejores amigos negó conocerle en tres ocasiones. Sus otros amigos y seguidores le habían abandonado.

Solo, Jesús hizo frente a los hombres más poderosos de su nación que habían planeado su muerte. Hicieron desfilar a Jesús por una serie ridícula de juicios ilegales. Los violentos soldados que le custodiaban decidieron divertirse a su costa, así que se burlaron de Él y le escupieron. El hombre que estaba juzgando su caso le entregó a los despiadados soldados para que le azotaran hasta casi matarle. Sádica y brutalmente, colocaron una corona de espinas en su cabeza y luego le escupieron.

Un juez llevó a Jesús ante una chusma sedienta de sangre y les dejó a ellos decidir su destino. Alentados por los líderes religiosos, la turba gritaba sin compasión pidiendo que le ejecutaran públicamente. Después, le obligaron a cargar con su propia cruz hasta lo alto de una colina a través del centro de la ciudad, y Jesús ya medio muerto no pudo hacerlo por sí solo. Otro hombre tuvo que ayudarlo.

En un lugar conocido como el Monte de la Calavera, las manos y los pies de Jesús fueron clavados a la madera de la cruz con unos largos clavos de metal. Allí estuvo colgado ante la turba que ordenó su muerte, en la cruz central en medio de dos criminales convictos. Ahí le dejaron para luchar porque un poco de aire llegase a sus pulmones al intentar levantar su propio peso contra los clavos de metal que atravesaban sus pies. El dolor debió de haber sido insoportable.

Debajo de la cruz continuaba el circo de lo absurdo. Los líderes religiosos hablaban de Él con desprecio, y una cruel multitud se burlaba. Toda la escena era espantosa, tan horrible y tan atroz que Dios Padre tuvo que dar su espalda a su amado Hijo. Una nube oscura opacó la cima de la colina impidiendo que el sol de media tarde brillara.

Sin embargo, en medio de la traición, la negación y la deserción, a pesar de la brutalidad, las mentiras y la injusticia, y en medio del criminal alboroto, Jesús dijo dos de las palabras más poderosas que se han dicho jamás.

Padre, perdónalos.

Cómo lo hizo, no me lo puedo imaginar. Hubiera sido algo totalmente inesperado y antinatural en cualquier otro, pero Jesús, la víctima en este doloroso drama, resultó ser el vencedor.

“Padre, perdónalos”. Estas dos simples palabras resumieron poderosamente la razón de su vida en la tierra. El puente de Dios al hombre fue pavimentado con su sangre y construido sobre el fundamento del perdón. Su nacimiento en Belén, su infancia en Nazaret, su bautismo en el Jordán, sus milagros y enseñanzas, y la última cena con sus discípulos fueron todas ellas escenas que culminaron en este momento.

Todas estaban edificadas de forma constante e incesante hasta llegar a este clímax. “Padre, perdónalos”.

La oración de Jesús fue respondida poderosamente. Docenas de los que se reunieron alrededor de Jesús cuando dijo estas palabras encontraron en ellas perdón. Uno de los ladrones crucificados con Jesús fue perdonado con la promesa de un hogar en el paraíso con Él. El centurión romano que supervisaba la crucifixión encontró perdón al confesar a Jesús como el Hijo de Dios. Pedro fue perdonado por su negación, como lo fueron los otros discípulos por su abandono. Después, la deuda de culpa que tenían los sacerdotes por procurar, o algunos al menos por consentir, la muerte de Jesús fue cancelada para los que creyeron. Muchos miembros de esa multitud asesina que gritaron que le crucificasen sin duda que encontraron perdón en el día de Pentecostés o poco después.

Aparte de la gente que estaba en Jerusalén durante la oración de Jesús, otros muchos serían también perdonados. Tres mil de todo el mundo encontraron perdón el día de Pentecostés. Después, el mensaje de perdón se llevó a las ciudades del mundo conocido en el primer siglo.

La oración de perdón de Jesús ha seguido resonando a lo largo de los siglos, a medida que cada tribu, lengua y nación ha experimentado el gozo limpiador de saber que los pecados han sido emblanquecidos como la nieve y echados a las profundidades del mar. Dios ha estado respondiendo la oración de Jesús desde que se pronunció hace dos mil años.

Yo he sido un receptor del perdón que Jesús ofreció en la cruz. Mire, mis

pecados fueron parte de lo que le clavó a la cruz. Cuando Él dijo: “Padre, perdónalos”, me incluyó a *mí*, y le incluyó a *usted* también.

Cuando Jesús oró: “Padre, perdónalos”, nos liberó de la prisión de nuestro pecado. Cuando nosotros oramos:

“Padre, perdónalos”, nos liberamos de la prisión de la amargura. Jesús describió esta prisión en una historia que contó, que era algo así como esta.

Hace mucho tiempo, en una tierra muy lejana, había un hombre que le debía al rey una deuda muy grande, de miles de millones de dólares. Pero el rey, que era muy compasivo, le perdonó toda la deuda.

En lugar de celebrar su increíblemente buena fortuna, el hombre que había sido perdonado inmediatamente fue por un pobre hombre que le debía a él sólo unos miles de dólares. El pobre hombre no podía pagarle, así que el hombre perdonado hizo que le encerraran en la prisión de los deudores. Cuando el rey se enteró de lo acontecido, se enojó tanto que restauró la deuda del hombre al que se la había perdonado y lo arrojó en la cárcel para ser torturado.

Esta historia nos recuerda que Dios nos ha perdonado una deuda gigante causada por nuestro pecado. Tal perdón debería movernos a perdonar a otros las deudas mucho más pequeñas que nos deben por ofensas que podrían haber causado. Y nos dice que no perdonar nos hace más daño a nosotros que a la otra persona. Nos encierra en la prisión de la tortura y en la prisión de la amargura.

Aunque esta prisión no tiene barrotes visibles, ni cadenas, ni cámaras de tortura, no por ello es menos real. Cuando albergo amargura en mi corazón hacia otro, involuntariamente me he convertido en su prisionero. Sólo con mencionar su nombre, mi cabeza se llena de pensamientos poderosos y feos. Verle eleva mi frecuencia cardíaca y mi presión arterial. Oír su voz hace que me estremezca y me encoja. Incluso cuando ellos no están cerca, no puedo sacarlos de mi mente. Soy su prisionero, y mi amargura hacia ellos me tortura.

Sólo hay una manera de salir de la horrible prisión de las heridas albergadas. Hay sólo una llave que abre el cerrojo de libertad de la cárcel del resentimiento. Es la oración que Jesús hizo hace dos mil años: “Padre, perdónalos”.

Hacer esta oración no es opcional para un cristiano saludable, es obligatorio.

Mientras vivamos en la tierra, la gente nos herirá y ofenderá, pero debemos aprender a liberarlos y a liberarnos a nosotros mismos en el proceso.

La falta de perdón es devastadoramente poderosa. Produce el doloroso fruto de resentimiento, amargura, ira, odio, pelea y celos. Cuando tenemos heridas sin resolver, vemos que respondemos con insultos, ataques, relaciones rotas, traición y distanciamiento de Dios. La falta de perdón resquebraja familias, divide matrimonios, iglesias y envenena las relaciones.

Estudios recientes han encontrado una maravillosa sanidad física y poder en aprender a perdonar y un gran peligro en no hacerlo. “Ir arrastrando una carga de amargura y enojo por lo injustamente que le han tratado es muy tóxico”, dice Fred Luskin, PhD., director del Proyecto Perdón de la Universidad de Stanford. Sus investigaciones demuestran que soltar un conflicto puede reducir el nivel de estrés hasta un cincuenta por ciento. Voluntarios en el estudio mostraron mejoras de energía, humor, calidad del sueño y más vitalidad física en general. Otro estudio ha revelado que soltar los conflictos puede reducir el dolor crónico de espalda. Y otro experimento demostró que perdonar limitó las recaídas entre mujeres que están lidiando con el abuso de sustancias.¹

Físicamente, la ira y el resentimiento producen un caudal constante de hormonas del estrés, que después se convierten en toxinas. Según Bruce McEwen, Ph.D., director del laboratorio neurológico de la universidad Rockefeller en la ciudad de Nueva York, estas desgastan el cerebro, llevando a la atrofia de la célula y la pérdida de memoria. El estrés también eleva el azúcar en la sangre, endurece las arterias y deriva en enfermedades del corazón. Sin embargo, el perdón detiene el flujo de estas hormonas. En un estudio aparte realizado sobre treinta y seis hombres que padecían enfermedades coronarias del corazón y un historial de experiencias dolorosas, a la mitad de ellos se les dio un entrenamiento para perdonar y a la otra mitad no. Los que perdonaron, mostraron un mayor flujo de sangre a su corazón.²

El perdón no sólo es beneficioso para nuestro bienestar físico y emocional, sino que es también tremendamente poderoso espiritualmente. John Bevere cuenta la historia de un hombre de mediana edad muy fornido que estaba en una iglesia en Naples, Florida, contando esta historia.

“Toda mi vida sentí que había un muro entre Dios y yo. Asistía a reuniones donde los demás sentían la presencia de Dios, mientras

yo observaba como desde fuera, como adormecido. Aun cuando oraba, no encontraba liberación ni sentía la presencia de Dios”.

El hombre siguió relatando que entendió que su problema era una falta de perdón. Siguió diciendo: “Odiaba a mi madre porque ella me abandonó cuando yo era un bebé de seis meses. Entonces comprendí que debía ir a su encuentro y perdonarla. La llamé y hablé con ella por segunda vez en mis treinta y seis años de vida. Llorando, le dije: ‘Mamá, he estado negándote el perdón durante toda mi vida por haberme entregado a otra persona’. Ella también comenzó a llorar y me dijo: ‘Hijo, hace treinta y seis años que me odio a mí misma por haberte abandonado’“.

El hombre continuó: “La perdoné, y ella se perdonó a sí misma; ahora estamos reconciliados. Ahora el muro que me separaba de Dios ha desaparecido”.

En ese momento, el hombre comenzó a llorar con tanta fuerza que apenas si logró decir las últimas palabras: “Ahora lloro en la presencia del Señor como si fuera un bebé”.³

De modo personal

Es muy probable que haya alguien que de forma inadvertida le haya hecho prisionero porque usted no ha perdonado sus ofensas. La vida es demasiado corta como para ponerle los grilletes y la bola de un corazón rencoroso. Nuestra respuesta ante una ofensa determina nuestro futuro. Hay demasiadas oportunidades maravillosas esperándonos cuando tomamos la vía de escape de la cárcel del resentimiento.

Imagine a los que tiene que perdonar y sus ofensas claramente en su mente. Tome la misma decisión que Jesús. Decida perdonar haciendo una de las oraciones más poderosas del mundo: “Padre, perdónalos”.

NOTAS

¹ Lisa Collier Cool, “The Power of Forgiving”, *Reader’s Digest*, Mayo 2004, p. 54.

² Ibid., p. 54.

³ Adaptado de *La trampa de Satanás* por John Bevere, p. 9. Usado con permiso de Charisma House. Copyright 2004 por Strang Communications Co., USA. Todos los derechos reservados.

PENSAMIENTOS FINALES

Tras haber leído las veintiuna oraciones personales más eficaces de la Biblia, las oraciones que funcionaron porque Dios las respondió de manera positiva, deberíamos pasar unos momentos considerando lo que deberíamos hacer si Dios no responde de la manera en que habíamos esperado. ¿O qué hacemos cuando parece que Él sencillamente no responde?

Una razón por la que puede que Dios guarde silencio es el pecado. El pecado puede impedir que Dios responda a nuestras oraciones.

Si en mi corazón hubiera yo abrigado maldad, el Señor no me habría escuchado; pero Dios sí me ha escuchado, ha atendido a la voz de mi plegaria.

SALMO 66:18-19

A veces Dios guarda silencio porque la petición es demasiado egoísta.

¿De dónde surgen las guerras y los conflictos entre ustedes? ¿No es precisamente de las pasiones que luchan dentro de ustedes mismos?[a]² Desean algo y no lo consiguen. Matan y sienten envidia, y no pueden obtener lo que quieren. Riñen y se hacen la guerra. No tienen, porque no piden.³ Y cuando piden, no reciben porque piden con malas intenciones, para satisfacer sus propias pasiones.

SANTIAGO 4:1-3

En otras ocasiones, Dios puede no responder porque nos está dando otro mensaje, diciendo: “Espera”. La historia de Russell Kelfer ilustra esto muy bien.

Como a Russell siempre le había encantado la palabra escrita, decidió estudiar periodismo en la Universidad de Texas. Sin embargo, tras sufrir un accidente deportivo en su ojo, no pudo terminar la lectura obligatoria, así que abandonó su sueño y se unió al negocio familiar: Kelfer Tire Company. Ocupó el cargo siendo la tercera generación de Kelfer en ocuparse de la empresa.

Casi veinte años después, Russell comenzó a enseñar un estudio bíblico en casas para adultos solteros. A medida que el grupo creció en número, de 20 a 150, una iglesia local le pidió que enseñara el mismo material en la escuela dominical. Lo que iba a ser un compromiso de seis semanas duró el resto de su vida. Desde esas primeras clases, desarrolló una serie de lecciones, historias, poemas y cintas de audio y video que formarían su ministerio de consejería y mentoría. En la actualidad, el ministerio de discipulado de Russell Kelfer, Discipleship Tape Ministry, ayuda a gente de todo el mundo.

El chico que no pudo terminar la universidad porque tenía que leer demasiado se convirtió en el hombre que Dios preparó para leer, estudiar y escribir prolíficamente. Aunque Russell no poseía credenciales formales para enseñar, escribir o ministrar, Dios le guió sutilmente a un ministerio que usó todas esas destrezas. Russell a menudo dijo: “No tenía suficiente sentido como para tener miedo”.

Por la experiencia, aprendió que Dios a menudo responde a nuestras oraciones más apasionadas con la frustrante respuesta de “Espera”. El poema más querido de Russell ha ministrado a miles de personas en los últimos veinte años, porque habla de nuestro deseo humano de oír el plan de Dios para nuestra vida y nuestra subsiguiente frustración cuando sentimos que nos topamos con su silencio. Lo que a menudo oímos como un “No” de Dios, a menudo es un “Espera” de parte de Dios. Dios quiere que esperemos a “crecer” en nuestro carácter, desarrollar nuestra fe y así cumplir su plan más grande.

Espera por Russell Kelfer

De forma desesperada, impotente y anhelante lloré; De forma callada, paciente, amorosa, Dios respondió. Rogué y lloré por una pista de mi destino...

Y el Maestro gentilmente me dijo: “Espera”.

“¿Espera? ¿Dijiste espera?”, respondió mi indignación. “¡Señor, necesito respuestas, necesito saber por qué! ¿Se ha acertado tu mano? ¿O acaso no me has oído? Te he pedido por fe, y estoy

clamando tu Palabra.

“Mi futuro y todo lo que me rodea está en la balanza, ¿y me dices que espere? Necesito un ‘sí’, una señal de adelante, O incluso un ‘no’ al que pueda resignarme.

“Tú prometiste, querido Señor, que si creemos, sólo tenemos que pedir, y recibiremos.

Y Señor, he estado pidiendo, y este es mi clamor: ¡Estoy cansado de pedir! Necesito una respuesta”.

Entonces, de forma callada y suave conocí mi destino, cuando mi Maestro volvió a decir: “Espera”. Así que me hundí en mi silla, derrotado y tenso, y refunfuñé a Dios: “¿A qué quieres que espere?”

Entonces Él pareció arrodillarse, y sus ojos se contactaron con los míos.

Y tiernamente dijo: “Podría darte una señal. Podría sacudir los cielos y oscurecer el sol. Podría levantar a los muertos y hacer correr a las montañas.

“Podría darte todo lo que buscas, y te agradecerías.

Tendrías lo que quieres, pero no me conocerías.

No conocerías la profundidad de mi amor por cada santo.

No conocerías el poder que yo doy al que desfallece.

“No aprenderías a ver a través de las nubes de la desesperación;

No aprenderías a confiar tan sólo al saber que yo estoy ahí. No conocerías el gozo de descansar en mí cuando oscuridad y silencio es lo único que ves.

“Nunca experimentarías la plenitud del amor cuando la paz de mi espíritu desciende como una paloma.

Sabrías que doy, que salvo, para empezar, pero no conocerías la profundidad del latir de mi corazón.

*“El brillo de mi consuelo en la noche profunda,
La fe que doy cuando caminas sin ver.
La profundidad que hay más allá de conseguir lo que pides a un
Dios infinito que hacer perdurar lo que tienes.*

*“Nunca conocerías, si tu dolor huyera rápidamente, lo que
significa que mi gracia es suficiente para ti. Sí, tus sueños más
queridos se cumplirían de la noche a la mañana,*

Pero, oh, la pérdida, si no apreciaras lo que estoy haciendo en ti.

*“Guarda, pues, silencio, hijo mío, y a su tiempo verás que el mayor
de los regalos es conocerme de verdad. Y aunque te parezca que
mis respuestas llegan terriblemente tarde,*

*mi más preciosa respuesta de todas sigue siendo ... Espera”.*¹

Cuando el silencio de Dios no es el resultado del pecado y no es un llamado a esperar, puede que sea la forma de Dios de darnos una respuesta mejor. Las oraciones que parecen pasar inadvertidas puede que en realidad sean muy bien respondidas. Si creemos que no conseguimos resultados con nuestras oraciones, deberíamos volver a mirar.

Con demasiada frecuencia oramos con la idea de que “se haga *mi* voluntad”. Tenemos que recordar que somos parte del tejido más extenso de la vida. Hay veces en que, en vez de orar por alivio de la aflicción, puede que sea más importante orar por fortaleza para aceptar y vencer los problemas. Entonces habremos crecido en coraje, y paciencia, y sabiduría. El siguiente poema de Francisco de Asís capta este pensamiento.

*Le pedí a Dios fortaleza, para poder avanzar; Recibí salud, para
poder aprender a obedecer. Pedí riquezas, para ser feliz; Recibí
pobreza, para ser sabio.*

Pedí poder, para conseguir la alabanza de los hombres;

Recibí debilidad, para sentir la necesidad de Dios.

Pedí todas las cosas, para poder disfrutar la vida;

Recibí vida, para disfrutar todas las cosas.

No recibí nada de lo que había pedido—

De lo que había esperado.

Mis oraciones fueron contestadas.

Recuerde: la oración no es dictaminar. La oración no es decirle a Dios lo que tiene que hacer y que Él inmediatamente obedezca. La oración es cooperar con Dios para que Él pueda hacer su voluntad. No se desanime cuando Dios diga “Espera”, o cuando le dé otra cosa distinta a la que pidió. Recuerde: el Padre siempre sabe qué es lo mejor.

NOTAS

¹ Poema con copyright 1977 por Russell Kelfer. Usado con permiso de Martha L. Kelfer, presidenta de Discipleship Tape Ministries, Inc. Para más información, visite www.dtm.org.

También de Casa Promesa



978-1-60260-871-9



978-1-60260-872-6

La serie “¿Qué dice la Biblia sobre?” proporciona sabiduría de fácil lectura sobre importantes temas contemporáneos, incluyendo el dinero y el matrimonio. Cada libro presenta más de 300 pasajes bíblicos categorizados, más historias personales y consejos prácticos. En un tamaño manejable, estos inspiradores libritos son perfectos para el uso personal o ministerial.

Disponible donde libros cristianos son vendidos.

